

Presentación

MOLINA, LUIS E.

*Escuela de Antropología
Universidad Central de Venezuela
Caracas*

En este número del *Boletín Antropológico*, al que gentilmente he sido invitado como editor, se recogen cinco artículos que corresponden a tesis de grado realizadas durante los dos últimos años en la Escuela de Antropología de la Universidad Central de Venezuela. Obviamente, la producción académica de nuestra Escuela ha sido mucho mayor durante este lapso de tiempo, pero la selección de los autores obedeció a la idea de presentar un panorama general y diverso de las investigaciones que se llevan a cabo a nivel de pregrado, por lo que corresponden a distintos campos de la antropología y desarrollan variados problemas de investigación.

El artículo de Wajari Velásquez, *La cerámica bajo el microscopio: Tecnología de la cerámica indígena tardía del Bajo Unare*, nos presenta los resultados de una investigación realizada dentro de un proyecto de mayor envergadura, orientado a la reconstrucción arqueológica y etnohistórica del poblamiento tardío de la Depresión del Unare, en los llanos orientales venezolanos, durante los siglos XV al XVIII. El trabajo de Velásquez, que gira alrededor del estudio de un atributo cerámico ampliamente conocido y utilizado por los arqueólogos, como es el antiplástico, desarrolla un interesante enfoque teórico y metodológico basado en el análisis cerámico arqueológico, el análisis petrográfico y la microscopía electrónica. Si bien estos análisis -especialmente el

cerámico y el petrográfico- han sido antes utilizados en la arqueología venezolana, lo relevante de la investigación de Wajari Velásquez es su uso combinado como líneas de evidencia, de igual importancia, para evaluar el carácter homogéneo o heterogéneo de la colección cerámica estudiada. Por otra parte, debemos destacar que la aplicación de análisis mediante el uso de microscopía electrónica, a efectos de la determinación de la composición química de las arcillas y sus inclusiones, es un método que recién comienza en nuestras investigaciones arqueológicas, por lo que el estudio de Velásquez es pionero en su tipo.

La investigación de Velásquez lo lleva a concluir en la existencia de una gran uniformidad en los antiplásticos utilizados, por lo que los sitios estudiados se ubicarían en un mismo período cronológico y corresponderían a una sociedad unificada, con una unidad política cohesionada y “donde el aprendizaje de la producción cerámica arraigaba en patrones culturales preestablecidos que configuraban las decisiones de escogencia y realización transmitida a través de sus sistemas sociales”. Esta conclusión preliminar deberá ser contrastada, como lo señala el autor, con los resultados del estudio formal y decorativo de la misma colección por él estudiada. Y además, añadimos, con la secuencia cronológica que se establezca para la región del Bajo Unare.

Yohana Chávez, en su artículo *Análisis factorial aplicado a contextos funerarios: Un estudio de caso, yacimiento Las Matas-Venezuela*, nos presenta el estudio estadístico de algunas características biológicas y culturales de una muestra de enterramientos procedentes de un importante yacimiento de la Cuenca del Lago de Valencia. Recordemos que Las Matas o La Mata fue uno de los primeros sitios arqueológicos excavados en forma sistemática en Venezuela, a través de las investigaciones llevadas a cabo por Wendell Bennett en los años treinta del siglo XX.

El análisis estadístico de Chávez corresponde a categorías morfológicas (edad estimada; sexo asignado), bioculturales (de-

formación cefálica intencional; exposición intencional al fuego) y rituales (enterramientos directos, enterramientos en urna; nivel estratigráfico). Es de destacar no solo el uso de los métodos estadísticos, sino también la prolijidad en las categorías de análisis, especialmente las de tipo morfológico y biocultural. En nuestra opinión, para futuros trabajos que intenten acercar las perspectivas de la arqueología y la antropología física, es de gran importancia esta clara definición de las dimensiones biológicas y culturales, pues permitirían establecer parámetros constantes para las descripciones de los restos óseos humanos. En esta misma dirección y a propósito del artículo de Yohanna Chávez, se pone de relieve la necesidad de trabajar en forma conjunta con datos bioantropológicos y arqueológicos, estos últimos no solo correspondientes a los tipos de enterramiento y a su procedencia estratigráfica, sino también a la cultura material asociada a los restos humanos. La ya clásica monografía de Bennett sobre el sitio La Mata permite apreciar la variabilidad de los restos culturales y pensamos que un tanto debe suceder con las colecciones obtenidas en intervenciones posteriores en el yacimiento, como es el caso de las que provienen los restos óseos humanos estudiados por Chávez.

En el artículo *El Hospital San Pablo en la Caracas del siglo XVIII. Una mirada antropológica al pasado colonial*, Tania Elíaz expone un recorrido del funcionamiento de esta institución desde su fundación a comienzos del siglo XVII hasta finales del siglo XVIII. A partir de fuentes bibliográficas y documentales (estas últimas obtenidas en archivos históricos de Caracas), se demuestra el cambio del saber médico desde una idea religiosa de la enfermedad hacia un concepto curativo. Este proceso de cambios en el discurso sobre la enfermedad, que ocurren durante el siglo XVIII y tienen una fuerte influencia del pensamiento de la Ilustración, trae como consecuencia el cuestionamiento del Hospital de San Pablo como instrumento terapéutico, pues como dice Elíaz “El

problema de la enfermedad comienza a hacerse colectivo cuando el lugar que la controla y concentra representa un peligro para el resto de la sociedad, cuando el hospital que se ocupaba de cuidar de los cuerpos contagiados, reproduce el mal y la enfermedad que contiene, amenazando nuevamente a los de afuera”.

Esta reconstrucción del recorrido histórico del Hospital de San Pablo es posible gracias al respaldo conceptual de la autora: por una parte, una idea sobre el hospital como institución, no solo de curación sino también de reclusión; por otro lado, una perspectiva antropológica en la aproximación al pasado, según la cual podemos situarnos antes las sociedades del pasado de la misma forma que lo hace el etnógrafo con sociedades distintas del presente. Obviamente, encontramos en este punto de vista teórico diversas influencias, pero especialmente la que ha tenido en nuestro medio antropológico Emanuele Amodio, en su insistencia de conformar las bases teóricas de una antropología histórica.

No podemos dejar de lado la mención que hace Tania Elfáz de algunos datos arqueológicos obtenidos en las investigaciones realizadas por Mario Sanoja e Iraida Vargas en el lugar del antiguo emplazamiento del hospital de San Pablo. Elfáz destaca la correspondencia de sus datos históricos con algunas evidencias arqueológicas, lo que indica la posibilidad de conjugar ambos tipos de datos en proyectos de investigación a futuro. Secuencias de ocupación como la elaborada por Sanoja y Vargas a partir de la estratigrafía del sitio y de restos de cultura material podrían cruzarse con los datos documentales que sustentan los cambios ocurridos entre los siglos XVII y XVIII en el hospital de San Pablo.

Etnoarqueología del espacio doméstico y comunitario del grupo mapoyo de la comunidad de El Palomo, Municipio Cedeño, estado Bolívar-Venezuela, es el artículo bajo la autoría de Ananda Hernández. Es una investigación inscrita dentro del Proyecto Arqueológico Suapure-Parguaza, que ha aportado abundante información arqueológica sobre la etapa precontacto y la época colo-

nial en la región. Hernández parte de una perspectiva simbólica y fenomenológica del concepto de espacio, como la representada por el postprocesualismo de Christopher Tilley, quien lo entiende como una construcción social e histórica, y se orientó a un estudio del espacio doméstico y comunitario desde una perspectiva etnoarqueológica, lo que llevó a la utilización de métodos etnográficos (observación participante, entrevistas y grupos focales, censos, levantamientos planimétricos y creación de mapas mentales).

A partir de estos diferentes datos, la autora distingue, siguiendo a Tilley, varios tipos de espacio entre los mapoyo de El Palomo: el espacio social y cosmológico, el espacio arquitectónico, el espacio cognitivo, el espacio somático y el espacio perceptual. En nuestra opinión, investigaciones como la de Ananda Hernández se hacen relevantes en los tiempos que vivimos, donde se han generado procesos de reconocimiento de los derechos de los pueblos indígenas, especialmente de sus territorios. Justamente, la autora destaca la importancia que puede tener la construcción del espacio cognitivo para procesos como el de demarcación de los territorios indígenas, pues es el espacio cognitivo el que “otorga un sentido al pasado y al presente, al mundo propio y al ajeno, que provee de los conocimientos para discutir, como grupo, estrategias de subsistencia, en sentido tanto de preservación como de revitalización étnica”.

El artículo de José Negrón, *Saber y poder: El proceso de Renovación Universitaria en la Universidad Central de Venezuela (1967-1970)*, analiza desde la óptica de la “geopolítica del conocimiento” las motivaciones académicas y políticas que dieron lugar a un movimiento de crítica a la enseñanza y a la estructura de poder en la Universidad. El movimiento renovador, gestado a finales de los años sesenta del siglo pasado, dirigió sus cuestionamientos tanto a la estructura de la Universidad como al contexto social y político más general. Como señala Negrón, se cuestionó el contenido de los programas y el sentido de la forma-

ción profesionales, asuntos que no habían sido puestos en duda en Escuelas como la de Sociología y Antropología, donde la estructura curricular permanecía inalterada desde los tiempos de su fundación, a mediados de los años cincuenta.

José Negrón identifica los orígenes del movimiento renovador, el contenido de las críticas al sistema universitario y especialmente las consecuencias en lo relativo a la crítica entre conocimiento y poder. Para ello utiliza testimonios y reflexiones de “actores” del proceso renovador, para entonces profesores o estudiantes universitarios. En este sentido, queremos resaltar su crítica a algunas explicaciones del origen de la Renovación Universitaria en las influencias que en el movimiento habrían tenido otras experiencias, como las del Mayo Francés. Aparte de la precedencia de la Renovación en Venezuela (1967) respecto al movimiento universitario surgido en las universidades francesas (1968), Negrón contrapone argumentos acerca de las diferencias conceptuales entre ambos movimientos.

Cuál es la pertinencia para la antropología de investigaciones como esta? Como lo señala el autor, una de las Escuelas donde se expresó con mayor intensidad el proceso de renovación fue la entonces Escuela de Sociología y Antropología, que adoptó un nuevo pensum en 1970. Más allá de la importancia histórica y política del proceso de renovación, cabe plantear dudas si las críticas al sistema universitario llegaron a cuestionar las relaciones coloniales del saber con los centros del poder (en términos geográficos), si se puso en discusión los límites de una ciencia periférica, o en palabras del autor del artículo: “El mayor dispositivo generado por el poder de la colonialidad, estuvo precisamente en concebir que el Movimiento Renovador nunca dejase de creer que en la ciencia estaba la solución”. Pensamos que esta es una discusión aun pertinente para la antropología venezolana.

La cerámica bajo el microscopio:

Tecnología de la cerámica indígena tardía del Bajo Unare*

VELÁSQUEZ FERNÁNDEZ, WAJARI

*Centro de Investigaciones Antropológicas de Guayana
Universidad Nacional Experimental de Guayana (UNEG)*

e-mail:wajarivf@yahoo.com

RESUMEN

Esta investigación arqueológica es producto del macroproyecto “Reconstrucción arqueológica y etnohistórica del poblamiento tardío de la Depresión del Unare (llanos orientales venezolanos, siglos XV–XVIII)” dirigido por el antropólogo Rodrigo Navarrete. Para cumplir con los objetivos de la investigación se realizaron tres tipos de análisis, a través de un enfoque teórico metodológico dirigido hacia la tecnología de las sociedades: análisis petrográfico, cerámico arqueológico y microscopía electrónica. El resultado permitió demostrar que existe una gran uniformidad en los antiplásticos utilizados y en otros aspectos tecnológicos de las inclusiones y antiplásticos identificados en 22 sitios arqueológicos, lo que permite inferir que todos los sitios se ubican en un mismo período cronológico y que posiblemente se trate de evidencias de una sociedad unificada con una unidad política cohesionada donde el aprendizaje de la producción cerámica arraigaba en patrones culturales preestablecidos que configuraban las decisiones de escogencia y realización transmitida a través de sus sistemas sociales.

Palabras clave: Tecnología, antiplásticos, inclusiones.

Ceramics under the microscope: Late indigenous ceramics from the Bajo Unare region under technological scrutiny

ABSTRACT

This article summarizes information from a project entitled “Archeological reconstruction and ethnohistory of late populations in the Unare Basin (the eastern Venezuelan plains region, from the 15th to the 18th Centuries)” under the direction of the anthropologist Rodrigo Navarrete. Three types of analysis were performed using technical methodology: petrographic, archeological ceramic, and electromicroscopic. The results showed that there was significant uniformity in the antiplastics used, as well as the inclusion of antiplastics identified from 22 different archeological sites. This infers that all these sites pertain to the same chronological period giving possible evidence of a unified society with a cohesive political structure in which the production of ceramics conformed to established patterns. Such conformity would indicate that decisions in respect to quality and manufacture were made under the auspices of a social system.

Key words: Technology, antiplastics, ceramics, Unare

* Recibido: 23- 09- 2007. Aceptado: 15- 10- 2007

1. – El antiplástico en la arqueología venezolana

Poco conocida desde el punto de vista arqueológico, la Depresión de Unare (llanos orientales venezolanos, estados Guarico y Anzoátegui), representa una zona de inferencia para explicar las migraciones a las costas y arco antillano de Venezuela en distintos momentos de la era prehispánica (Amaiz, 2000; Navarrete, 2000; Navarrete y Rodríguez, 1995; Rodríguez, 1992; Tarble, 1985; Zucchi, 1985). A partir del macroproyecto “Reconstrucción arqueológica y etnohistórica del poblamiento tardío de la Depresión del Unare (llanos orientales venezolanos, siglos XV – XVIII)”, se identificaron importantes sitios arqueológicos en el estado Anzoátegui y se recolectó abundante material cerámico indígena con el objetivo final de reconstruir la historia de las sociedades indígenas que habitaron estos territorios.

Frecuentemente, la arqueología americana enfatiza los rasgos estilísticos de la cerámica con el fin de definir patrones culturales e identitarios que demarquen los límites de las tradiciones cerámicas y diferenciar culturas y sus sistemas sociales (Cruxent y Rouse, 1961; Stark, 1998). Desde hace algunos años, investigadores, principalmente europeos, han notado que los aspectos que mejor pueden indicar pautas culturales son los tecnológicos cerámicos ya que reflejan decisiones culturales que se aprenden a través de sus propios sistemas sociales (Stark, 1998).

La cerámica representa prácticamente el único registro arqueológico factible para establecer una correcta reconstrucción histórica de los procesos socioculturales y su análisis. En el análisis cerámico, especialmente en la arqueología venezolana, un aspecto que siempre ha sido tomado en cuenta, dentro de la gama de las variables tecnológicas de la cerámica, es el tipo de desengrasante o antiplástico usado en los procesos de manufactura de la misma. Que mejor ejemplo que las distintas aproximaciones de grupos étnicos y lingüísticos identificados con la utilización diferencial de desengrasantes evidenciados en sitios arqueológicos del Me-

dio y Bajo Orinoco (Mackowiak de Antczak, 2003; Tarble, 1985; Zucchi, 1985). Sin embargo, la profundización en la determinación de los tipos de antiplásticos, su composición química y/o propiedades físicas, no ha sido el objetivo de gran parte de los trabajos con colecciones arqueológicas venezolanas (Mackowiak de Antczak, 2003).

La importancia del estudio del antiplástico o desgrasante radica en que su selección en el proceso de manufactura de la cerámica se encuentra culturalmente determinado, pero también puede ofrecer pistas sobre la selección geográfica, debido a los distintos sitios donde se obtenía la materia prima. Por lo tanto, el antiplástico se encuentra temporal, espacial, ambiental y culturalmente determinado y delimitado, o al menos condicionado. En este sentido, la práctica alfarera o la tradición cerámica se relaciona con la identidad del grupo social debido a que representa una selección deliberada de materias primas tradicionales (Navarrete, 1990).

De esta forma, la presente investigación se planteó como objetivo general analizar el antiplástico y otras variables tecnológicas pertinentes a la materia prima cerámica (colores, angularidad, tamaño y concentración de las inclusiones en la pasta) a través de técnicas de análisis cerámico (macroscópico y microscópico) en la alfarería indígena tardía del Bajo Unare, a fin de discernir distinciones de tradiciones alfareras o estilos tecnológicos (desde el punto de vista espacial, temporal o cultural) de los grupos indígenas de la zona posiblemente asociados con el período de contacto.

Los antropólogos no trabajan con objetos de estudios inamovibles o invariables, trabajan con seres humanos (Shanks y Tilley, 1987; Johnson, 2000) que por su naturaleza son sumamente dinámicos e impredecibles, lo que también es válido para el estudio arqueológico del pasado. En el análisis arqueológico, la intención no es sólo hacer una descripción física del material, sino reconstruir los procesos sociales y culturales a partir de una cantidad ínfima de material que ha sobrevivido en el tiempo.

El antiplástico es “*la sustancia extraña que se agrega a la arcilla para hacerla menos plástica y evitar que se raje en la cocción*” (Serrano, 1958: 31) y cumple varias funciones: reduce plasticidad, aumenta porosidad, facilita secado y dota a la pieza de mayor resistencia (Eiroa y otros, 1999).

Muchas disciplinas científicas, en especial las ciencias naturales o la ingeniería, aplican un conjunto de prácticas tecnológicas y científicas que, por medio de técnicas de identificación, permitirían profundizar en muchos aspectos físico-químicos del antiplástico cerámico, lo que podría ampliar cualitativamente y cuantitativamente el conjunto de información que los datos cerámicos normalmente ofrecen. Un ejemplo ha sido la microscopía. En su acepción general, la microscopía es el conjunto de métodos usados en la investigación por medio del instrumento conocido como microscopio (Salvat, 1972). Para la presente investigación se utilizó el microscopio estereoscópico, de luz polarizada y el electrónico. Cada tipo de instrumento permite una aproximación distinta: el estereoscópico identifica en general el tipo de antiplástico (con mayor exactitud que a simple vista o por medio de instrumentos de poca exactitud como la lupa); el de luz polarizada, permite profundizar en características geológicas de las inclusiones encontradas en la pasta cerámica; mientras, el electrónico permite conocer su composición físico-química, y podría indicar distintas fuentes de la materia prima.

La relación entre disciplinas científicas, especialmente entre las ciencias naturales y ciencias sociales, como la arqueología, no es nueva. De hecho, Shepard (1995) señala la importancia de la física y la química, ya que sus resultados y técnicas propias podrían ayudar en la interpretación arqueológica. “*La relación de la arqueología con la certeza de las ciencias es tan íntima que sus contribuciones individuales rara vez las podemos separar y evaluar independientemente*” (Shepard, 1995: 1). Shepard profundiza en un conjunto de técnicas, como el análisis mineralógico a

través del microscopio petrográfico para determinar el antiplástico en colecciones cerámicas, y reconoce la evidente necesidad y relación de reciprocidad entre ambos estudios. Otros investigadores (Chung, 1998; De Paepe y Cardale, 1990; Mackowiak de Antczak, 2003; Stark, 1998; Stoltman, 1991; Tarble y Ochoa, 2004) le han dado mayor cabida a estos estudios en la arqueología, disciplina social que requiere unir piezas de un rompecabezas donde faltan la mayoría.

2.- Cerámica, estilos tecnológicos y fronteras culturales

Nuestro proyecto resalta la importancia del aprovechamiento de otras disciplinas científicas para el análisis del dato arqueológico, sin caer en una posición cientificista que utiliza técnicas de las ciencias puras para mejorar su carácter científico:

“... el uso de técnicas científicas no implicó necesariamente el uso del método científico como enfoque distintivo para acercarse al pasado. David Clarke escribió que el uso de técnicas científicas *no hace de la arqueología una ciencia de la misma manera que una pata de palo no convierte a un hombre en un árbol*” (Clarke en Johnson, 2000: 57).

El texto compilado por Miriam Stark, *The Archaeology of Social Boundaries* (1998), es posiblemente la obra que mejor ubica nuestra discusión teórica al presentar distintas aproximaciones teóricas desarrolladas en dos escuelas arqueológicas muy distintas, la tradición francesa y la norteamericana, que podrían llegar a ser complementarias para entender el dato arqueológico.

“La tradición francesa de tecnología explora los vínculos entre el conocimiento y la opción técnica examinando el proceso por el cual la variación se crea durante la secuencia manufacturera. El acercamiento americanista examina la variación formal en los productos acabados y usa un número de diferentes técnicas para interpretar el patrón espacial en el registro arqueológico” (Stark, 1998: 2).

La autora subraya el aporte de Leroi-Gourhan, quien desarrolló una metodología para el estudio de las técnicas al entender “... *estructuras sociales y sistemas de creencias a través del estudio de su propia tecnología*” (Stark, 1998: 5). Stark se basa en la crítica de ambos enfoques para concluir que el estudio tecnológico de los patrones sociales requiere incorporar el enfoque americano de estilo-función, ya que los sistemas tecnológicos son más estables que las variaciones estilísticas, y señala que “... *debemos claramente aprender más acerca de factores que afectan el comportamiento tecnológico*” (Stark, 1998: 9).

Gosselain (En: Stark, 1998) ofrece un espectacular ejemplo de estudio de caso etnográfico tecnológico. Afirmando que las decisiones tecnológicas en la cultura material de una sociedad no reflejan sólo presiones naturales, sino que también se reflejan patrones simbólicos, religiosos, económicos y políticos, plantea que las nociones de “*significado y función son prácticamente inseparables cuando se transforman materias primas o se satisfacen necesidades biológicas*” (Gosselain en: Stark, 1998: 78). El autor incorporó análisis de laboratorio para relacionar materias primas con técnicas de manufactura. El enfoque de “Ecología Cerámica” y/o “Función y Uso”, pueden resumirse en las siguientes tesis básicas: a) los artesanos tienen que conocer los efectos positivos y negativos de materiales específicos disponibles para el proceso de la manufactura, b) la transformación de la arcilla en cerámica es un proceso difícil y peligroso ya que puede romperse la vasija en cualquiera de las etapas de producción y, c) los artesanos tienden a producir vasijas con distintas características mecánicas y/o física estrechamente vinculadas con la función (Gosselain en: Stark, 1998).

Un debate que ha promovido visiones críticas de la cerámica como indicador cultural es la antigua polémica de la arqueología procesualista sobre los patrones tecnológicos como respuesta a presiones ambientales. Gosselain señala que se reforzó la idea de que el estilo se definía por aspectos fácilmente manipulables

como las características externas decorativas (Gosselain en: Stark, 1998). Éstas definían los límites sociales, pero algunos llevaron esta definición a un plano integral donde todos los pasos de la manufactura forman parte del estilo. Consideramos que este concepto estilístico toma en cuenta las decisiones culturales en la manufactura cerámica por razones más dinámicas e incluyentes, de manera comparativa con posiciones más radicales y simplistas que explican las decisiones tecnológicas simplemente por presiones ambientales. Aún cuando los mayores logros de este enfoque teórico se ubican en el campo de la etnoarqueología y la arqueología experimental, consideramos que esta forma de ver la realidad del dato arqueológico ha mostrado interesantes resultados.

Desde un punto de vista evolutivo Eiroa y otros (1999) plantean que los grupos aprovecharon todos los recursos disponibles en un proceso selectivo de escogencia de materiales específicos, produciendo un proceso selectivo por azar, curiosidad y experimentación que terminó dotando a las sociedades de soluciones para problemas particulares. Los cambios tecnológicos se traducen en una “... paulatina mejora de las condiciones de vida de los seres humanos [pero que] también provocó, a veces, unas consecuencias sociales contradictorias.” (Eiroa y otros, 1999: 11).

3.- Cerámica, arcilla y pastas: vertientes teóricas metodológicas

A partir de los años setenta del siglo XX, el interés por la fabricación de la cerámica tomó dos vertientes: la tecnología como evidencia de evolución o progreso social y los tipos de cerámica evidenciados en datos etnográficos (Rye, 1981; Orton y otros, 1997). Posteriormente, las técnicas científicas provenientes de otras disciplinas empezaron a tener mayor relevancia para temas específicos del estudio de la cerámica especialmente en la datación, estudios de procedencia y estudios funcionales. Entre estos temas vale la pena destacar los estudios de procedencia, ya que a partir

de estos se empezaron a aplicar secciones finas¹ para descubrir el origen de la arcilla, sus propiedades físicas y posteriormente análisis químicos más profundos empleados para discriminar tipos de arcillas (Orton y otros, 1997).

Las arcillas poseen de forma natural distintos materiales (o minerales) agregados en sus procesos de formación geológica y posteriores etapas de acumulación de la materia prima. Estos materiales (no plásticos) pueden considerarse inclusiones naturales y/o inclusiones artificiales. Las inclusiones naturales incluyen cualquier elemento apreciable en la pasta cerámica incluyendo los huecos o “espacios vacíos” (Orton y otros, 1997: 87); diferenciar los elementos aplicados de manera intencional puede ser muy difícil: *“Términos como relleno o desgrasante implican, sin embargo, que las inclusiones son adiciones artificiales, aunque estos términos se usen también en casos donde no parece que eso sea posible”* (Orton y otros, 1997: 87).

Todas las inclusiones o materiales que componen la arcilla producen variantes relevantes en el proceso de manufactura y en el producto acabado. Como señalan los autores (Eiroa y otros, 1999; Orton y otros, 1997; Rye, 1981) mientras se presente una mayor cantidad de material de relleno o antiplástico en la arcilla (mayor cantidad de inclusiones) va a existir una mayor resistencia a la humedad y al proceso de secado, pero tendrá menor plasticidad, aumentando la dificultad para la formación de la vasija u objeto cerámico que se plantee obtener (Orton y otros, 1997). Esta distinción teórica es útil al poder incluir de manera objetiva todas las inclusiones observadas en los tiestos, independientemente del tipo de análisis. Así, podríamos desarrollar un posterior debate con respecto a la condición artificial o natural de estas inclusiones.

4.- Metodología en el análisis tecnológico del Bajo Unare

El proyecto “Reconstrucción arqueológica y etnohistórica del poblamiento tardío de la Depresión del Unare (llanos orienta-

les venezolanos, siglos XV –XVIII)”, a partir de investigaciones etnohistóricas de cronistas y viajeros del siglo XV al siglo XVIII, situó dos puntos importantes de supuestos sitios de habitación de sociedades indígenas (la región actualmente conocida como Clarines y la confluencia del río Unare con el río Güere, ambos ubicados en el estado Anzoátegui); a partir de estos dos puntos trazó dos círculos, donde el punto de origen eran los mencionados “hotspots”, y a partir de estos sitios se buscaban evidencias arqueológicas en transectas intercardinales de coordenadas nortesur-este-oeste-noreste-noroeste-sureste-suroeste. Cada uno de estos ejes tiene una longitud de 6 Km. (de radio) y recorriendo estos ejes se iba recolectando información cada 100 metros sobre la evidencia arqueológica situada en la superficie, se realizaron recolecciones y pozos de prueba, alternándose estas dos últimas actividades entre un punto y el siguiente, es decir un pozo de prueba cada 200 metros (Navarrete y Rodríguez, 1995).

Debido a que nuestro trabajo se orienta al estudio de variables tecnológicas, se ha delimitado el universo a las panzas simples², por las siguientes razones:

- A. Representan un universo amplio cualitativamente y cuantitativamente.
- B. Por ser un estudio tecnológico no se toma en cuenta variables de decoración ni de forma, por lo tanto estas piezas diagnosticas se dejan para otros análisis estilísticos.
- C. A una parte de las panzas simples se le aplicaran técnicas como secciones finas que desafortunadamente implica cortes destructivos en las piezas, por lo tanto las panzas simples representan la parte ideal para estos estudios microscópicos.
- D. Como señala Eiroa: *“Independientemente de la ubicación que tuvieran en el conjunto de la pieza, todos ellos proporcionan datos de igual calidad referidos a los aspectos pu-*

ramente tecnológicos (...) Desde esta perspectiva, cualquier fragmento cerámico es igualmente significativo” (Eiroa y otros, 1999: 157).

En el nivel del análisis cerámico arqueológico, cada pieza que conforma la muestra va a ser analizada y descrita a través de un microscopio estereoscópico, y los detalles de este análisis serán plasmados en unos cuadros que incluyen características básicas sobre las inclusiones, el tamaño de las partículas y/o inclusiones (*Data Sheet Committee*, aided by George V. Chilingar.), la angularidad y redondez y la concentración de las partículas sedimentarias en la pasta (*Gamma Zeta Chapter Sigma Gamma Epsilon*, de la Kent State University) y los colores de superficie (previa utilización de la tabla *Munsell Soil Color Chart*, NY).

Para el segundo nivel de análisis (petrográfico) se seleccionaron 23 piezas para la submuestra, que representan todos los sitios arqueológicos estudiados (22 sitios más un sitio que cuenta con 2 submuestras), a las que el ingeniero geólogo David Mendi aplicó un análisis petrográfico en el Laboratorio de Difracción de rayos X de la Escuela de Geología y Minas de la Universidad Central de Venezuela. El análisis de secciones finas es realizado con un microscopio de luz polarizada, mediante el cual los geólogos identifican los distintos minerales que hay en la cerámica, ya que los mismos reaccionan de manera distintiva frente a la luz (Orton, 1997). La importancia de esta identificación radica en la profundización de detalles inaccesibles a simple vista, tales como la diferenciación de arcillas según su origen geológico, la determinación de material exógeno, el reconocimiento de inclusiones y otras variables cualitativas que amplían la información obtenida de las muestras cerámicas (Orton, 1997). También es importante aclarar que los dos tipos de análisis descritos hasta el momento (análisis cerámico arqueológico y análisis petrográfico) se conjugan de manera excepcional, ya que se puede establecer una com-

paración visual de las características observadas en distintas escalas de análisis.

Finalmente se realizó un análisis de microscopía electrónica. En este nivel se presentan muchas vertientes de análisis que conjugan la arqueología con otras disciplinas científicas, una de las más utilizadas es el análisis de composición química mediante el cual se identifica (en porcentajes o partes por millón) elementos químicos presentes en las pastas, a fin de diferenciar los tiestos según distintas fuentes de arcilla (Orton, 1997) como el análisis realizado en el laboratorio de Microscopía Electrónica Dr. Mitsuo Ogura, de la Facultad de Ciencias de la Universidad Central de Venezuela.

5.- El principio de la historia occidental en el oriente venezolano

Los estudios arqueológicos para la región oriental y específicamente para la región de estudio, son escasos y dispersos. Sin embargo, existe una amplia gama de estudios etnohistóricos para la región. Vale resaltar que posiblemente el trabajo más exhaustivo y puntual de acorde con el presente estudio, es la tesis de grado presentada por la antropóloga Ana Cristina Rodríguez Yilo, titulada *Los Palenque ¿Cacicazgos prehispánicos en el nororiente de Venezuela?* (1992).

En 1961, Miguel Acosta Saignes publica *Estudios de etnología antigua*, libro fundamental sobre las sociedades indígenas venezolanas. Acosta Saignes haciendo uso del concepto de área cultural propuesto por Julian Steward, propone una serie de áreas culturales para la Venezuela prehispánica. En base a estudios de documentos históricos, para el área de los Caribes de la Costa, desde Paria hasta Borburata, divide la misma en tres subáreas que presentan características similares y distintivas (Rodríguez, 1992), separando la de los Palenques o Guarinos, ya que presenta rasgos muy distintivos. Posteriormente, Marc de Civrieux, en *Los*

Cumanagotos y sus vecinos (1980), señala que no existen los llamados caciques y afirma, que estos “reyes” o “caciques” simplemente son “una proyección, por parte de los primeros cronistas españoles, de sus propias estructuras políticas sobre la sociedad indígena.” (Civrieux, 1980: 142). Esta notable discrepancia entre ambos investigadores, es lo que motiva a Ana Rodríguez Yilo a profundizar en el tema. La autora mediante el análisis de ambos autores, fuentes primarias de documentos históricos, evidencias lingüísticas y elaborando un marco general de las investigaciones arqueológicas en zonas aledañas de la Depresión de Unare, aclara el panorama y elabora su propuesta.

El concepto Palenque, fue usado en un principio para referirse al tipo de aldeas fortificadas y cercadas que le rendían tributo a un jefe o cacique y que se diferenciaban por el nombre del mismo. “*Luego, los españoles dieron también el nombre de **Palenque** a los constructores de estos cercados, entre los que diferenciaban grupos locales según el territorio que ocupaban, tales como los Palenque del Guaribe quienes vivían en las riberas del río Guaribe*” (Rodríguez, 1992: 10).

Los conquistadores españoles del siglo XVI resaltaban continuamente los aspectos jerárquicos de los Palenques. Además de las típicas empalizadas que le confieren su nombre, también fueron diferenciados de los Cumanagotos Caribes por una variación lingüística en su dialecto registrado por Fray Matías Ruiz Blanco, según Rodríguez Yilo (Navarrete, 2000). Además, existen otros rasgos culturales que los diferenciaban como Palenques del resto de sociedades del Unare.

Según Rodríguez Yilo, el territorio originalmente ocupado por los Palenque fue la Depresión de Unare, más específicamente las riberas del río Unare, cerca de la costa y al norte del río Güere (Rodríguez, 1992). Estos datos provienen de los informes tempranos de la región como los reportes de Jerónimo de Ortal (1535) cuando ordena a Agustín Delgado adentrarse a la provincia

de Cumaná; escritos por Oviedo y Valdés, Castellanos y Aguado para el siglo XVI y Simón a principios del siglo XVII. En referencias más tardías, como las de Brizuela (1655), ya se nota un movimiento de los grupos indígenas hacia áreas periféricas y sureñas debido a las diversas guerras y enfrentamientos entre españoles y comunidades indígenas y, por último, la penetración misionera de mediados del siglo XVII que ubicaba a las comunidades en puntos estratégicos para disminuir las rebeliones indígenas (Rodríguez, 1992). Resumiendo a los investigadores es útil puntualizar varios rasgos que definían a los grupos Palenques:

- A. Notables diferencias entre jefes y piaches (Navarrete, 2000; Rodríguez, 1992).
- B. Patrón de asentamiento de tres niveles: como los define Navarrete, una villa de primer orden donde habita el cacique en su casa, con cierta población y construcciones defensivas; villas de segundo orden donde podían habitar jefes militares y estructuras artificiales de menor complejidad tecnológica que las de primer orden y por último bohíos de familias en zonas perimetrales que dependían de las villas de segundo orden (Navarrete, 2000; Rodríguez, 1992).
- C. *“La posesión consensual por la elite del gobierno de áreas de caza, lagunas de pesca, armas, y depósitos de provisiones”* (Navarrete, 2000: 541).

La descripción y/o traducción del otro americano se encontraba afectada por parámetros culturales europeos, por lo que las organizaciones sociopolíticas americanas se homologaban a la estructura clasista española (Navarrete, 2000). De hecho, las crónicas tardías de la segunda mitad del siglo XVII y XVIII muestran ya un marco muy distinto, donde según Navarrete y Rodríguez

existen una simplificación de las unidades socio-culturales y esto se refleja en un proceso de “retribalización” (Navarrete, 2000).

Aún cuando nuestra investigación no plantea comprobar la existencia de los Palenques como sociedad cacical, es fundamental ubicar el posible período cronológico del cual proviene el material arqueológico con el fin de entender las sociedades que habitaron esta región y dejaron esta “*presencia material de la historia*” (Augé, 1996: 20).

6.- La tecnología vista en el microscopio

Tres análisis buscaban un mismo objetivo a través de distintas metodologías, perspectivas y técnicas, para responder un problema específico ¿Cómo los grupos humanos que habitaron estos territorios en un momento de la historia humana fabricaron esta cerámica y porqué la fabricaron de esta manera? Ya que cada análisis incluye distintas técnicas de búsqueda de información, no pueden ser comparados sus resultados en detalles, sino más bien verlos desde un enfoque general.

En principio, es necesario aclarar un término central para la investigación: el concepto de inclusiones y antiplástico. La arcilla es una roca disgregada, por lo tanto, la presencia de partículas de diferente naturaleza en la misma es un factor de alta incidencia a tomar en cuenta en la manufactura cerámica. La producción alfarera evidentemente es un factor cultural, pero se basa en materias primas que provienen de la naturaleza. Por esta razón, la separación entre inclusiones naturales y artificiales (aplicadas de manera intencional) es una línea muy delgada que se confunde fácilmente.

La determinación entre antiplásticos e inclusiones depende de la comparación de la forma, el tamaño y la proporción de sus partículas. En un tiesto pueden observarse gran variedad de inclusiones (definidas por su naturaleza). Estas observaciones nos permiten realizar comparaciones de las inclusiones para determi-

nar cuáles forman parte de las fuentes de arcilla y cuáles son aplicadas en el tiesto de manera intencional.

Las tres combinaciones de inclusiones más importantes que se pueden observar en la colección son: los fragmentos de roca y cuarzo; los fragmentos de roca, cuarzo y tiesto molido y los fragmentos de roca, cuarzo y granos opacos. Presentan dos denominadores comunes: la roca y el cuarzo. Pero en estos tres casos, sólo la roca es una inclusión natural, siendo los otros elementos reconocidos: cuarzo, tiesto molido y granos opacos, los verdaderos antiplásticos. Esta tesis se sustenta en lo siguiente:

- A. La roca se presenta como antiplástico sólo en algunos sitios como Barrio Huelva y Aldo Armas, que poseen piezas con fragmentos de roca bien distribuidos, y por su forma y tamaño nos hace pensar en una intencionalidad de la roca como desgrasante.
- B. En la gran mayoría de los sitios, la roca aparece sólo de forma aleatoria, mal distribuida y sin formas características en las piezas, por lo que podemos pensar que la presencia de roca en el resto de las combinaciones de antiplásticos utilizados es un evento casual, y que las mismas forman parte la naturaleza de las fuentes de arcilla.

El tiesto molido (a) es la única inclusión reconocible inmediatamente como antiplástico ya que proviene de desechos culturales de vasijas previamente elaboradas. Para el polémico caso de los granos de opacos³ (b) (“bolitas de arcilla” u “óxidos arcillosos”), si bien el análisis petrográfico lo descarta como antiplástico, la observación de estas inclusiones en el análisis cerámico arqueológico, y su alta incidencia en un considerable número de muestras, nos indujo a pensar que existió intencionalidad en su aplicación. Por lo tanto, esta fue la primera razón para considerarlas como antiplástico. Además, en un mismo sitio no se presenta en

todas las muestras y, si la arcilla fue “limpiada” de impurezas, el tamaño de las inclusiones nos hace suponer que pudieron ser eliminadas de la pasta. El cuarzo (c), por su parte, fue posiblemente el antiplástico más importante en todos los sitios. Su frecuencia es abrumadora, así como sus diferencias porcentuales en todos los sitios. *“En la mayoría de tipos de pastas que contienen inclusiones de cuarzo, las inclusiones de otros minerales son lo bastantes escasas como para ignorarlas por el momento”* (Orton y otros 1997: 162). Finalmente los fragmentos de roca (d), a pesar de considerarse inclusiones naturales, en ocasiones denotan intencionalidad. Podemos afirmar que existe roca molida como antiplástico por diversas razones, entre ellas el tamaño de las partículas, la angularidad que indica las mismas se trituraron de manera intencional y las grandes concentraciones en la pasta.

El análisis petrográfico determinó al cuarzo como el antiplástico más común (20%), fragmentos de tiestos (5%), fragmentos de roca (2%), granos opacos (1%), identificados como óxidos arcillosos, y mica (1%), no detectada en el análisis cerámico arqueológico. El resto de las inclusiones, como por ejemplo, los fragmentos de cuarzo (por sí solos); los fragmentos de roca y óxidos opacos y los fragmentos de roca y tiesto molido, por sus bajos porcentajes hallados en las muestras, fueron considerados como fragmentos de las mismas combinaciones anteriores, sólo que aleatoriamente no evidencian el resto de las inclusiones.

El último conjunto de inclusiones reconocidas, fragmentos de roca, cuarzo, tiesto molido y arena; fragmentos de material orgánico y fragmentos de roca, cuarzo y arena (parte del grupo C, véase Cuadro N° 1) son casos excepcionales, normalmente presentes entre 1 a 5 piezas. Estas combinaciones poco aportan para inferir rasgos tecnológicos, a menos que su excepcionalidad las hubiese asociado con tradiciones alfareras definidas.

Aclarada la diferencia entre inclusiones, antiplásticos y sus combinaciones, obsérvese el resultado de los tres análisis aplica-

dos a las muestras cerámicas con el fin de apreciar las diferencias y semejanzas, tanto del método como de los resultados, y así evidenciar los alcances y limitaciones de este estudio (ver Cuadro Nº 2). Como vemos, existen marcadas diferencias respecto al método. Por esta razón no es fácil la comparación entre los tres tipos de análisis, pero desde ya podemos advertir interesantes puntos de convergencia. Por el tipo de variables estudiadas, el análisis petrográfico y el análisis cerámico arqueológico presenta amplios paralelismos. El análisis petrográfico profundiza más en las variables ya descritas que el análisis cerámico arqueológico. El mejor ejemplo puede ser la clasificación de tipos de cuarzo, tanto por su naturaleza como por su tamaño, pero éste tiene la limitación del número de muestras analizadas (23), que representa una cantidad mínima en comparación con el amplio universo de piezas estudiadas.

Por otra parte, el análisis arqueológico a pesar de haber sido realizado a través de un instrumento como el microscopio estereoscópico, no permite ese grado de profundización del análisis petrográfico, pero permitió ampliar el número de muestras notablemente y estudiar variables directamente vinculadas con la manufactura cerámica, desde una perspectiva de la arqueología.

Las distintas orientaciones académicas se ven marcadas en muchas de las variables estudiadas. Es interesante advertir que, a pesar de estas diferencias, los resultados en la identificación del antiplástico de ambos análisis son muy similares, diferenciándose únicamente por una mayor relevancia establecida en el análisis arqueológico con respecto a los granos opacos (óxidos arcillosos) y la ampliación cuantitativa y cualitativa de combinación de antiplásticos encontrados.

Finalmente, el análisis de microscopía electrónica, como se puede ver en el cuadro, hizo un análisis totalmente distinto, desde una perspectiva completamente opuesta. A pesar de la amplia limitación del número de muestras analizadas, permitió en cierta forma confirmar los resultados de los análisis previamente

descritos, ya que indicó una completa homogeneidad química. La presencia de aluminio y potasio indica elementos característicos que se derivan de los minerales arcillosos, pero la presencia de sílice y calcio, proviene de los antiplásticos utilizados (Picón, 1973; Orton y otros 1997). El hierro, por su parte, puede provenir tanto de la composición química de la fuente de arcilla como de posibles granos opacos (óxidos de arcilla) aplicados como antiplástico. La ausencia por otra parte de químicos como el fosfato (utilizados en fertilizantes para el cultivo o acumulados en aguas subterráneas) indica que el entorno postdeposicional no ejerció alteración importante en las muestras.

Unificados los resultados, en primer lugar, destaca el hecho de que el cuarzo haya sido el antiplástico más utilizado. Siguiendo a Rice (1987), las inclusiones ideales, desde el punto de vista físico-químico, son las que tienen coeficientes similares de expansión térmica a la arcilla, como la concha molida y/o el feldespatos. Pero el cuarzo *“no es un tipo de inclusión óptima para vasijas para cocinar; se expande mucho más rápido que la arcilla y puede iniciar las fracturas”* (Chilton en Stark, 1998:149). Sin embargo, el cuarzo es uno de los elementos no plásticos más utilizados y comunes como desgrasante arqueológico. En este sentido, el cuarzo no ofrece un factor diferencial importante con otras colecciones cerámicas, pero la toma de decisión por parte de los artesanos es un factor crucial para entender el proceso de producción cerámica, más aún siendo un antiplástico presente en casi todas las combinaciones de los 22 sitios arqueológicos.

El segundo antiplástico identificado es el tiesto molido, el cual, junto al cuarzo, es un desgrasante ampliamente utilizado. Su obtención no presenta un reto para los artesanos, ya que tanto por utilización y desecho, siempre podrán contar con fragmentos, que triturados, pueden aplicar para elaborar nuevas vasijas. Los fragmentos de roca, por otra parte, siempre en bajos porcentajes, fueron ampliamente utilizados. La obtención de muestras de rocas y

minerales en los sitios arqueológicos y el proceso de experimentación al triturarlas, permitió establecer que los artesanos obtuvieron cuarzo y arenisca (posiblemente también chert) en la misma zona del Bajo Unare. Los granos opacos, identificados como antiplástico, han creado polémica en su definición. Vistos inicialmente como bolitas de arcilla, el análisis petrográfico los definió como producto del amasado heterogéneo de la pasta, presente en muy bajos porcentajes, en forma de granos de óxidos marrón rojizo con un tamaño menor de 1 mm. (Velásquez, 2005).

El análisis de microscopía electrónica confirmó esta información al identificarlos químicamente como concentración de óxido de hierro. Definida su naturaleza, en el análisis cerámico arqueológico notamos que no era tan predominante como previmos, pero se observó siempre en distintos porcentajes, ocupando un papel diagnóstico como antiplástico. Probablemente existían fuentes naturales de estos óxidos en afloramientos en los suelos y fueron agregados a la pasta. En los trabajos de campo se recolectaron concentraciones similares. Este tipo de antiplástico no es exclusivo de nuestra zona de estudio, ya que, por ejemplo, Cruz (1997), en el estado Guarico, define un tipo de antiplástico denominado arcilla endurecida que parecían bolitas entre 0,02 y 0,05 mm. De igual forma, fue definido en el Orinoco Medio para la alfarería Cedeñoide, la cual *“fue elaborada con diversos antiplásticos pero la arcilla endurecida es diagnóstica”* (Tarble y Zucchi, 1984: 294). Es probable que existan otras colecciones arqueológicas que posean esta misma inclusión, pero al no contar con fotos ni descripciones detalladas no es posible afirmar si corresponden a los mismos óxidos opacos o arcillosos.

En principio, la hipótesis era que este estudio tecnológico regional intensivo de la cerámica indígena en el Bajo Unare podía arrojar interesantes datos respecto a las diferencias tecnológicas culturales que indicarían variabilidad geográfica, temporal o incluso étnica. Sin embargo, la profundización de estas variables en

la presente investigación mostró un comportamiento inverso. Si bien es cierto que existen diferencias porcentuales en cada sitio respecto al uso de combinaciones de antiplástico, aspectos tecnológicos como el tamaño de las inclusiones, la proporción en la pasta y la angularidad, tienden a mostrar patrones homogéneos intra e inter sitios.

Geográficamente, la combinación porcentual de antiplásticos utilizada en cada círculo de prospección no presenta un patrón de correlación espacial. Los antiplásticos utilizados aparecen de manera aleatoria, presentando sólo el patrón generalizado de una mayoría de cuarzo (especialmente en los sitios ubicados en el círculo II de la prospección), seguido por la combinación de cuarzo y tiesto molido, y luego por la combinación de cuarzo y óxidos arcillosos, con algunos bajos porcentajes de fragmentos de rocas y cuarzo, óxidos arcillosos y tiesto molido. Pero aunque los resultados difieren de lo esperado, permiten entender, desde la tecnología, que existía una gran uniformidad en los criterios de selección de los artesanos a la hora de utilizar materiales específicos para la producción cerámica.

En realidad, esta uniformidad es completamente relativa. En un primer nivel es uniforme ya que todos los sitios presentan combinaciones de antiplásticos similares. En un segundo nivel es heterogénea ya que se utilizaron al menos 2 o 3 tipos en cada sitio, y no una sola, como era de esperarse al hablar de homogeneidad, por lo que habían diversas opciones tecnológicas en cada sitio arqueológico. Esta heterogeneidad en todos los sitios al escoger el tipo de antiplástico puede explicarse por diversas razones:

- A. Según Chilton (en Stark, 1998), la diversidad hallada en los tipos de antiplásticos utilizados puede responder a un patrón alto de movilidad anual, obligándolos a usar distintos antiplásticos. Esta explicación cobra sentido a la luz de los documentos históricos referentes a los cambios y movilidad

constante sufrida por los grupos indígenas de la región en el período de contacto con los europeos. Entendemos que esta es una relación hipotética hasta que se cuente con una cronología regional definitiva de los sitios, que permita vincular este material con algún período histórico específico.

- B. La segunda explicación se centra en la función de la vasija, ya que distintos antiplásticos pueden tener distintos comportamientos tanto en el modelado como en la cocción, y esto por supuesto puede influir en su período de uso y funcionalidad.
- C. La individualidad del artesano, factor de difícil acceso desde la arqueología, ya que evidentemente “*no podemos afirmar nada a priori con respecto al peso de las individualidades en el pasado*” (Johnson, 2000: 114), puede considerarse entre las hipótesis de variabilidad en las tradiciones tecnológicas.

Respecto a la uniformidad en el tipo de antiplástico, sus proporciones, tamaños y angularidades, podemos elaborar algunas hipótesis. Debido a la notable uniformidad, es posible que todos los sitios se ubiquen en un mismo período cronológico. La homogeneidad y singularidad cultural se verifica al comparar con tradiciones cerámicas tardías del área de posible influencia de nuestra región, como las tradiciones alfareras arauquinoide del Orinoco Medio, que utilizaban cauxí; valencioides del área costera central que usaban roca y cuarzo, o dabajuroides costero occidentales con concha. Es difícil establecer alguna vinculación directa de los antiplásticos utilizados en el Bajo Unare con otras zonas culturales prehispánicas venezolanas, ya que sus desgrasantes no son exclusivos y su uso ha sido reportado para otras regiones, y no son característicos como la concha y/o cauxí para llegar a ser más específicos y vinculantes con algunas tradiciones mejor conocidas y estudiadas.

En consecuencia, es posible que evidencien una cultura bien unificada con una unidad política cohesionada donde la enseñanza de la producción cerámica se arraigaba en patrones culturales preestablecidos que configuraban una elección de escogencia y realización transmitida a través de sus sistemas sociales. Por lo tanto, frente a datos que nos indican una uniformidad estilística tecnológica, consideramos que la sociedad que produjo esta cerámica que perduró hasta nuestros días era cronológicamente contemporánea. Fue una cultura de amplia densidad poblacional, evidenciada por la cantidad de material y sitios identificados y además compartían patrones artesanales similares, reflejado en la notable homogeneidad de todos los sitios arqueológicos.

Esta uniformidad tecnológica en el Bajo Unare rompe el esquema que caracteriza a otras evidencias arqueológicas regionales ya que *“un elemento fundamental en la arqueología de los llanos orientales, es la heterogeneidad que progresivamente ha ofrecido la evidencia cerámica, en cuanto a la composición estilística de la región”* (Amaiz, 2000: 214).

Desde una perspectiva tecnológica, ninguna colección cerámica puede ser estudiada “por partes”. La profundización en las variables tecnológicas amplía el marco de construcción de realidades del pasado, siendo un aspecto poco considerado en los estudios cerámicos de la arqueología venezolana, pero debe ser observado en conjunto con otros aspectos de la cerámica como lo es la forma, la función y la decoración. El énfasis en aspectos decorativos y formales de la cerámica puede inducir a conclusiones sesgadas ya que *“Los detalles idiosincrásicos suelen ser más útiles que las características más generales pero más fácilmente copiadas”* (Orton y otros, 1997:45), por lo que efectivamente los aspectos tecnológicos, junto a otras variables, pueden reflejar pautas culturales “invisibles” respecto a la toma de decisión de los artesanos.

A través del análisis estilístico de la cerámica indígena, Rojas actualmente realiza una aproximación antropológica para el Bajo Unare. Su investigación, basada en el mismo material de nuestra investigación, analiza en el material diagnóstico (inflexiones, bordes, bases, piezas decoradas) información detallada sobre la forma, decoración y función de la misma alfarería (Rojas, 2005). Se enfoca en cinco sitios (Matiyure, Madre Vieja, Santa Clara, Guara y La Liliana), seleccionados a partir de un análisis preliminar de sus diferencias estilísticas según la pauta de la serie Memoide (Cruxent y Rouse, 1961), con el fin de determinar semejanzas y diferencias. Así, elabora una caracterización general de todos los sitios, planteando que:

“tecnológicamente existe una homogeneidad casi total de rasgos (...) siendo evidente el enrollado como técnica de manufactura de las vasijas. Los grosores de paredes varían entre 0,7 cm. y 1,1 cm. (...) El tratamiento de superficie consiste en el alisado simple, sin ninguna variación significativa de un sitio a otro” (Rojas, 2005:7).

Formalmente, los bordes son de labios redondeados, planos y biselados, predominando los redondeados. Las bases son mayormente planas, con algunos casos de anulares y semianulares; y las asas y apéndices acintados y tubulares (Rojas, 2005). Desde el punto de vista decorativo, los tiestos pintados representan el 5% de los tiestos decorados mientras las técnicas decorativas de aplicación plástica son más comunes con la característica de una:

“apariencia tosca, áspera y rugosa en las superficies siendo la predilecta el aplicado en su modalidad de recubrimiento rugoso (Este recubrimiento rugoso consiste en) la aplicación de una capa de arcilla fresca sobre el cuerpo de la vasija ya constituida, fijada sobre ésta con las manos e instrumentos u objetos irregulares que producen un aspecto áspero y rugoso” (Rojas, 2005:8).

Esta decoración se considera desde dos niveles de análisis: funcional (por ser antiresbalante y refractario) y decorativo. Se ubica básicamente en panzas (90% de la muestra decorada) lo que indica que cubría la parte inferior media de las vasijas, no presenta diferencias de colores respecto a otras partes de las vasijas y posee un grosor entre 0,3 cm. y 0,7 cm.

El análisis preliminar le permite definir todas estas características generales de los sitios arqueológicos del Bajo Unare, también le ayuda a identificar cinco sitios que difieren del resto. La profundización estilística de estos cinco sitios le permitirá a Rojas esclarecer la existencia de un patrón estilístico diferenciador o unificador en el Bajo Unare (Rojas, 2005). La investigadora de forma preliminar concluye, que existe homogeneidad entre los sitios.

Suponiendo que este análisis estilístico evidenciara un estilo relativamente unificado, coincidiría con nuestra investigación. Si por el caso contrario, estos cinco sitios muestran diferencias estilísticas importantes, pero nuestra investigación afirmó similitud tecnológica, sería un interesante caso de estudio, donde los patrones tecnológicos, desde nuestra perspectiva, estarían mostrando una unificación social, reflejada en los patrones de enseñanza de la práctica alfarera, mientras que otros aspectos funcionales y decorativos, muestran mayor diversidad ante un mismo estilo tecnológico.

El análisis tecnológico de la muestra de panzas simples de los sitios del Bajo Unare, como vimos, permite la profundización de elementos no tomados en cuenta en investigaciones arqueológicas más tradicionales. El método, sin buscar convertirse en piedra angular de los estudios ceramológicos, advierte sobre la importancia de variables que se han subestimado y que realmente pueden ofrecer información muy importante sobre los límites culturales y sobre las sociedades productoras de la cerámica.

Con los datos manejados en la presente investigación podemos hablar de una tradición alfarera homogénea, pero hasta que

no se profundicen en otros temas como el de la comparación de una identidad grupal o de una cohesión socio-política, los enterramientos, las áreas de actividad y/o los patrones estilísticos diagnósticos, no se podrá ofrecer una aproximación integral para interpretar el desarrollo de las sociedades indígenas preteritas del Bajo Unare.

Combinación de Inclusiones Identificadas	Antiplástico	Grupo de combinación	Característica del tipo de combinación
Frag de roca y cuarzo	Cuarzo	Grupo A	Resaltantes desde el punto de vista cuantitativo
Frag de roca, cuarzo y tiesto molido	Cuarzo y tiesto molido		
Frag de roca, cuarzo y óxidos arcillosos	Cuarzo y óxidos arcillosos		
Frag de roca	Roca	Grupo B	Erráticos con algún tipo de importancia cuantitativa
Frag de roca, cuarzo, óxidos arcillosos y tiesto molido	Cuarzo, óxidos arcillosos y tiesto molido		
Frag de cuarzo	Cuarzo*	Grupo C	Poco comunes sin importancia cuantitativa
Frag de roca y óxidos arcillosos	Óxidos arcillosos		
Frag de roca y tiesto molido	Tiesto molido		
Frag de roca, tiesto, cuarzo y arena	Tiesto molido, cuarzo y arena		
Frag de roca, cuarzo y concha	Cuarzo y concha		
Frag de material orgánico	Corteza de árbol		
Frag de roca, cuarzo y arena	Cuarzo y arena		

Cuadro N° 1. Combinación de inclusiones identificando antiplásticos y agrupándolos por grupo de combinación, según su importancia cuantitativa para los sitios arqueológicos que conforman el estudio. *referimos la presencia de cuarzo como antiplástico sin observación de rocas como inclusiones naturales.

Tipo de variables / métodos y técnicas / resultados	Análisis Petrográfico	Análisis Cerámico Arqueológico	Análisis de Microscopía Electrónica
Forma de estudiar las muestras cerámicas	A través de secciones finas de panzas simples, analizadas en microscopio de luz polarizada	Panzas simples sin modificar las piezas, analizadas en microscopio estereoscópico.	“Raspado” de panzas simples y montura del polvo proveniente de las mismas en cápsula de grafito. Muestras analizadas en microscopio electrónico.
Número de muestras estudiadas	23 secciones finas de panzas simples	2.120 panzas simples	4 panzas simples
Tiempo de duración del estudio	2 meses y medio	3 meses	4 horas
Campo académico donde se utiliza el método	Ingeniería en geología y minas. Estudios de geología sedimentaria	Arqueología	Ciencias naturales, entre ellas biología, química y física.
Variables estudiadas	Matriz de arcilla, antiplásticos, tamaño, angularidad, esfericidad y redondez de las partículas, colores, porosidad.	Tipo de inclusiones, tamaño promedio, angularidad, concentración de las partículas en la pasta, colores de las superficies.	Elementos químicos.
Conclusiones principales	<p>1.- El antiplástico más común es el cuarzo (en promedio de 20%) siguiéndole a este los fragmentos de tiestos (5%), fragmentos de roca (2%), granos opacos (1%) y un (1%) de mica</p> <p>2.- Sobre el cuarzo determina tres tipos por su naturaleza mineralógica y clasifica los mismos por tres tamaños: Limo grueso, arena fina, arena muy fina.</p> <p>3.- Profundiza en aspectos mineralógicos de cada partícula encontrada definiendo su naturaleza, y considera que todos los minerales y rocas encontrados provienen de la zona de estudio, exceptuando los dos casos de mica, pero no se descarta la</p>	<p>1.- Las combinaciones de antiplásticos más importantes son: cuarzo; cuarzo y tiesto molido; cuarzo y granos opacos; fragmentos de roca y frag de cuarzo, opacos y tiesto molido</p> <p>2.- Sin importar el tipo de combinación de inclusiones encontradas, la gran mayoría se encuentran entre tamaños de 0,5 mm. y 1,0 mm.</p> <p>3.- En promedio presentan una proporción o concentración heterogénea mal distribuida (poorly-sorted), salvo casos concretos, en especial la media heterogénea o mal distribuida (medium poorly sorted.)</p> <p>4.- El promedio de las inclusiones son sub-angulares a sub-redondeadas.</p>	<p>1.- Completa homogeneidad de las muestras.</p> <p>2.- Se identificaron todas las muestras como aluminosilicatos que tienen oxígeno, aluminio y silicio como picos importantes, junto con otros componentes minoritarios como calcio, potasio y hierro.</p> <p>3.- La única diferencia observable es una gran concentración de hierro en la muestra n° 1, y se identificó como óxido de hierro.</p>

Tipo de variables / métodos y técnicas / resultados	Análisis Petrográfico	Análisis Cerámico Arqueológico	Análisis de Microscopía Electrónica
		<p>posibilidad que provengan de rocas sedimentarias que presenten este material.</p>	<p>5.- Los colores de las superficies varían generalmente entre cinco espectros de tonalidades, desde la 7.5 Red, 10 Red, 2.5 Yellow Red, 5 Yellow Red hasta 7.5 Yellow Red. Esta es una regla general para todos los sitios.</p> <p>6.- El 90% de las piezas presenta oxidación incompleta.</p> <p>7.- Gran homogeneidad de inclusiones y por lo tanto de antiplásticos encontrados en todos los sitios.</p> <p>8.- Sólo existe variación porcentual de aparición de combinaciones de antiplásticos.</p>

Cuadro Nº 2. Comparación de variables, métodos, técnicas y resultados de los tres análisis realizados a las muestras cerámicas: análisis petrográfico, análisis cerámico arqueológico y análisis de microscopía electrónica.

7. Notas:

¹ Es importante aclarar que la sección fina es una... “*finísima hoja delgada de material cerámico montada con un adhesivo o resinas especiales en un cristal de microscopio. Se disminuye el grosor de la hoja cerámica hasta unos 0,03 mm. y se pega encima un barniz vidriado.*” (Orton y otros, 1997: 161).

² La panza simple es la parte de la vasija que no presenta ningún tipo de decoración ni ninguna curvatura, forma o atributo diagnóstico que nos permitiese inferir la forma de la misma.

³ Para una extensa discusión de este tipo de antiplástico, véase la tesis de grado de la cual proviene este artículo.

Agradecimientos: Quisiera agradecer a mi madre María Cristina Fernández, a mi amigo y tutor Rodrigo Navarrete y al profesor Luís Molina, por las oportunas observaciones, críticas y correcciones realizadas para el presente artículo.

8. Referencias bibliográficas

- ACOSTA SAIGNES, Miguel. 1954. *Estudios de etnología antigua de Venezuela*. Instituto de Antropología y Geografía, Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela, Caracas.
- AUGE, Marc. 1996. *Hacia una Antropología de los Mundos Contemporáneos*. Editorial Gedisa, España.
- AMAIZ, George. 2000. *El Espacio Habitado: Modelos de Organización Interna de un Asentamiento Memoide. El Cedro, Estado Guárico, Venezuela*. Tesis para optar al título de Antropólogo. Universidad Central de Venezuela. Facultad de Ciencias Económicas y Sociales. Escuela de Antropología, Caracas.
- CHUNG, Heajoo. 1998. “Los Análisis de la Cerámica Arqueológica: Análisis Petrográfico”. Disponible en: <http://morgan.iaa.unam.mx/usr/Actualidades/15/texto15/heajoo.html>. Consulta: 21-04-04.
- CIVRIEUX, Marc de. 1980. “Los cumanagotos y sus vecinos”. En: *Coppens, Walter 1980: Los aborígenes de Venezuela*. Etnología antigua. Vol. I. Fundación de Ciencias Naturales La Salle, Caracas.
- CRUXENT, José. M. e Rouse, Irving. 1961. *Arqueología Cronológica de Venezuela*. Unión Panamericana e Instituto de Investigaciones Económicas de la Facultad de Economía de la Universidad de Venezuela, Washington, D.C.
- CRUZ GUERRA, Dinora. 1997. *Estudio Arqueológico y Etnohistórico de los sitios Las Raíces y El Cedro, Área San José de Guaribe, Estado Guárico, Venezuela*. Trabajo final de grado para optar al título de Antropólogo. Universidad Central de Venezuela. Facultad de Ciencias Económicas y Sociales. Escuela de Antropología, Caracas.
- DE PAEPE, P. y Cardale, Marian, 1990. “Resultados de un estudio petrológico de cerámicas del período Herrera provenientes de la Sabana de Bogotá y sus implicaciones arqueológicas”. En: *Boletín del Museo del Oro*, N° 27, Banco de la Republica. Disponible en: <http://www.lablaa.org/blaavirtual/bolmuseo/1990/abjn08a.htm>. Consulta: 24-01-05.

- EIROA, BACHILLER, CASTRO y LOMBA. 1999. *Nociones de Tecnología y Tipología en Prehistoria*. Editorial Ariel, S.A., Barcelona.
- JOHNSON, Matthew. 2000. *Teoría Arqueológica: Una introducción*. Editorial Ariel, S.A., Barcelona.
- LEROI-GOURHAN, Andre. 1971. *El Gesto y la Palabra*. Traducción: Felipe Carrera. Ediciones de la Biblioteca Universidad Central de Venezuela, Caracas.
- MACKOWIAK de Antczak, M. M. 2003. *Determinación de Procedencia de las Figurinas Prehispánicas del Archipiélago de Los Roques y su Consecuencia para la Re-Construcción de los Aspectos Socioculturales Prehispánicos del Centro Norte de Venezuela*. Universidad Simón Bolívar. Informe final de Pasantía Postdoctoral N° 20001000421. Informe no publicado, Caracas.
- NAVARRETE, Rodrigo. 1990. “Cerámica y Etnicidad. Una aproximación al estudio de las formas culturales como expresión de lo étnico”. En: *Boletín de Antropología Americana*. N° 22 Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México. pp. 47-80.
- NAVARRETE, Rodrigo y Rodríguez, Ana . 1995. “Aproximación preliminar a la arqueología de los llanos orientales venezolanos”. Ponencia presentada en el VI Seminario Nacional del Llano y los Llaneros, Barinas.
- NAVARRETE, Rodrigo. 2000. “Behind the Palisades: Sociopolitical Recomposition of Native Societies in Unare Depression, Eastern Venezuelan Llanos (Sixteenth to Eighteenth Centuries)”. En: *Ethnohistory*, N° 47. pp. 535-559.
- ORTON, TYERS y VINCE. 1997. *La Cerámica en la Arqueología*. Crítica, Barcelona.
- RICE, Prudence. 1987. *Pottery Analysis: a sourcebook*. University of Chicago, Chicago.
- RYE, Owen. 1981. *Pottery Technology: Principles and Reconstruction*. Taraxacum Washington, Washington, D.C.
- RODRIGUEZ YILO, Ana. 1992. *Los Palenque, ¿Cacicazgo prehispánico en el nororiente de Venezuela?* Tesis para optar al título de Antropólogo. Universidad Central de Venezuela. Facul-

- dad de Ciencias Económicas y Sociales. Escuela de Antropología, Caracas.
- ROJAS, C. ERRICO, et al. 2004. *Análisis Mediante Sem-Edx y Microscopía Óptica de Espículas de Esponjas de Agua Dulce Utilizadas en la Cerámica Indígena del Orinoco Medio*. Ponencia presentada en el XI Congreso Venezolano de Microscopía (CVM-2004), 10 al 13 de Octubre del 2004, Instituto de Estudios Avanzados (IDEA), Sartenejas, Caracas.
- ROJAS, Elimar. 2005. *Análisis estilístico intrasitios e intersitios de la cerámica indígena tardía del Bajo Unare, Edo. Anzoátegui*. Ponencia presentada en las jornadas “Miradas históricas y Antropológicas hacia el pasado de Venezuela” en la 54ª Convención Anual de la Asociación venezolana para el Avance de la Ciencia (ASOVAC). Caracas, 22 y 23 de noviembre de 2005.
- SALVAT Enciclopedia Diccionario. 1972. Salvat Editores, Barcelona.
- SERRANO, Antonio. 1958. *Manual de la Cerámica Indígena*. Editorial Assandri, Argentina.
- SHANKS M. y TILLEY C. 1987. “Re-Constructing Archaeology”. En: *Theory and Practice*. Cambridge University Press, Cambridge.
- SHEPARD, Anna. 1995. *Ceramics for the Archaeologist*. Carnegie Institution of Washington, Washington D.C.
- STARK, Miriam (editor). 1998. *The Archaeology of Social Boundaries*. Smithsonian Institution Press, Washington D.C.
- STOLTMAN, James B. 1991. “Ceramic Petrography as a Technique for Documenting Cultural Interaction: An example from the Upper Mississippi Valley”. En: *American Antiquity*, Vol. 56. N°1. pp. 103-120.
- TARBLE, Kay y ZUCCHI, Alberta. 1984. “Nuevos Datos sobre la Arqueología Tardía del Orinoco: La Serie Valloide”. En: *Acta Científica Venezolana*. Vol.35. Numero 5/6, Caracas. pp. 434-445.
- TARBLE, Kay. 1985. “Un Nuevo Modelo de Expansión Caribe para la Época Prehispánica”. En: *Antropológica*, N° 63-64/, Fundación La Salle, Caracas. pp. 45-81.
- TARBLE, K. y OCHOA E. 2004. *Hallazgos de Cerámica indígena en el Abrigo del Cerro Gavilán Bo-77, Edo. Bolívar, Venezuela*.

Ponencia presentada en las VII Jornadas de Espeleología, JIFI 2004, 3 de diciembre 2004.

VELÁSQUEZ, Wajari. 2005. *Estudio Tecnológico de la Cerámica Indígena Tardía del Bajo Unare*. Ponencia presentada en las jornadas “Miradas históricas y Antropológicas hacia el pasado de Venezuela” en la 54ª Convención Anual de la Asociación venezolana para el Avance de la Ciencia (ASOVAC). Caracas, 22 y 23 de noviembre de 2005.

VELÁSQUEZ, Wajari. 2006: *La Cerámica Bajo el Microscopio: Estudio Tecnológico de la Cerámica Indígena Tardía del Bajo Unare*. Trabajo final para optar al título de Antropólogo. Universidad Central de Venezuela. Facultad de Ciencias Económicas y Sociales. Escuela de Antropología, Caracas.

ZUCCHI, Alberta. 1985: “Evidencias arqueológicas sobre Grupos de Posible Lengua Caribe”. En: *Antropológica*, N° 63-64/1985, Fundación La Salle, Caracas. pp. 23-44..

ZUCCHI, Alberta y TARBLE, Kay. 1984: “Los Cedeñoides: Un Nuevo Grupo Prehispánico del Orinoco Medio”. En: *Acta Científica Venezolana*, Vol.35. N° 5/6, Caracas. pp. 293-309.

BLANCA

Análisis factorial aplicado a contextos funerarios: un estudio de caso, yacimiento Las Matas – Venezuela*

CHÁVEZ, YOHANNA

Departamento de Antropología Física. Escuela de Antropología.

Universidad Central de Venezuela

e-mail: yohannachavez@hotmail.com

RESUMEN

El análisis factorial forma parte de los métodos estadísticos multivariantes cuyo propósito principal es construir y definir la estructura subyacente en una matriz de datos, accediendo así a una visión en conjunto de los mismos. En este sentido, se expone la utilidad y el aporte de las técnicas de correspondencias múltiples, como herramientas para el estudio de los datos procedentes de los enterramientos humanos en base al caso de Las Matas, yacimiento arqueológico de la Cuenca del Lago de Valencia, Venezuela, datado aproximadamente entre los 920 – 940 años en fecha cristiana (d.C.). El proyecto se llevó a cabo sobre una muestra de 115 enterramientos, tomando en cuenta las categorías morfológica, biocultural y ritual. El resultado obtenido a través del SPAD.N muestra que la edad, el sexo, la presencia de las variables bioculturales y el tipo de enterramiento poseen una asociación diferencial que permite reconstruir parte de las costumbres funerarias prehispanicas de los grupos que habitaron esta región.

Palabras clave: Análisis factorial, correspondencias múltiples, costumbres funerarias.

Factorial analysis applied to funeral customs: a case study from Las Matas – Venezuela

ABSTRACT

Factorial analysis is part of multivariant statistical method intended to format and define underlying structure within a data matrix so that a coherent overview is obtained. In this context the usefulness of multiple correspondence techniques applicable to the study of data is confirmed. The human burial sites under study are located in the Lago Valencia basin in Venezuela and date from 920 to 940 A.D. The project comprised 115 burials categorized according to morphology, bioculture, and ritual. Results obtained by analysis demonstrate that age, sex, the presence of several biocultural variables, as well as the type of burial, render an association differential allowing a partial hypothetical reconstruction of pre-Hispanic funeral customs in the groups which inhabited the area.

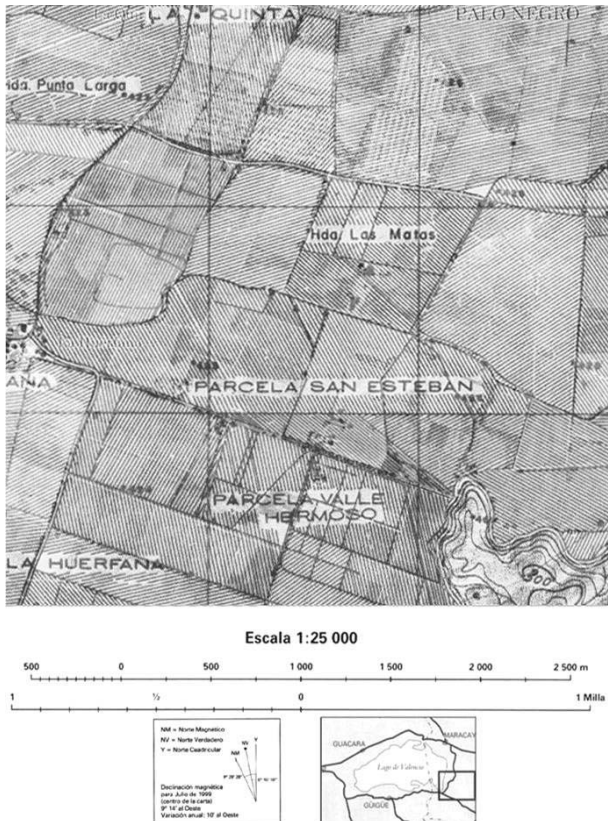
Key words: Factorial analysis, multiple correspondence, funeral customs.

* Recibido: 23- 07- 2007. Aceptado: 15- 9- 2007

1.- Introducción

Las Matas, yacimiento arqueológico ubicado en la región centro norte de Venezuela, al este del Lago de Valencia (Ver fig. N° 1), reunió entre los 920 – 940 años d.C. una serie de elementos como tierras fértiles, amplios recursos hidrográficos, gran biodiversidad y clima estable, que propiciaron un espacio ideal para el asentamiento y sustento humano del pasado (Osgood, 1943; Kidder, 1944; Rouse y Crucent, 1963; Peñalver, 1993; Olsen, 1996; Massimo, 2000).

Figura N° 1
Ubicación espacial de Las Matas, estado Aragua, Venezuela



Estos grupos que habitaron Las Matas, desarrollaron un estilo cerámico particular, que refleja el sincretismo de las culturas materiales Barrancas y Arauquín, conocido como Valencioide. Se cree que la organización política está asociada a un modo de vida “jerárquico cacical”, caracterizado entre otras cosas por la especialización del trabajo, reflejado en la producción alfarera, la organización para construcciones de terracerías y de viviendas, además del desarrollo de un conjunto de actividades destinadas a los rituales mortuorios (Cruxent y Rouse, 1958; Steward y Faron, 1959; Vargas, 1985; Sanoja y Vargas, 1987; Toledo y Molina, 1987; Vargas, 1990; Antczak y Antzack, 1999).

Dentro de estos tratamientos funerarios se aprecian diferencias, principalmente en el tipo de enterramiento, directo o indirecto (en urnas). Se considera, también, que por la jerarquización política social hay un rango que puede ser heredado o adquirido, y que en ocasiones éste se pudiera expresar a partir de la exposición al fuego de los difuntos (Bennett, 1937; Alvarado, 1945; Peñalver, 1967, 1998; Biord, 2001).

Bajo esta perspectiva, se plantea realizar la reconstrucción bioarqueológica de una colección de restos de enterramientos humanos, a partir de tres categorías: morfológica, biocultural y ritual, con el fin de interrelacionarlas a través del análisis factorial y de esta manera responder si las características biológicas de los individuos están relacionadas con el tipo de entierro que recibían.

2.- Material y métodos

2.1.- Población y muestra

La población en estudio está constituida por doscientas setenta y tres (273) cajas etiquetadas y enumeradas, contentivas de esqueletos humanos procedentes de Las Matas, cuyo contenido está diferenciado en relación al montículo, la trinchera, el nivel y el enterramiento en cada resto óseo (Ver fig. N° 2).

Figura N° 2
Identificación del contexto arqueológico en las cajas de la colección



De esta forma, sin tener el número total de entierros, el subconjunto representativo de la población, se seleccionó en base al número total de cajas, quedando constituida por 74 de ellas (para un 95 % de confiabilidad con 9,7% de error de muestreo).

En total se trabajaron doscientas setenta y cinco (275) piezas óseas, individualizadas de acuerdo a las siguientes relaciones: a) contigüidad articular; b) identidad del grado de maduración; c) morfología; d) pertenencia a un mismo conjunto patológico; e) coloración; y f) identidad del registro arqueológico, específicamente el tipo y el número de enterramiento (Hesse y Wapnish, 1985; Duday, 1997; Aguilera *et al.*, 2000; Ubelaker, 2000); obteniendo así, un total de 115 individuos.

2.2.- Enfoque bioarqueológico

El individuo del pasado sincretiza una gama de datos que pueden reflejar las condiciones de vida y costumbres de su grupo. Para extraer parte de estos datos en los restos humanos y culturales procedentes de Las Matas, se plantea la reconstrucción

bioarqueológica subdividida en tres categorías: morfológica, biocultural y ritual (Tiesler, 1997).

Las variables morfológicas constituyen los rasgos epigenéticos que caracterizan físicamente al individuo. En conjunto, definen fenotípicamente a una población y estos rasgos se pueden clasificar en valores métricos y variables no métricas (Tiesler, 1998). Se realizó el análisis osteoscópico y osteométrico de los individuos, según el protocolo internacional de registro mínimo de colecciones óseas, para la estimación de edad y asignación de sexo (Buikstra y Ubelaker, 1994).

Para clasificar la edad estimada se empleó la tabla de Hooton (en Correal, 1990), dividida en diez categorías, asignando un rango de edad a los individuos según la literatura referida para el diagnóstico de la misma (Ver cuadro N°1) (Johnston, 1961; Ubelaker, 1989; Ferembach *et al.*, 1980; Meindl y Russell, 1998).

Cuadro N° 1
Clasificación de los rangos de edad estimada

Edad estimada	Rango de edad (años)	Características generales
1era infancia	nacimiento - 3	Completa erupción de la dentición decidua.
2da infancia	4 – 6	Erupción de la dentición decidua hasta la erupción del 1er diente permanente.
3era infancia	7 – 12	Erupción del 1er diente permanente – hasta la erupción del 2do molar.
Adolescente	13 – 17	Desde la erupción de los segundos molares a la erupción del tercer molar. En este período la mayoría de las epífisis se han unido a los huesos largos, excepto la cabeza del húmero, la epífisis distal del radio y el cúbito, y la cresta superior de la pelvis.
Subadulto	18 – 20	El tercer molar está erupcionado y las epífisis mencionadas en la categoría de adolescente están unidas a la diáfisis. La sutura sagital comienza a cerrarse al final de este período.
Adulto joven	21 – 35	Todas las epífisis, excepto la medial de la clavícula, están unidas. La sutura sagital está cerrada y otras suturas comienzan a cerrarse. La sutura eseno basilar se oblitera por completo.
Adulto medio	36 – 55	Las suturas craneales muestran un cierre marcado y obliteración de algunos puntos.
Adulto avanzado	56 – 75	Todas las suturas están obliteradas, la sínfisis púbica esta muy erosionada y la permanencia de piezas dentales es poca.
Adulto senil	+ 75	Todas las suturas están obliteradas, no hay piezas dentales y la degeneración ósea esta marcada.

Fuente: Hooton, 1947 en Correal 1990, complementado a partir de los datos proporcionados por Johnston, 1961; Ferembach *et al.*, 1980; I'can y Loth, 1989; Ubelaker, 1989.

Con relación a la asignación de sexo, obtenido a partir de la sumatoria de los caracteres morfométricos, se agruparon las características que orientaran el procedimiento considerando que puede existir variabilidad entre el mismo sexo y la misma edad (Genovés, 1980; Ubelaker, 1989; Tiesler, 1998).

Por otra parte, las variables bioculturales constituyen modificaciones, generalmente intencionales, realizadas sobre el cuerpo *ante y postmortem*. Se aprecian morfológicamente porque pueden

quedar reflejadas en los huesos y, en líneas generales se describen de acuerdo a su ausencia o presencia (Tiesler, 1994, 1998). En Las Matas, entre las lesiones *antemortem* se tiene la práctica de la deformación del cráneo, y entre las lesiones *postmortem* la posible exposición al fuego del cuerpo (Marcano, 1971; Peñalver, 1967, 1998).

Para obtener los datos de la categoría ritual, es decir todas aquellas características asociadas al tipo de tratamiento mortuario, se tiene la diferenciación del montículo, la trinchera, el nivel y el enterramiento de cada resto óseo (Ver fig. N° 3).

Figura N° 3

Identificación de las características del contexto del entierro en cada hueso



LM: Las Matas
M: montículo # 3
T: trinchera # 1
N: nivel estratigráfico 0 – 20 cm
ED: entierro directo # 2
C.91 B: cuadrante 91

2.3.- Análisis Factorial

El Análisis de Correspondencias Múltiples (ACM) es una técnica que responde a la necesidad de profundizar en las relaciones de dependencia que se establecen entre las variables cualitati-

vas (nominales y ordinales), observadas en una misma población, insistiendo particularmente en explicar cómo los distintos valores o categorías de las variables se relacionan entre sí (Cornejo, 1988), reduciéndolas a un conjunto de factores cuantitativos a través del cálculo de las distancias de Benzecri, basadas en la Chi cuadrada (Crivisqui, 1993).

El razonamiento se realiza siguiendo las recomendaciones de Crivisqui (1993; Fernández, 2002), quien plantea que la estrategia a seguir en la interpretación de los resultados del Análisis Factorial de Correspondencia Múltiples debería contemplar los siguientes puntos:

- A. Estudio de la inercia asociada a los factores.
- B. Interpretación de los Ejes.
- C. Grado de generalidad de los factores.
- D. Estudio de las variables.
- E. Coordenadas y contribuciones de los elementos activos.
- F. Interpretación de los Planos factoriales.

Los datos sobre los enterramientos de Las Matas se procesaron con el paquete estadístico francés denominado SPAD.N, versión 3.0 (Sistema Portable para el Análisis de Datos, CISIA, 1993).

3.- Resultados y discusión del análisis factorial

3.1- Análisis de la inercia

Se manejaron cinco variables activas y una variable ilustrativa. Las variables activas en conjunto conformaron inicialmente un total de 16 modalidades. Sobre estas modalidades se aplicó un filtro con el fin de eliminar aquellas que presentaban muy bajo peso (menos del 2%) y que podrían alterar o deformar la inercia global. Una vez culminado el procedimiento, el análisis de la inercia quedó constituido sobre la base de 13 modalidades. Se

utilizaron como variables activas la edad estimada, el sexo asignado, la deformación cefálica intencional, la posible exposición intencional al fuego y el tipo de enterramiento (Ver cuadro N° 2); y como variable ilustrativa el nivel estratigráfico (Ver cuadro N° 3).

Cuadro N° 2
Variables activas

Categoría	Variable	Modalidad
Morfológica	Edad estimada	0 – 3 años 4 – 6 años 7 – 12 años 13 – 17 años 18 – 20 años 21 – 35 años 36 – 55 años 56 – 75 años 75 – y más años
	Sexo asignado	Indeterminado Femenino Masculino
Biocultural	<i>Antemortem</i> Deformación cefálica intencional	No presenta Presenta
	<i>Postmortem</i> Posible exposición intencional al fuego	No presenta Presenta
Ritual	Tipo de enterramiento	Directo En urna

Cuadro N° 3
Variable Ilustrativa

Categoría	Variable	Modalidad
Ritual	Nivel estratigráfico	0 – 20 cm
		0 – 40 cm
		0 – 60 cm
		0 – 80 cm
		0 – 100 cm
		0 – 120 cm
		0 – 140 cm
		0 – 160 cm
		0 – 180 cm
		0 – 200 cm

La inercia global de la masa de las variables activas es de 2.00, decompuesta sobre un total de 10 factores principales de alargamiento de la nubes de puntos-modalidad e individuos (Ver cuadro N° 4). De estos 10 ejes los 6 primeros presentan valores propios (o autovalores superiores al valor promedio $2.00/10=0.2000$).

Cuadro N° 4
Histograma de los valores propios

Eje	Valor Propio	%	%	Histograma
1	.4065	20.33	20.33	*****
2	.2806	14.53	34.86	*****
3	.2274	11.37	46.22	*****
4	.2228	11.14	57.36	*****
5	.2019	10.10	67.46	*****
6	.2000	10.00	77.46	*****
7	.1792	8.96	86.42	*****
8	.1541	7.71	94.13	*****
9	.1043	5.21	99.34	*****
10	.0132	0.66	100.00	***

En este sentido, el análisis se realizó sobre los dos primeros ejes factoriales, que aportan la información más relevante. Estos ejes presentan una tasa de inercia o variabilidad acumulada de 34.86% (20.33% y 14.53% respectivamente), con valores propios (o autovalores) de 0.4065 para el primer eje y de 0.2806 para el segundo eje.

3.2.- Análisis de los ejes

En la formación del primer eje factorial (con el 20.33% de la inercia o variabilidad total) las modalidades que más contribuyen son: indeterminado (38.60%), 4-6 años (28.10%), 0-3 años (10.00%), 21-35 años (4.20%), presencia de deformación craneal (3.60%), 36-55 años (3.50%), femenino (3.70%), masculino (2.70%) y presencia de marcas de fuego (2.50%) (Ver cuadro N° 5).

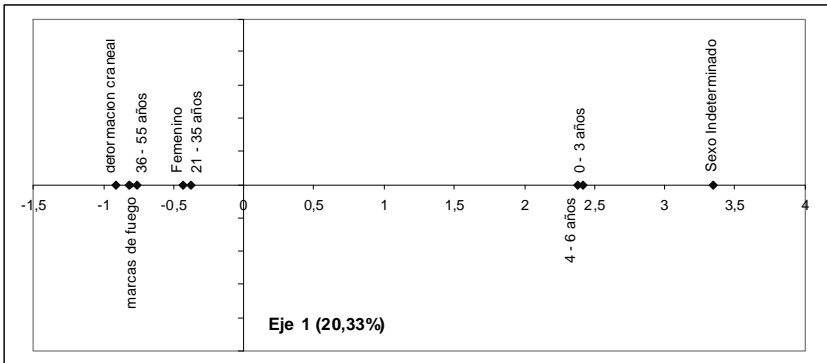
Cuadro N° 5
Peso relativo, distancia, coordenadas, contribuciones absolutas y contribución relativas por variable activa

	P.Rel		Coordenadas		Cont. Absoluta		Cont. Relativa	
		Dist.	1	2	1	2	1	2
1.-Tipo de enterramiento								
Directo	8,35	1,4	-0,26	0,37	1,40	3,90	0,05	0,10
Urna	11,65	0,72	0,19	-0,26	1,00	2,80	0,05	0,10
2.- Sexo								
Indeterminado	2,78	6,19	2,38	-0,36	38,60	1,20	0,91	0,02
Femenino	8,17	1,45	-0,43	0,31	3,70	2,70	0,13	0,07
Masculino	9,04	1,21	-0,35	-0,17	2,70	0,90	0,10	0,02
3.- Edad estimada								
0 - 3 años	0,7	27,75	2,42	-0,08	10,00	0,00	0,21	0,00
4 - 6 años	2,09	8,58	3,34	-0,51	28,10	1,80	0,64	0,03
13 - 17 años	1,22	15,43	0,15	0,63	0,10	1,70	0,00	0,03
18 - 20 años	0,7	27,75	-0,26	0,87	0,10	1,80	0,00	0,03
21 - 35 años	12,87	0,55	-0,37	0,36	4,20	5,70	0,24	0,23
36 - 55 años	2,43	7,21	-0,76	-2,00	3,50	33,60	0,08	0,56
4.- Posibles marcas de exposición intencional al fuego								
No presenta marcas de fuego	18,43	0,08	0,07	0,03	0,20	0,00	0,06	0,01
Presenta marcas de Fuego	1,57	11,78	-0,81	-0,30	2,50	0,50	0,06	0,01
5.- Deformación craneal intencional								
No presenta deformación craneal	18,26	0,1	0,09	0,25	0,30	3,80	0,08	0,63
Presenta deformación craneal	1,74	10,5	-0,91	-2,57	3,60	39,60	0,08	0,63

En relación con las variables, el primer eje se construye en función de la edad estimada (0-3 años, 4-6 años, 21-35 años y 36-55 años), del sexo (indeterminado y femenino), posibles marcas de exposición intencional al fuego (presencia de marcas de fuego) y deformación craneal (presenta deformación craneal).

Las modalidades que contribuyen con mayor significado a este eje marcan una polarización, en relación a la variable edad estimada vinculada a las modalidades antes indicadas. Así, encontramos en el semi-eje positivo a aquellos individuos cuyas edades oscilan entre los 0 a 6 años cuyo sexo es indeterminado, mientras que en el semi-eje negativo se ubican los individuos femeninos y masculinos cuyas edades oscilan entre los 21 y los 55 años, que presentan marcas de fuego y deformaciones craneales (Ver gráfico 1).

Gráfico N° 1
Conformación del eje 1 según contribución absoluta por modalidad

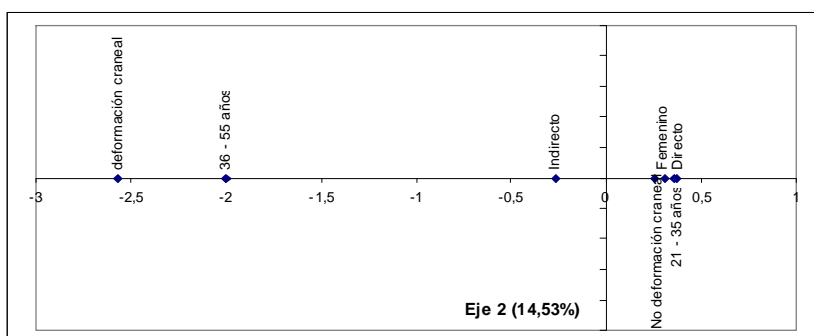


En la formación del segundo eje factorial (con el 14.53% de la inercia o variabilidad total) las variables que más contribuyen son: no posee deformación craneal (39.6%), 36 – 55 años (33.6%), 21 – 35 años (5.70%), enterramiento directo (3.9%), presencia de deformación craneal (3.8%), femenino (2.70%) y enterramiento indirecto (2.8%) (Ver cuadro N° 5).

De acuerdo a las variables, el segundo eje se construye en función de la edad estimada (21 - 35 años, 36 - 55 años), del tipo de enterramiento (directo e indirecto), deformación craneal (presenta o no deformación craneal) y el sexo (femenino).

Las modalidades que contribuyen con mayor significado a este eje marcan igualmente una polarización en relación al sexo, la edad estimada, el tipo de enterramiento y la deformación craneal. Así, encontramos en el semi-eje positivo a aquellos individuos de sexo femenino, cuyas edades oscilan entre las edades de 21 a 35, su enterramiento fue directo y no poseen deformación craneal; mientras que en el semi-eje negativo se ubican los individuos cuyas edades oscilan entre los 36 y los 55 años, cuyo enterramiento es indirecto y presentan deformaciones craneales (Ver gráfico N° 2).

Gráfico N° 2
Conformación del eje 2 según contribución absoluta por modalidad



Por último, se destaca que la variable ilustrativa, nivel estratigráfico, no aportó elementos determinantes para el estudio, por lo cual no se consideró para el análisis del plano factorial.

3.3.- Análisis del Plano Factorial

El análisis del plano factorial refleja 4 grupos bien diferenciados (Ver gráfico N° 3), a saber:

- A. Grupo I: integrado por individuos cuyo sexo no fue posible asignar (indeterminado) con edades estimadas entre los 0

- y los 6 años, producto de una asociación lógica cuando se trabaja con restos infantiles, debida principalmente a la ausencia de técnicas que permitan la asignación de sexo en poblaciones prehispánicas asignadas a este rango de edad. Por otro lado, se observa que el grupo no está vinculado a las variables bioculturales y rituales.
- B. Grupo II: conformado por individuos femeninos con edades estimadas entre los 21 a los 35 años, que no presentan deformación artificial del cráneo, asociados a entierros directos.
 - C. Grupo III: constituido por individuos masculinos que presentan marcas de posible exposición al fuego, enterrados de forma indirecta. La relación entre las marcas y el tipo de enterramiento es producto de la exposición del cuerpo al fuego como proceso de reducción, previo a un enterramiento secundario (para separar el tejido blando descompuesto de los huesos); en este sentido, no se sustenta la necesaria relación propuesta por los autores con la jerarquización social.
 - D. Grupo IV: compuesto por individuos con deformación artificial del cráneo, con edades estimadas entre los 36 a los 55 años. Esta asociación puede ser producto de la forma de la recolección in situ de los enterramientos y el registro de la información.

Como comentario final, se puede afirmar que un enterramiento implica un conjunto de variables socioculturales y biológicas que, con un simple análisis estadístico no permitiría dar una explicación global del evento, por lo que, en este sentido, se recomienda la utilización de técnicas más allá de las simples estadísticas descriptivas empleadas comúnmente en las investigaciones sobre esta temática.

4.- Bibliografía

- ABASCAL, E. y GRANDE, I. 1989. *Métodos multivariantes para la investigación comercial. Teoría, aplicaciones y programación BASIC*. Editorial Ariel Economía, Barcelona, España.
- AGUILERA, A., AGUADÉ, P., BOTELLA, M. y MANSILLA, L. 2000. “Evidencias de sacrificio humano en el México prehispánico. El entierro 205 de Cholula (Puebla)”. En: Varela, T. (ed.), *Investigaciones en biodiversidad humana*, Universidad de Santiago de Compostela. Imprenta universitaria. España. pp. 175 – 182.
- ALVARADO, L. 1945. *Datos etnográficos de Venezuela*. Talleres de artes gráficas. Caracas, Venezuela.
- ANTCZAK, A. y ANTCZAK, M. 1999. “La esfera de interacción valencioide”. En: Arroyo, M., Blanco, L. y E. Wagner (eds.), *Arte prehispánico de Venezuela*, Fundación Galería de Arte Nacional. Caracas: 136 – 154.
- BENNETT, W. 1937 *Excavations at La Mata, Maracay, Venezuela*. Anthropological Papers of the American Museum of Natural History. Vol XXXVI, Part II. New York, USA.
- BIORD, H. 2001. *Los aborígenes de la región centro-norte de Venezuela (1550 – 1600): una ponderación etnográfica de la obra de José de Oviedo y Baños*. Editorial Texto, C.A. UCAB. Caracas, Venezuela.
- BRAUN, D. 1981. “A critique of some recent north American mortuary studies”. En: *American Antiquity*. 46 (2).pp 398 – 416.
- BUIKTRA, J. y UBELAKER, D. 1994. Standards for data collection from human skeletal remains. En: *Arkansas Archaeological Survey Research Series* (44).
- CORNEJO, J. M. 1988. *Técnicas de investigación social: el análisis de correspondencia. Biblioteca universitaria de ciencias sociales. Serie médium*. Promociones y Publicaciones Universitarias (PPU). Barcelona.
- CORREAL, G. 1990. Aguazuque. *Evidencias de cazadores, recolectores y plantadores en la altiplanicie de la Cordillera Oriental*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales. Banco de la República. Bogotá, Colombia.

- CRIVISQUI, E. 1993. *Análisis factorial de correspondencia, un instrumento de investigación en ciencias sociales*. Laboratoire de Méthodologie du traitement des dones y Edición del Laboratorio de Informática Social, Universidad Católica de Asunción. Asunción.
- CRUXENT, J. y ROUSE I. 1958. *Arqueología cronológica de Venezuela*. Ernesto Armitaño Editor. Caracas, Venezuela.
- DUDAY, H. 1997. “Antropología biológica de campo, tafonomía y arqueología de la muerte”. En: Malvido, E. *et al.* (coord.), *El cuerpo humano y su tratamiento mortuario*, Serie Antropología Social, INAH. Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos. pp. 91 - 126.
- FEREMBACH, D., SCHWIDETZKY, I., y STLOUKAL. M. 1980. *Recommendations for age and sex diagnoses of skeletons*. En: *Journal of Human Evolution*. (9). Pp. 517 – 549.
- FERNÁNDEZ, F. 2001. “El uso del análisis multivariado en antropología: un caso de estudio, análisis comparativo de componentes principales en cráneos no deformados de dos poblaciones”. En: *Boletín Antropológico*. Museo Arqueológico-ULA, Año 20. Vol. 1. N° 51. pp. 5 – 18.
- FERNÁNDEZ, F. 2002. *El análisis de correspondencia simple como ayuda en la interpretación de los datos en la investigación social*. Universidad Francisco Marroquín. Guatemala.
- GENOVÉS, S. 1980. “Determinación sexual en el hombre primitivo”. En: Brothwell, D. y E. Higgs (comp.), *Ciencia en Arqueología*, Fondo de cultura económica. Madrid, España: pp. 443 – 453.
- HAIR, J., ANDERSON, R., TATHAM, R., y BLACK, W. 2000. *Análisis multivariante*. Quinta edición. Prentice Hall. España.
- HESSE, B. y WAPNISH P. 1985. “Animal bone archaeology. From objectives to analysis”. En: *Manuals on archaeology* (5). Taraxacum. USA.
- ISCAN, M. y LOTH. S.1989. “Osteological manifestations of age in adult”. En: Iscan, M. y K. Kennedy (eds.), *Reconstruction of life from the skeleton*, Capítulo 3: pp. 23 – 40.
- JOHNSTON, F. 1961. “Sequence of epiphyseal union in a prehistoric Kentucky population from Indian Knoll”. En: *American Journal of Physical Anthropology*. 20 (3). pp. 249 – 254.

- KIDDER, A. 1944. "Archaeology of northwestern Venezuela". En: *Papers of the Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology*. Kraus Reprint CO 1970. Harvard university. XXVI (1). New York.
- MARCANO, G. 1971. *Etnografía precolombina de Venezuela*. Instituto de Antropología e Historia. Facultad de humanidades y educación. Universidad Central de Venezuela. Caracas, Venezuela.
- MASSIMO, R. 2000. *Habitantes prehispánicos del lago de Valencia, Venezuela*. Tesis de Doctorado (en curso). Laboratorio de Antropología. Departamento de Ciencias Morfológicas. Universidad de Granada. España.
- MEINDL, R. y K. Russell. 1998. "Recent advances in method and theory in paleodemography". En: *Annual Review of Anthropology*. 27. pp. 379 – 399.
- OLSEN, K. 1996. "Ancient south America". En: *Cambridge World Archaeology*. Cambridge University Press. USA.
- OSGOOD, C. 1943. "Excavations at Tocorón, Venezuela". En: *Yale University Publications in Anthropology*. Nº. 29. Yale University Press. New Haven, London.
- PEÑALVER, H. 1967. "Informe preliminar Las Matas, montículo no. 1". En: *Boletín del Instituto de Antropología e Historia del Estado Aragua*. Maracay, Venezuela. Año 2. (2). pp. 14 – 20
- PEÑALVER, H. 1993. "El acervo cultural arqueológico del lago de Valencia". En: *Boletín de la Fundación Lisandro Alvarado*. (14). Maracay, Venezuela.
- PEÑALVER, H. 1998. *La tipología cerámica de la cuenca del lago de Valencia. Fundación Lisandro Alvarado*. Maracay, Venezuela.
- ROUSE, I. y CRUXENT J. 1963. *Arqueología venezolana*. Yale University Press. New Haven, London.
- SANOJA, M. y VARGAS I. 1987. "La sociedad cacical del valle del Quibor (estado Lara, Venezuela)". En: Drennan, R. y C. Uribe (eds.). *Chiefdoms in the Americas*, University Press of America, New York. pp. 201 – 212.
- STEWART, J. y FARON L. 1959. *Native peoples of South America*. McGraw-Hill Book Company, INC. USA.

- TAINTER, J. 1975. “Social inference and mortuary practices: an experiment in numerical classification”. En: *World Archaeology*. 7 (1). pp. 1 – 15.
- TIESLER BLOS, V. 1994. “La deformación cefálica entre los mayas prehispánicos: una propuesta metodológica para su interpretación social”. En: *TRACE, Arqueología* [Travaux et Reserches dans les Ameriques du Centre]. (25). pp. 34 – 41.
- TIESLER BLOS, V. 1997. “El esqueleto muerto y vivo. Algunas consideraciones para la evaluación de restos humanos como parte del contexto arqueológico”. En: Malvido, E. *et al.* (coord.), *El cuerpo humano y su tratamiento mortuorio*, Serie Antropología Social, INAH. Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos. México D. F.: 77 – 89.
- TIESLER BLOS, V. 1998. *La costumbre de la deformación cefálica entre los antiguos mayas. Aspectos morfológicos y culturales*. Colección científica. INAH. México D. F.
- TOLEDO, M. y MOLINA, L. 1987. “Elementos para la definición arqueológica de los cacicazgos prehispánicos del noroeste de Venezuela”. En: Drennan, R. y C. Uribe (eds.). *Chiefdoms in the Americas*, University Press of America, New York. pp. 187 – 200.
- UBELAKER, D. 1989. “Human skeletal remains. Excavation, analysis, interpretation”. En: *Manuals on Archeology*. (2). Taraxacum, USA.
- UBELAKER, D. 2000. “Humans remains from La Florida, Quito, Ecuador”. En: *Smithsonian Contributions to Anthropology*. (43). Smithsonian Institution Press. Washington.
- VARGAS, I. 1985. “Arqueología de la Cuenca del Lago de Valencia”. En: *GENS*. N° 1, Sociedad Venezolana de Arqueólogos, Caracas. pp. 9 – 21.
- VARGAS, I. 1990. *Arqueología, ciencia y sociedad*. Editorial Abre Brecha, Caracas.

El Hospital San Pablo en la Caracas del siglo XVIII

Una mirada antropológica al pasado colonial*

ELÍAZ GUEVARA, TANIA LIBERTAD

Escuela de Antropología

Universidad Central de Venezuela, Caracas

e-mail: taniaeliaz@yahoo.es

El siguiente texto pretende resumir algunos de los elementos más resaltantes de nuestra investigación de grado, titulada: *El Hospital Real del Señor San Pablo. Espacio de curación y control de los enfermos en la Caracas del siglo XVIII*. El estudio de este hospital nos ha permitido acercarnos a la dinámica de una institución destinada a resolver la relación salud/enfermedad, en el contexto de una sociedad colonial. Partiendo de los instrumentos teóricos que nos brinda la antropología para su comprensión y haciendo énfasis en las herramientas metodológicas de una antropología histórica que nos permita aproximarnos al estudio del pasado.

Palabras clave: hospital, antropología histórica, salud/enfermedad.

The San Pablo Hospital in 18th Century Caracas. The colonial period from an anthropological perspective

Highlights from an earlier thesis entitled *Saint Paul's Royal Hospital. Accommodation and treatment of patients in 18th Century Caracas*. Research reveals the dynamics of an institution destined to define health/illness in colonial society. An historical emphasis employs anthropological methodology that gives an understanding of the past.

Key words: hospital, historical anthropology, health, illness.

* Recibido: 11- 07- 2007. Aceptado: 31- 7- 2007

1.- Introducción

Nos hemos interesado en el estudio del hospital San Pablo de la Caracas del siglo XVIII, intentando conocer el ámbito de los sufrimientos en la sociedad colonial y las respuestas culturales producidas para interpretarlo, asimilarlo y afrontarlo. Partimos de la idea que el hospital es una creación cultural del mundo occidental, que persiguió en sus inicios tratar la pobreza y la enfermedad, desde la caridad y la asistencia, pero que como institución social responderá al contexto histórico donde se inscribe. Intentaremos conocer la idea del hospital en la Caracas colonial a través de las prácticas sociales que generan y justifican su existencia.

Para conocer el hospital San Pablo hemos tomado las herramientas metodológicas que la antropología histórica nos brinda, para acceder al pasado, intentando reconstruir en detalle el funcionamiento de esta institución, y con las herramientas teóricas que nos permiten relativizar las respuestas sociales a los procesos de salud y enfermedad, entendiendo que las practicas sociales que a partir de estas realidades se generan, se concentran en un espacio que las institucionaliza, este espacio es el hospital.

Pensamos al hospital como un lugar que controla la enfermedad y al mismo tiempo funge como mecanismo productor de saber y de relaciones de poder, que permiten mejorar las respuestas y tratamientos de la realidad perturbada generando una relación positiva con el resto de la sociedad.

Por otra parte es preciso señalar que la mayoría de los investigadores que se han dedicado al estudio de los hospitales en nuestro país han sido médicos que se acercan a la historia de medicina e intentan reconstruirla desde los paradigmas de su ciencia, partiendo del supuesto de que los hospitales fueron instituciones que evolucionaron de un estado precario a uno avanzado, que deriva en el actual. Estos estudios por lo general parten de valoraciones hechas desde la visión del presente del investigador, que implican la utilización de analogías entre instituciones sanitarias co-

respondientes a diferentes épocas y diferentes contextos sociales y culturales (Archila, 1961a).

Nos planteamos el acercamiento al hospital San Pablo durante la segunda mitad del siglo XVIII, centrándonos en la organización interna del hospital y las relaciones que surgen entre las instituciones coloniales y la administración del hospital en torno al control de la curación y de la institución misma; en esta oportunidad trataremos de destacar algunos de los aspectos más relevantes de nuestra investigación.

Nos interesamos en mostrar qué es un hospital en el siglo XVIII y qué representaba para la sociedad caraqueña de aquel entonces, intentando acercarnos a las lógicas que explican y garantizan su funcionamiento, los discursos que lo recorren, la visión del mundo a la que responde y los elementos culturales que la fundamentan.

Las principales fuentes archivísticas que empleamos para el estudio de este hospital reposan en su mayoría en el Archivo General de la Nación y, en menor medida, en el Archivo de la Academia Nacional de la Historia y el Archivo Arquidiocesano.

2.- Acercarnos al pasado

El acceso a una sociedad del pasado se establece mediante el estudio de los restos materiales (objetos, monumentos, iconografías) y documentales que sobreviven en el presente. Las fuentes son el instrumento con el que podemos acercarnos al estudio del pasado, pero éstas "... sólo suministran los síntomas de una realidad que hay que reconstruir" (Burguière, 1979: 42). A partir del estudio de las fuentes podemos conocer los productos de la actividad humana, acercándonos a las prácticas sociales. Las fuentes nos acercan a la vida y a las prácticas de una sociedad pretérita, ofreciéndonos información para la reconstrucción de los hechos y su posterior interpretación. El investigador encuentra un

registro del pasado que debe contextualizar de acuerdo a la sociedad y al tiempo del que proviene.

La posibilidad de conocer el pasado en una sociedad occidental, donde la percepción del tiempo es secuencial, implica el reconocimiento de que los enunciados que encontramos en el presente acerca de los hechos pretéritos pertenecen a una producción consciente, ideológica y política de quienes dejan el registro y testimonio. Para acceder al conocimiento del pasado lo hacemos desde el enunciado que subsiste sobre el acontecimiento, que nos permite reconstruir el hecho en la imaginación a partir del documento que lo registra (Schaff, 1983).

Los que se abocan al estudio del pasado se encuentran marcados por la cultura e ideología de su presente histórico, y ésta puede sobreponerse a las realidades que estudia. Paralelamente, el investigador se enfrenta con una versión de los hechos que sobrevive en el documento que a su vez es creado y registrado en concordancia con los intereses de los grupos dominantes del pasado. Consciente de estas dificultades el investigador necesita una “caja de herramientas” que le permita desprenderse de los elementos de su presente para encontrarse con el pasado, construyendo metodológicamente caminos que lo lleven a la realidad pretérita (Amodio, 2005).

Los que construyen conocimiento acerca del pasado deben considerarse como viajeros en una nación que no es propia, bien se trate del pasado de otro país o del país del investigador, para ello:

“...es necesario darse herramientas para desentrañar su existencia y sus formas, es decir, de una epistemología que haga posible la construcción de la realidad de los otros, contemporáneos o pasados, a partir de ellos mismos y no de lo que nosotros pretendemos que sean o fueron. Útil es, en este sentido, rescatar la presuposición teórica de la antropología occidental, a saber: que cada sociedad opaca sus reglas, naturalizando la historia, y es en esta trampa en la que caen muchos investigadores, doblemente inconscientes: (a) de

las presiones que su sociedad ejerce sobre ellos y (b) de la resistencia que las sociedades del pasado oponen a su intención cognoscitiva” (Amodio, 2005: 197).

El investigador que se dedica al estudio del pasado se encuentra con una serie de problemas que le dificultan la reconstrucción de todos los elementos del pasado que quisiera conocer, la fuente escrita representa una limitación que debe ser tratada con espíritu crítico. Y aunque no podemos acceder directamente a quienes nos dejaron registro escrito, podemos aplicar metodologías, como la del “paradigma indiciario” propuesto por Carlo Ginzburg, que nos permitan conocer la realidad, ya que esa realidad siendo opaca posee “...zonas privilegiadas, señales e indicios que nos permiten descifrarla...” (Ginzburg, 1979, 1989). A sabidas de que el conocimiento profundo de una sociedad no es accesible a través de una conexión directa.

Por otro lado, la “crítica histórica” nos permite también aproximarnos de una manera más adecuada a los documentos. Las fuentes históricas no sólo son objeto de conocimiento sino también medio de conocimiento, son el punto de partida de toda reconstrucción histórica siempre que su contenido sea objeto de crítica y los problemas que plantea sean resueltos en base a criterios y métodos adecuados (Lemmo, 1970).

Por otra parte hay una íntima relación entre el método y la teoría. La manera en que defino las categorías para explicar una realidad marca la forma en que voy a acercarme a ella. Es importante recordar que: “... Las metodologías implican juicios sobre el nexo que une los hechos entre sí, que derivan de una precisa concepción de cómo funcionan las sociedades y de cómo piensa la gente” (Radding, 1984: 106); ellas implican modelos interpretativos para la investigación.

En este sentido, el enfoque metodológico y el teórico se encuentran, y las categorías y fundamentos que adoptemos mar-

carán la forma en que nos acerquemos a la investigación. El enfoque metodológico para el conocimiento del pasado lleva dentro de sí una postura teórica previa, un acumulado de categorías que nos permiten investigar, analizar y construir datos.

En lo que respecta a la antropología, ésta intenta comprender lo que gente de condición diferente, inscrita en circunstancias materiales diferentes y dominada por ideas diferentes, piensa de la vida. Los antropólogos “... Al enfrentarnos con un mundo de otro lugar, da casi lo mismo que ese otro lugar haya existido hace mucho tiempo o esté muy lejos” (Geertz, 1992: 58). El trabajo del antropólogo consiste en construir “...`aproximaciones´, a la realidad del otro, tanto presente como pasado” (Amodio, 2005: 150).

La distancia cultural precisa para la construcción de conocimiento antropológico la podemos encontrar en el espacio y en el tiempo. El antropólogo puede desplazar su mirada en el tiempo, desde el presente de su propia sociedad al presente de una sociedad del pasado, donde dirija su mirada encontrará una “otredad” sensible a su estudio. El antropólogo a través de un registro del pasado que encuentra en el presente, intenta trasladarse a esa otra sociedad distinta y particular que se desarrolla en una dimensión temporal que le es ajena, y que le permite construir la “otredad”.

La investigación antropológica trata de mostrar que todo lo que ocurre en el devenir de una cultura marca los acontecimientos que ésta produce. El antropólogo no establece distinciones entre grandes o pequeños acontecimientos, pues su búsqueda no está orientada hacia el “tiempo corto” que define los cambios, su interés es hacia los elementos que permanecen y marcan el devenir de una sociedad y que definen su cultura, expresados en la vida cotidiana de las sociedades. El antropólogo fija su mirada en las permanencias culturales que sólo pueden ser vistas como fenómenos de lo que ha denominado Fernand Braudel “larga duración” (Braudel, 1990).

A partir de un estudio intensivo del registro del pasado el antropólogo se encarga de buscar las permanencias culturales, intentando centrarse en los pequeños elementos que conforman a la sociedad estudiada, en lo que cotidianamente le da sentido a su funcionamiento y organización, a lo que estructuralmente la fundamenta. Se trata de desarrollar una antropología histórica, a través de la utilización de la metodología para la producción de datos y los modelos explicativos característicos de la disciplina, elaborados en el estudio de sociedades del presente (Amodio, 1998). En el caso de las investigaciones en antropología histórica:

“... se trata de elaborar la situación de `observación participante´ a partir de documentos descriptivos de la vida cotidiana de la sociedad pretérita, para reconstruir el contexto cultural e histórico del período analizado. Por otro lado, el `informante´ es sustituido, a su vez por los `testimonios´ explícitos de la época. Sin embargo, así como en el campo de la antropología contemporánea es necesaria una atención particular sobre los informantes y la vivencia que determina el dato (sexo, status social, historia particular); de la misma manera, en el campo de la `antropología histórica´, es necesario tener en cuenta los diferentes productores de los documentos escritos. Antes que todo, se trata de dar cuenta del contexto social y cultural del productor del documento y de sus intereses en el asunto en cuestión” (Amodio, 1998: 8).

A través de la etnografía: esa descripción detallada de los fenómenos cotidianos que caracterizan a una sociedad, accedemos al nivel de las prácticas sociales. A través de la documentación escrita y de los restos materiales, accedemos a la producción cultural de sociedades pretéritas, a partir de allí construimos la descripción etnográfica de esas sociedades, intentando recaudar la información suficiente para que a partir de la teoría antropológica se construyan y analicen los datos.

El antropólogo dará cuenta, desde una mirada externa, de los fundamentos de la vivencia y reflexión cultural con el objeto

de comprender lo que los “otros” piensan y construyen como cultura. A través del estudio de una sociedad del pasado, la antropología pretende trascender lo implícito, para llegar a un nivel que se encuentra más allá del fenómeno, más allá de los hechos que marcan o no el devenir de una sociedad.

El trabajo del antropólogo, tanto en sociedades del presente como del pasado, está orientado fundamentalmente a definir los niveles estructurales que fundamentan la vida cotidiana de los individuos, identificando las formas de producción de la vida social y en el caso de las sociedades estratificadas la producción cultural diferenciada (Amodio, 1998: 4-5).

La cultura en gran parte opera en un nivel inconsciente donde los individuos dan respuestas automáticas al mundo. En este nivel funcionan y se reproducen las sociedades y esa opacidad que producen evita que las pautas sean concientizadas y el individuo las ponga en duda. Por lo general, el antropólogo no se encuentra, al investigar una cultura, con explicaciones morales y racionales de una costumbre, la respuesta encontrada es que siempre ha sido así. Cuando se encuentra con interpretaciones, éstas tienen un carácter de racionalización o elaboración secundaria. Las razones inconscientes por las cuales se practica una costumbre o se comparte una creencia se encuentran muy alejadas de aquellas que se invocan para justificarla (Lévi-Strauss, 1972).

De cualquier manera la etnología no puede ignorar los procesos diacrónicos y las expresiones más conscientes de los fenómenos sociales:

“... Pero si les dedica la misma atención apasionada que el historiador, es para obtener mediante una especie de marcha regresiva, la eliminación de todo lo que deben al acontecimiento y a la reflexión. Su objetivo consiste en alcanzar más allá de la imagen consciente y siempre diferente que los hombres forman de su propio devenir un inventario de posibilidades inconscientes cuyo número no es limitado; el repertorio de estas posibilidades y las relaciones de compa-

tibilidad que cada una de ellas mantiene con todas las demás proporciona una arquitectura lógica a desarrollos históricos que pueden ser imprevisibles sin ser nunca arbitrarios...” (Lévi-Strauss, 1972: 24).

Finalmente, si se quiere dar cuenta del funcionamiento de una sociedad en cualquiera de sus sincronías es necesaria una formación específica y una experiencia de tipo antropológico (Amodio, 2005).

3.- La idea de hospitales hacia el siglo XVIII

Para algunos autores la idea de Hospital en el mundo Occidental como establecimiento técnico sanitario fue una creación de la Roma imperial a través de sus hospitales militares, mientras que la idea de hospitales para pobres se atribuye a la influencia del cristianismo. Este tipo de instituciones no fue del dominio exclusivo del mundo Occidental, ya que establecimientos con funciones semejantes existían ya en el mundo indostánico a raíz de la aparición de la religión budista, de los que Occidente tuvo conocimiento sólo después del siglo XVI. La idea de hospital del mundo occidental estuvo influenciada por el cristianismo y por la cultura mediterránea (Zúñiga, 1954). La caridad cristiana, y en menor grado el interés sanitario, determinaron la fundación de hospitales (Guglielmi, 1986), que fueron destinados a la asistencia de pobres de solemnidad y que formaron parte de un dispositivo asistencial controlado por la Iglesia.

Antes del siglo XVIII el hospital era una institución de asistencia a los pobres, que los recogía, separaba y excluía: “el personaje ideal del hospital no era el enfermo al que había que curar sino el pobre que estaba ya moribundo” (Foucault, 1992a: 159). Los hospitales en el siglo XVIII, además de espacios de reclusión y de muerte, fueron percibidos como un espacio de miseria y pobreza.

El hospital era definido durante la época como: “la casa donde se recibe a los pobres enfermos... y se curan las enfermedades que padecen... Se llama también a la casa que solo sirve para recoger de noche a cubierto los pobres...” (Diccionario de Autoridades, 1737: I: 182). El hospital en su propósito de tratar la enfermedad, recogía sobre sí otros problemas como lo era el de la pobreza. Este recinto estaba dedicado a los “pobres enfermos”, específicamente a los “pobres de solemnidad”. El *Diccionario de Autoridades* señala que “Pobre” es aquel: “Necesitado, menesteroso, y falta de lo necesario para vivir, ó que lo tiene con mucha escasez. Se llama comúnmente al mendigo que pide limosna de puerta en puerta” (Diccionario de Autoridades, 1737: III: 304). Por otra parte *Pobre de solemnidad*: “Se llama al que padece total necesidad, y pobreza, por la que se ve obligado a pedir limosna para mantenerse. Pudo haberse dicho, porque por lo regular concurren semejantes pobres a las solemnidades, o fiestas...” (Diccionario de Autoridades, 1737: III: 140).

El hospital a fines del XVIII comienza a ser un instrumento que actuará con precisión sobre los individuos, con el objeto de controlar, vigilar e investigar los agentes de perturbación. Para ello generará estrategias que garanticen no sólo la vigilancia y el control sino también la observación, estudio, curación y asistencia de los que allí se encuentran. Es así como esta institución va tejiendo nuevas formas de control y de dominio, que le permiten concretar sus funciones. El hospital se convertirá así en un lugar de vigilancia, un espacio que se cierra sobre sí mismo, sistematizando y ordenando su funcionamiento.

Durante el siglo XVIII la idea de caridad religiosa entra en crisis, conduciendo a secularizar numerosas instituciones, lo que implicó el paso a un sistema de beneficencia pública asumida por el Estado que va a consolidarse en el siglo XIX (Maza, 1987). Los hospitales y hospicios que comienzan a funcionar en España en la segunda mitad del siglo XVIII estuvieron precedidos de una serie

de programas y proyectos que expresaban una nueva racionalización del Estado y la economía, donde el encierro de ociosos y vagos constituía una pieza clave en los proyectos ilustrados (Alvarez-Uría, 1983).

Esto ocurre en España en especial durante el reinado de Carlos III. En España, durante el siglo XVIII, bajo el influjo de la dinastía Borbónica se plantea la reorganización del gobierno; problemas sociales como la vagancia comienzan a ser resueltos, no ya a través de métodos de castigo, sino generando una nueva política de corrección vinculada al mantenimiento y organización de espacios como los hospicios y las casas de corrección para rectificar conductas, y los hospitales para remediar los cuerpos enfermos y achacosos (Alvarez-Uría, 1983). Es así como se van generando, no solamente en España sino también en el resto de Europa, políticas y estrategias que definen un mayor control social sobre el problema de la pobreza y la vagancia. Se hizo necesario no solamente controlar a los individuos portadores del mal sino aquellos que debían ser encauzados por su comportamiento.

En América lo concerniente a los hospitales estaba en manos de la corona en virtud de los derechos adquiridos por las bulas otorgadas por los sumos pontífices a los reyes católicos y sus sucesores a través de lo que se ha denominado Ley de Patronazgo (Perera, 1951). La fundación de hospitales entre otros lugares píos debía ser autorizada por la corona.

Cronológicamente, el primer hospital que se conoce en lo que hoy corresponde a Venezuela es el de la isla de Cubagua, del que se tienen referencias documentales desde 1532. El primer hospital en costa firme corresponde a Coro, fundado a mediados del siglo XVI y del que se conoce por Real Cédula de 1552. Este hospital fue reconstruido en varias oportunidades debido a los ataques de piratas que hostigaron a la ciudad de Coro durante ese siglo. El primer hospital de tierra adentro corresponde al Hospital

de Barquisimeto fundado por el clérigo Pedro del Castillo hacia 1565 (Archila, 1961a).

Los hospitales estuvieron regidos por la ley de Patronazgo Real: "... en el derecho de Patronazgo concedido por los sumos pontífices a lo Reyes Católicos y a sus sucesores, según el cual el cuidado y supervisión de los hospitales quedaba a cargo de los virreyes, audiencias y gobernadores (disposición dictada desde 1587, ratificada en 1612 y 1624)" (Archila, 1961b: 35).

En cuanto a Caracas, su primer hospital y el principal de la provincia fue el de San Pablo cuyo origen se remonta a 1602. En 1685 se comienza a edificar al lado del mismo el Hospital de Nuestra Señora de la Caridad que se funda en 1691. Este hospital estaba destinado, en palabras del gobernador Don Joseph Solano "... para asistencia y curación de mujeres enfermas pobres y para la reclusión de las de mala vida" (en Troconis, 1983: 49). También en Caracas en 1752 se funda el primer hospital especial, el Hospital San Lázaro para hombres y mujeres enfermos de lepra (Archila, 1961a: 431).

4.- El hospital San Pablo en la Caracas colonial

El Hospital San Pablo fue fundado en 1602 por iniciativa religiosa, denominado también El Hospital Real del Señor San Pablo, luego que se le agrega a sus rentas el producto del noveno y medio de diezmos, ú Hospital de Caridad y de tropa, como se le llamaba a fines del XVIII. Se encontraba en la zona Sur de la ciudad, cercano a la quebrada de Caroata. Por el Este limitaba con el templo de San Pablo y al Oeste con el hospicio y hospital de Caridad de mujeres, al Norte con la plaza San Pablo y al Sur con varias casas de vecinos. Hacia el lado meridional y en estrecha contigüidad se encontraba el cementerio que servía para la parroquia y los dos hospitales (Archila, 1961a, 1975).

En sus espacios llegó a contar con varias salas, entre ellas la sala de enfermos comunes o también llamados paisanos, la sala

de unciones, el cuarto de éticos, y una sala destinada para los enfermos de viruelas, también denominada sala de San Joseph. La sala principal, estaba ubicada al frente del edificio con vista a la plaza de San Pablo, medía 41 varas de largo por 7 de ancho, siendo empleada para albergar hasta 44 camas en ella (Archila, 1961a).

El Hospital San Pablo era exclusivo para hombres, y adquiere carácter cívico militar para el siglo XVIII, encontrándose indistintamente enfermos civiles y militares, construyéndose en 1751 una sala especial para los últimos (Alegría, 1968). Bajo la administración del mayordomo Gonzalo Quintana Barreto (1759-1777) el hospital aumentó progresivamente su capacidad para albergar enfermos, ya en 1770 el número de camas era de 50, llegando a un número aún mayor con la presencia de enfermos militares (Archila, 1961a). Durante los primeros años de su fundación el hospital estuvo a cargo de la congregación religiosa de los Hermanos de los Pobres; se desconoce hasta qué época existió y laboró esta orden en la institución hospitalaria. Posteriormente, durante las primeras décadas del siglo XVIII, es el mayordomo la principal figura administrativa del hospital.

Durante el siglo XVIII, las labores administrativas recaían en la figura del mayordomo quien representaba la principal autoridad del hospital, tenía amplias facultades de administrador y director, intervenía en el nombramiento del personal médico y del personal auxiliar, y rendía cuentas al gobernador de sus actuaciones y de su desempeño en el hospital. En última instancia, la autoridad del Rey siempre privaba en los asuntos relativos al funcionamiento del hospital, siendo el gobernador y Capitán General de la Provincia su Vicepatrono (Archila, 1975). Es en la Administración de Gonzalo Quintana Barreto cuando se establece una contabilidad general y detallada de los gastos e ingresos del hospital y es a través de esta gestión que encontramos la mayor cantidad de documentación respecto a la historia del San Pablo.

Los hospitales de la época colonial en su mayoría se mantuvieron tradicionalmente bajo la égida de las autoridades religiosas, salvo algunas excepciones, entre las que se encuentra el hospital San Pablo, institución que se mantuvo buena parte del siglo XVIII bajo control civil. A raíz de la promulgación de la Real Cédula de San Ildefonso del 21 de septiembre de 1742, las autoridades eclesiásticas perdieron toda injerencia en el funcionamiento del Hospital San Pablo y en el manejo del noveno y medio que a éste le correspondía; en adelante solo quedaban como medios para intervenir en el hospital las visitas eclesiásticas y la participación del obispo en la elección del mayordomo. A partir de esa fecha la responsabilidad del funcionamiento del hospital quedaba en manos de los Gobernadores.

Por ser el hospital San Pablo el hospital principal de la provincia recibía enfermos de los distintos poblados que no tenían hospital, como Maiquetía, La Guaira, Santa Lucía, Petare, Guarenas, Curiepe, La Vega, El Tuy y otros. Los enfermos en su mayoría eran recibidos en la sala destinada para los paisanos a excepción de los llamados enfermos de distinción que eran recibidos en unas camas separadas del resto de los enfermos, mandadas a hacer en 1763 por el gobernador Felipe Remírez (Archivo General de la Nación, Real Hacienda, Tomo 796, f.102).

En los libros de asientos del hospital (Archivo General de la Nación, Real Hacienda, Tomo 797), encontramos en buena parte de sus registros la referencia al grupo social y procedencia de los enfermos, la enfermedad y el resultado de su estadía en el recinto. A partir de esta fuente tomamos la muestra de tres períodos, 1759, 1764, 1768-1769, que revelaron la presencia constante de blancos y pardos y en menor medida la presencia de grupos subalternos descendientes de negros e indios. Encontramos también referencia a varias enfermedades y dolencias por las que eran atendidos los enfermos del hospital, entre ellos, diversas afecciones del estómago, afecciones ulcerosas, enfermedades de transmisión

sexual, enfermedades de la piel, enfermedades infecciosas y febriles, entre otras afecciones generales (cf. Archivo General de la Nación, Real Hacienda, Tomo 797). La tuberculosis era una enfermedad recurrente y su resultado mortal, la viruela permaneció en el hospital durante varios años y en especial luego de la epidemia de 1764 (cf. Archivo General de la Nación, Real Hacienda, Tomo 797).

En las investigaciones arqueológicas realizadas en el sitio que ocupó el hospital San Pablo, se pudo encontrar restos esqueléticos con evidencia de posibles enfermedades infecto-contagiosas, como la sífilis y la escarlatina, además de carencias vitamínicas expresadas en la osteoporosis. La presencia de caries en los cuellos de los dientes, evidencia la mala higiene bucal (Sanoja y Vargas, 1998).

La alimentación formaba parte fundamental de la terapéutica de la época; es así como para el tratamiento de las enfermedades se requería de una dieta recomendada por el médico y del consumo de ciertos alimentos de acuerdo al estado de la enfermedad; éstos eran considerados parte del tratamiento que permitiría el restablecimiento de la salud.

Entre el personal que laboraba en el hospital encontramos a los facultativos graduados en Medicina y los Cirujanos, quienes prestaban una atención convencional, visitando a los enfermos diariamente y dejándoles recetario de las dietas y medicinas para su curación. Paralelamente, existía en el hospital un grupo de personal secundario que atendía diariamente el funcionamiento del hospital, entre ellos los practicantes, enfermeros, asistentes, hospitaleros, cocinera, sirvientes y esclavos.

Los practicantes o platicantes se ocupaban de asistir a los enfermos en su curación, debían cuidar el suministro de las medicinas y el tratamiento que el médico prescribiera. Según el *Diccionario de Autoridades*, platicante es “*El que práctica la Medicina o Cirugía para tener experiencia, adeftrado u enfeñado de*

algun medico o cirujano experto. Dicefe tambien y con mayor propiedad practicante...” (Diccionario de Autoridades, 1726: III: 294). Los practicantes eran una figura intermedia entre el médico y el enfermo; tenían un acercamiento tal a la curación de los enfermos que lograban adquirir en la práctica conocimientos en materia médica y en el oficio manual de la cirugía que no practicaban los médicos letrados por considerarlo vil. En este sentido, el oficio de practicante permitió a los grupos sociales que no tenían acceso al conocimiento médico formal, limitado a los blancos, desarrollarse en el arte curativo.

Por otra parte el hospital debía contar con los servicios espirituales de un capellán y con la ayuda de un sacristán, para el auxilio y alimento espiritual de los enfermos. En caso de que tal cargo no existiese para el hospital, el cura de la parroquia San Pablo o el Teniente de Cura debían cumplir con las obligaciones religiosas para con los enfermos. La actividad religiosa del hospital se evidencia en los datos arqueológicos que arrojan el hallazgo de cuentas de rosario correspondientes a fines del siglo XVII y comienzos de XVIII (Sanoja y Vargas, 1998).

El hospital era concebido como un lugar donde se ejercía la caridad cristiana. Además de los religiosos, también formaba parte de los deberes del hospitalero y del mayordomo instruir en la doctrina cristiana tanto a los empleados como a los enfermos, tal y como lo señala el título IX de las Constituciones Sinodales del obispado de Caracas de 1687 (Gutiérrez, 1975).

Respecto a la economía de la institución, durante el siglo XVIII, el hospital recibía en ciertas ocasiones donaciones de ropa y utensilios. Su mantenimiento principal provenía de tres fuentes: “1° diezmos, 2° réditos de censos (hipotecas) y productos de alquileres, y 3° limosnas de los fieles. La parte de los diezmos comprendía el noveno y medio, incluía la décima (destinada al hospital de cabecera del obispado)” (Archila, 1961a: 52). Este hospital de cabecera del obispado era el hospital San Pablo.

La mayoría de los gastos del hospital provenían de las medicinas y los alimentos para los enfermos y empleados del hospital, como bien lo expresan los libros mayores de cuentas del hospital. Le seguían en importancia los gastos en los salarios de los empleados y, en especial, el porcentaje que percibía el mayordomo anualmente por el cobro de las rentas de la institución, monto que en ocasiones equivalía a la suma de todos los salarios de los empleados del hospital durante un año (Archivo General de la Nación, Real Hacienda, Tomos 802 y 813).

5.- De la asistencia a la curación. Transformaciones y permanencias del hospital San Pablo

La idea de los hospitales en Europa fue sufriendo a lo largo del siglo XVIII una serie de transformaciones, sobrellevando un proceso de laicización que en la Caracas colonial aparentemente se desarrolló con menos lentitud que en el contexto europeo. Al parecer las instituciones eclesiásticas no tenían la misma injerencia en las decisiones políticas en la Colonia que en la metrópoli, por lo menos eso es lo que hemos observado a través del estudio de una institución sanitaria, cuyos orígenes debe a la religión cristiana.

Podemos señalar que con el nombramiento Real de los gobernadores como vicepatronos se formalizó el control civil y militar que se tendría sobre el destino del hospital San Pablo durante el siglo XVIII, mientras que en la sociedad colonial el discurso religioso sólo actuó como legitimador del orden social y como dispositivo para homologar la conducta de los individuos antes que como justificador del control de la iglesia sobre algunas instituciones.

El destino del hospital estuvo signado por la presencia constante de enfermos militares que ocuparon gran parte de la totalidad de sus áreas, influyendo en la disposición de los espacios destinados a la atención de los enfermos paisanos pobres de solemnidad, para quienes inicialmente fue creado el hospital. El hecho de

que el hospital estuviese en manos de la gobernación, hizo que éste se convirtiera a su vez en hospital militar contando con un espacio independiente de la administración civil.

En lo que respecta a su organización interna, la figura del mayordomo representaba la autoridad principal en relación al personal que cuidaba cotidianamente a los enfermos, en tanto que los médicos lo eran con su saber en relación a los practicantes, pero quien en definitiva fiscalizaba el hospital y definía su destino era el mayordomo que en ocasiones llegó a tener conflictos con los facultativos por el control cotidiano del hospital. Durante el siglo XVIII, la idea de los médicos de hospital aun no se consolidaba, ya que el personal facultativo sólo cumplía como función específica la visita diaria de los enfermos y la tutoría de los practicantes. En este sentido el saber médico sólo gobernaba los límites del cuerpo enfermo, mas no la institución que los recogía, el poder civil se erigía sobre el saber médico.

La idea del hospital como fuente central de curación y alivio del cuerpo se comienza a gestar durante el siglo XVIII y es en las principales ciudades donde esta transición se percibe con mayor claridad. En este sentido, el estar ubicado en la principal ciudad, donde se encontraban la mayoría de los laureados en medicina, donde el control institucional se hacía más evidente, ya que la misma ciudad albergaba la sede de la gobernación y el resto de las instituciones centrales, le permitía al hospital San Pablo la ventaja de constituirse como un lugar de curación.

Mientras en Caracas, a partir de 1777, se fiscalizaba y controlaban los oficios médicos a través del Protomedicato, en los hospitales de tierra adentro a falta de facultativos, se demandaban los servicios de curiosos y curanderos (v. Archivo General de la Nación, Real Hacienda, Tomo 855). Esto de alguna manera expresaba que el sistema sanitario colonial no sólo no dominaba toda la provincia, sino que no lograba permear las prácticas curativas de las culturas locales, por lo que evidentemente había sistemas cu-

rativos alternos a la cultura colonial dominante que actuaban en la institución en una suerte de sincretismo sanitario. El espacio hospitalario servía como dispositivo de producción de saberes informales en relación a la práctica médica.

De las decisiones del funcionamiento cotidiano del hospital estaban exentos los religiosos y la mayordomía se encargó de controlar el acceso a todo lo relacionado con el asunto. En un intento de controlar la institución hospitalaria, lo que en el fondo se confrontaba era la discusión entre el control religioso del cuerpo y el control civil de los mismos o entre el control religioso de la curación y el control civil de la misma, en el sentido que el cuerpo, desde una concepción religiosa, era pensado como vehículo del pecado y receptor de castigos, terminando en un estado de corrupción corporal imagen de la corrupción del alma, que debía ser sanado desde la práctica religiosa. Esto les permitía a los eclesiásticos intentar intervenir en la vida cotidiana del hospital.

La disposición y funcionamiento interno del hospital San Pablo describe un espacio sujeto a rutinas y a “mecanismos disciplinarios” (Foucault, 1999) que en cierta medida condicionan la estadía de los enfermos en el recinto; mecanismos que van desde los requisitos de admisión hasta la salida de los enfermos por autorización médica o del mayordomo. Desde el momento en que ingresaba al hospital, el enfermo debía someterse a las condiciones de funcionamiento interno, aceptando el tratamiento recomendado por el médico y recibiendo el remedio espiritual de la doctrina cristiana, rezando el rosario regularmente, entre otras prácticas afines. Los días del enfermo transcurrían sufriendo los síntomas de su enfermedad y los efectos secundarios de la medicina practicada durante la época.

Dentro del hospital San Pablo, el cuerpo enfermo, pensado como receptor de males físicos y espirituales, era tratado con una alimentación rígida y particular, que debía aceptar como parte de los servicios ofrecidos por la institución. La alimentación variaba

de acuerdo a la gravedad y al tipo de enfermedad, ya que la dieta era considerada parte del tratamiento que generaría la curación del enfermo. A cambio de la curación y atención, el hospital sometía la voluntad de los individuos que en él habitaban indicándoles las prácticas a la que debían someterse cotidianamente. El elemento negativo de la enfermedad era controlado por la institución con la condición de que el sujeto enfermo se integrara a la dinámica institucional.

El hospital formaba parte de un sistema de instituciones coloniales destinadas al control social y a la homogeneización de conductas, a partir de prácticas localizadas, normadas y formalizadas, intentaba organizar la percepción del mundo y accionar sobre la realidad que representa la enfermedad en tanto amenaza de la estabilidad de los individuos. Esta característica del hospital era compartida también por otras instituciones totales, como la cárcel ó el cuartel (Goffman, 1994).

En el Hospital San Pablo un cierto número de enfermos permanecían todo el día, sometidos a una mecánica de poder disciplinario; al ingresar al recinto entregaban su cuerpo a la institución para que fuese tratado y curado. De esta manera se controlaba al enfermo y a la perturbación que portaba. La práctica religiosa hacía parte del mecanismo disciplinario y se empleaba con el objeto de homologar conductas. El enfermo recibía tratamiento espiritual rezando el rosario junto al personal interno y recibiendo instrucciones en la doctrina cristiana. En el hospital el cuerpo enfermo era objeto de la mirada religiosa que exigía la confesión de sus faltas como examen de ingreso a la institución y también era objeto de la mirada vigilante del médico que examinaba los signos de la enfermedad para curarla y tratarla.

La habituación de las prácticas médicas del siglo XVIII dieron lugar a la formación de la institución hospitalaria como espacio terapéutico y desde allí se trató de instaurar, de esta manera, el sistema médico dominante, fiscalizando las prácticas médi-

cas empíricas, el hospital terminó parasitando al universo ideológico imperante que construía y justificaba el predominio de la medicina occidental sobre el resto de los saberes médicos locales.

El hospital representaba un espacio cerrado sobre sí mismo donde la sujeción de los individuos enfermos que en él habitaban por un tiempo indefinido le permitía el acercamiento y observación del proceso de las perturbaciones que los aquejaban.

Dentro del hospital sobrevivían dos formas de producción de saber: el vinculado a los médicos laureados y el vinculado a los practicantes de la medicina empírica. Para los primeros se contaba con las prácticas de los estudiantes de medicina en el hospital y, para los segundos, el hospital mismo era la fuente de reproducción de un saber alterno a la formación académica de la época. Una vez que el hospital hace parte de la formación de los que se dedicaban al oficio de curar, su labor asistencial se convertía en labor formativa, produciendo un saber sobre el sujeto enfermo, mientras que el control y acción sobre la realidad perturbada le permitía producir conocimiento sobre la misma, mediado por la estratificación social.

En el hospital San Pablo observamos que predominaban los ingresos de blancos y pardos. La admisión de los primeros podría indicarnos que había gran cantidad de blancos pobres de solemnidad en Caracas y que estos demandaban los servicios de la medicina hospitalaria más que el resto de la población, que estaba menos adaptada al sistema médico colonial. Es la sociedad española occidental que reproduce sus instituciones sanitarias, por lo tanto, son los blancos y pardos los que más demandan los servicios del hospital y de la medicina que práctica, por ser parte de los grupos sociales más asimilados a la cultura colonial dominante.

Si, de alguna manera, los grupos sociales subalternos eran vistos con cierto descrédito por su condición estamental inferior, es posible que no fueran considerados pobres de solemnidad dignos de la caridad cristiana y por esa razón eran pocos los pobres

de los grupos subalternos diferentes a los pardos que ingresaban al hospital. Así, el destino de éstos quedaba a manos de las prácticas curativas alternas al sistema médico colonial. Los pobres de solemnidad debían su condición a un estado de precariedad considerado legítimo, producto de circunstancias de fuerza mayor como el caso de las viudas y los huérfanos; la pobreza asociada a la vagancia, considerada pobreza ilegítima y viciosa, no era vinculada al concepto de solemnidad.

Podemos decir que la institución hospitalaria es un espacio donde se impone y reproduce el sistema médico imperante, que intenta controlar la presencia de perturbaciones que afectan a la sociedad en su conjunto, aunque en él también se cuelan saberes y creencias de los demás grupos que conforman la sociedad y que determinan el saber conscientemente producido para curar las enfermedades. El hospital como institución se constituye así en un espacio donde se ejerce control sobre los cuerpos al insertarlos en un universo disciplinado. Él se convierte en un lugar que regula la presencia de la enfermedad y produce conocimiento en torno a la misma. Por otra parte, el hospital responde a una dinámica propia que se encuentra a la par de la producción ideológica y cultural de la sociedad donde existe. De cierta manera los intereses de grupos sociales que dominan se expresan en la práctica hospitalaria, en la producción de no pocos ámbitos de la realidad y del conocimiento producido sobre la enfermedad y su tratamiento.

El hecho curativo pasa por la conjugación de unos saberes específicos no cotidianos, que son objeto de poder productivo y positivo (Foucault, 1992b), representando una respuesta positiva a la irrupción de un elemento negativo en la sociedad. Aunque las relaciones de poder engendren un saber que no es necesariamente ideológico, en una sociedad estratificada los grupos predominantes tratarán de tomar el control sobre la producción de dicho conocimiento.

A la par de la concepción religiosa que marcaba la existencia del hospital desde sus inicios, éste pasó a convertirse en un espacio disciplinado reafirmando su tendencia a reorganizarse como un lugar de curación, influyendo fundamentalmente el control de la institución por parte de las autoridades locales, quienes tenían el deber de garantizar la seguridad y serenidad a la población afrontando problemáticas como las ocasionadas por las enfermedades. En este sentido el problema de la enfermedad comienza a ser pensado no ya desde la relación religiosa, sino como un problema público que debe ser resuelto por las instituciones que garantizaban el ordenamiento social, entre ellas la Gobernación de la Provincia.

La labor asistencial del hospital fundamentada en la caridad cristiana formaba parte del discurso que legitimaba la existencia de la institución, tratando la enfermedad e intentando remediar los problemas producidos por la pobreza. El establecimiento de un espacio disciplinado centrado en el tratamiento y la curación de los enfermos, generó un área en la que el hospital más allá de una institución que asistía a los pobres enfermos, les proporcionaba curación. En tanto que como hospital-escuela sujeto a una mecánica de poder disciplinario de tipo no religioso, permitía extraer de los cuerpos un saber que proporcionaba el tratamiento efectivo de la realidad perturbadora. Con el saber médico se fue desplazando la idea religiosa de la enfermedad, quedando en manos de los hombres la solución a la problemática presentada. Estos cambios sutiles en el discurso de la enfermedad comenzaron a darse durante el siglo XVIII, dentro del pensamiento ilustrado de la época.

Si bien la caridad justificó la existencia del hospital, este fue transformándose de un lugar de asistencia a un lugar de curación, comenzando a producir nuevos discursos en torno a la práctica médica, produciendo cambios en los universos simbólicos que

configuraban la manera en que la sociedad venía pensando la enfermedad y la medicina.

El problema de la enfermedad comienza a hacerse colectivo cuando el lugar que la controla y concentra representa un peligro para el resto de la sociedad, cuando el hospital que se ocupaba de cuidar de los cuerpos contagiados, reproduce el mal y la enfermedad que contiene, amenazando nuevamente a los de afuera. Para fines del siglo XVIII se comienza a cuestionar al hospital San Pablo como instrumento terapéutico. Los discursos acerca de su estado lo describían como un lugar patógeno que contenía la enfermedad, ya que las condiciones de crecimiento de la ciudad permitieron que en el pequeño recinto terminaran hacinándose los enfermos, ocasionando un estado que rebasaba las posibilidades del hospital de ser pensado como un espacio de salud. Era un espacio que contenía el problema de la enfermedad, intentando resolverla en condiciones poco favorables. (cf. Archivo General de Indias, Audiencia de Caracas, leg. 174; en Aguirre, 1994).

El hospital era visto como depositario de la enfermedad y la miseria, el miedo al contagio generaba una situación en la cual el hospital era el espacio destinado a apartar del resto de la población a las perturbaciones que la afectaban y a los sujetos que la portaban. El hospital no solo trataba a la enfermedad como principal problema a resolver, en aras de su erradicación, no solo le servía al individuo enfermo como refugio de sus dolencias, sino que también le servía a la sociedad como un lugar que confinaba y apartaba los elementos negativos que podían afectarla, el sujeto enfermo y la enfermedad que porta.

6.- Bibliografía

AGUIRRE MEDRANO, Fidel. 1994. "Historia de los hospitales coloniales". En: *Hispanoamérica. Historia de los hospitales Coloniales de Venezuela*. Vol IX. Edit. Presencia. Bogotá.

- ALEGRÍA, Ceferino. 1968. *Medicina Militar hasta fines de la Gran Colombia*. Caracas.
- ALVAREZ-URÍA, Fernando. 1983. “Gobierno político de vagabundos y pobres”. En: Fernando Álvarez-Uría, *Miserables y locos. Medicina mental y orden social en la España del siglo XIX*. Tusquets Editores, Barcelona.
- AMODIO, Emanuele. 1998. “Introducción: Aproximaciones a un lugar de encuentro entre historia y antropología”. En: *La vida cotidiana en Venezuela en el siglo XVIII*. Gob.del Zulia. Sec. de Cult. Maracaibo. pp.3-13.
- AMODIO, Emanuele. 2005. “Extranjero en un país ajeno. Construcción del pasado y realidad histórica desde una perspectiva antropológica”. En: *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*. Vol. 11 N° 2 Caracas. pp. 141-157.
- ARCHILA, Ricardo. 1961a. *Historia de la Medicina en Venezuela. Época colonial*. Ediciones del Ministerio de Sanidad y Asistencia Social. Tipografía Vargas.
- ARCHILA, Ricardo. 1961b. *Historia de la medicina en Venezuela*. Epoca colonial. Tipografía Lux. Caracas.
- ARCHILA, Ricardo. 1975. “Orígenes de la asistencia hospitalaria. en Caracas. El hospital San Pablo”. En: *Gaceta Médica de Caracas*. No 1. Caracas. pp. 35-100.
- BRAUDEL, Fernand. 1990. *La Historia y las Ciencias Sociales*. Alianza Editorial. Madrid.
- BURGUIÈRE, Andre. 1979. “La Antropología Histórica”. En: Jacques LeGoff (ed.) *La Nueva Historia*. Ediciones Mensajero. Bilbao.
- BURGUIÈRE, Andre. 1976 *Diccionario de autoridades (1726)*. Edición Facsímil. Gredos. Madrid.
- FOUCAULT, Michel. 1992a. *La vida de los hombres infames. Ensayos sobre desviación y dominación*. Editorial Nordom. Buenos Aires.
- FOUCAULT, Michel. 1992b. *Microfísica del Poder*. Ediciones de La Piqueta, Madrid.
- FOUCAULT, Michel. 1999. *Vigilar y Castigar*. Nacimiento de la Prisión. Siglo XXI, México.
- GEERTZ, Cliford. 1992. “Historia y antropología”. En: *Revista de Occidente*, No 137. Madrid. pp. 55-74.

- GINZBURG, Carlo. 1979. "Señales. Raíces de un paradigma indiciario".
En: Aldo Gargani (Comp.) *Crisis de la Razón*. Siglo XXI. México.
- GINZBURG, Carlos. 1989. "Morelli, Freud y Sherlock Holmes: Indicios y método científico". En: Humberto Eco. *El signo de los tres*. Editorial Lumen. Barcelona. pp.82-163
- GOFFMAN, Erving. 1994. "Sobre las características de las instituciones totales". En: Erving Goffman, *Internados. Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*. Amorrortu Editores, Buenos Aires.
- GUGLIELMI, Nilda. 1986. "Modos de marginalidad en la edad media: extranjería, pobreza y enfermedad (A propósito de los estatutos de hospitales y leproserías)" En: Nilda Guglielmi, *Marginalidad en la Edad Media*, Eudeba, Buenos Aires. pp. 9-135.
- GUTIÉRREZ, Manuel. 1975. *El Sínodo Diocesano de Santiago de León de Caracas de 1687. Valoración canónica de Regio Placet a las Constituciones Sinodales Indianas*. Tomo II. Ediciones de la Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. Caracas.
- LEMMO, Angelina. 1970. *Etnografía y fuentes históricas*. Publicaciones de la Escuela de Historia. U.C.V. Caracas.
- LEVI-STRAUSS, Claude. 1972. "Historia y Etnología" En: Claude Levi-Strauss: *Antropología Estructural*. EUDEBA. Buenos Aires. pp:1-50.
- MAZA, Elena. 1987. *Pobreza y asistencia social en España, siglos XVI al XX. Aproximación Histórica*. Secretariado de publicaciones. Universidad de Valladolid.
- PERERA, Ambrosio. 1951. *Historia de la Medicina en Venezuela*. Imprenta Nacional. Caracas.
- RADDING, Charles. 1984. "Antropología e historia o el traje nuevo del emperador". En: *Historia Social*, No 3, Valencia. pp. 103-114,
- SANOJA, Mario y VARGAS, I. 1998. *Arqueología de Caracas. San Pablo. Teatro Municipal*. Tomo II. Academia Nacional de la Historia. Caracas.
- SCHAFF, Adam. 1983. *Historia y verdad*. Grijalbo. México.
- TROCONIS, E. 1983. *Historia de las cárceles en Venezuela (1600-1890)*. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. Caracas.
- ZUÑIGA, M. 1954. "Bosquejo histórico de los Hospitales". En: *Técnica Hospitalaria*. Tomo I, No 3, Caracas. pp.127-132.

Etnoarqueología del espacio doméstico y comunitario del grupo Mapoyo de la comunidad de El Palomo, Municipio Cedeño, estado Bolívar- Venezuela*

HERNÁNDEZ PÉREZ, ANANDA LAKSHMI.

Escuela de Antropología

Universidad Central de Venezuela, Caracas

e-mail: anandahernandez@gmail.com

A través de un estudio etnográfico se comparó la evidencia arqueológica e histórica, pues esta investigación pretende realizar una etnoarqueología del espacio doméstico y habitacional (niveles macro y micro respectivamente), tanto simbólico como funcional, de la comunidad indígena Mapoyo (Wánai) del poblado Palomo, ubicado cerca del río Villacoa, estado Bolívar. Nos remitimos en nuestro enfoque teórico al concepto y clasificación del espacio por parte del arqueólogo postprocesual Christopher Tilley quien, dentro de una perspectiva fenomenológica, intenta interpretar el espacio y el paisaje de sociedades pretéritas. Se plantea estudiar los cambios económicos, políticos y sociales para explicar posibles transformaciones en la concepción (simbólica) del espacio habitacional y doméstico en los Mapoyo.

Palabras clave: Etnoarqueología, vivienda, espacio doméstico, Proyecto Arqueológico Suapure-Parguaza.

Ethnoarcheology defines domestic and community space in the Mapoyo community of El Palomo in the municipality of Cedeño, Bolivar State — Venezuela.

This ethnographic study compares archeological and historical evidence in that it pretends to an ethnoarcheology of domestic space and living space (at macro and micro levels respectively). This space is viewed not only as symbolical but also as functional. The place is an indigenous Mapoyo community of Wanai people in the town of Mapoyo near the River Villacoa in Bolivar State. Our theoretical focus gives the concept and definition of space according to the postprocess archeologist Christopher Tilley who, from a phenomenological perspective, attempts to induce space and landscape concepts held by early societies. Studies of economic, political, and social change intend to explain possible transformations in the conception (in its symbolic manifestations) of both living and domestic space in Mapoyo.

Key words: Ethnoarcheology, domestic space, Mapoyo, Bolivar State

* Recibido: 14- 07- 2007. Aceptado: 25- 09- 2007

1.- Introducción

El presente trabajo tiene como objetivo dar a conocer algunos de los resultados de la investigación sobre la vivienda y el espacio doméstico y comunitario del grupo indígena Mapoyo (familia etnolingüística Caribe) de la comunidad de El Palomo, ubicada entre los ríos Suapure y Parguaza, en la región del Orinoco medio, estado Bolívar. Este trabajo se inserta dentro del Proyecto Arqueológico Suapure-Parguaza, dirigido por los doctores Kay Tarble y Franz Scaramelli.

Se realizó un estudio de carácter etnoarqueológico, es decir, una investigación etnográfica desde una perspectiva arqueológica (David y Kramer, 2006). Con respecto al enfoque teórico, se utilizaron los conceptos de *espacio*, *tipos de espacio* y *lugar* de la arqueología postprocesual, dentro de una perspectiva fenomenológica, intentando interpretar el espacio y el paisaje de sociedades pretéritas. Asimismo, se utilizaron estudios de geografía humana, antropología simbólica y del espacio para definir conceptos como: *patrón de asentamiento*, *forma de asentamiento*, entre otros.

La comunidad de El Palomo constaba en el presente etnográfico de la investigación (noviembre 2005- febrero 2007) de 186 personas, con una edad media de 22 años, siendo más del 75% de origen mapoyo; organizados en 30 viviendas unifamiliares, con un promedio seis habitantes por vivienda. El Palomo es la comunidad principal de esta etnia, se encuentra al borde de la carretera Caicara-Puerto Ayacucho. Y “tienen varios siglos de contacto frecuente con la sociedad nacional dominante, situación que ha contribuido a múltiples transformaciones de su cultura” (Tarble y Scaramelli, s. f.).

2.- Antecedentes e investigaciones previas en la región del Orinoco Medio

Aparte de aquella surgida de la búsqueda de El Dorado (siglo XVI), la documentación histórica de la región del Orinoco

medio es muy rica aunque relativamente tardía. Los misioneros dieron descripciones bastante fehacientes acerca de la geografía y las sociedades indígenas de la región; desde la vestimenta hasta el comportamiento de dichos indios. Entre los misioneros que más información proporcionaron están Joseph Gumilla y Felipe Salvador Gilij, ambos de la Compañía de Jesús, expulsada de la región por el Rey en el año 1767. De parte de los franciscanos tenemos las crónicas de Fray Ramón Bueno (1933), allí presente hasta principios del siglo XIX. Debido a los problemas que conllevó la guerra de Independencia, existe poca documentación histórica para el período republicano del siglo XIX, excepto por el breve paso de exploradores, como el venezolano Francisco Michelena y Rojas (1855) o el francés Jean Chaffanjon (1884-1886), quien buscaba las fuentes del Orinoco, que con mayor o menor detalle describen al paisaje o a sus habitantes.

Las investigaciones arqueológicas en el Orinoco medio se han realizado con diferentes propósitos desde los primeros trabajos que intentaron aproximarnos a una cronología de la región (Cruxent y Rouse, 1982). En los estudios en la región Suapure-Parguaza se han tratado diversos ámbitos de la vida de las sociedades pasadas y presentes del área; desde el económico y político (Falconi, 2003), hasta los aspectos simbólicos de la vida de las sociedades que habitan o habitaron la región (Scaramelli, 1992; Frías, 1993; Rivas, 1993; Tarble, 1991, 1993, 1994; Brites, 1994; Flores, 2003; Gil, 2003; Romero, 2004, Díaz, 2005). Los enfoques teóricos dados a las investigaciones en la región han sido diversos, inscritos en los estudios normativos, ecológico-culturales y de arqueología social, y sólo recientemente se han interesado en la arqueología simbólica y del espacio.

3.- Contexto Histórico

El conocimiento del contexto histórico de la región es primordial para la interpretación de los cambios que fueron produci-

dos dentro del paisaje tanto cultural como físico del territorio mapoyo, consecuencia del contacto y la interacción de europeos con indígenas. Es probable que los mapoyo, junto con otros grupos de familia lingüística Caribe, tales como los tamanaco, yabarana y parecas (extintos), ya habitaban la región del Orinoco medio antes del primer contacto con europeos. Específicamente, los antepasados de los mapoyo parecen haber ocupado esta región, entre los ríos Suapure y Parguaza, a finales de la época prehispánica. Tarble (1985) señala que a través de las evidencias etnohistóricas, arqueológicas (serie Valloide 1000-1400 d.C.) y lingüísticas se pueden relacionar a la zona grupos de filiación caribe como los mapoyo.

Sin embargo, la penetración europea en la región fue relativamente tardía, ya que se caracteriza por ser un área geográfica y climáticamente difícil, por esta razón se tienen pocas referencias etnohistóricas entre los siglos XVI y XVII. Según Perera (1992) la primera relación escrita sobre los mapoyo fue realizada por Ruiz Maldonado (1638-1639), en viaje desde Santa Fe de Bogotá. Ruiz Maldonado “reclutó bogas mapoyes en tres caseríos a orillas del río Orinoco” (Perera, 1992: 143). Sin embargo, no se tiene la certeza de que estos indígenas hayan sido antepasados de la etnia actual, ya que hay una confusión en la documentación entre los mapoyo actuales y los quaquas del río Cuchivero, a los cuales también se denominó con el término de *mapoye* (Henley, 1983: 224). Sin embargo, no es hasta el siglo XVIII con el arribo de los misioneros jesuitas, cuando se empiezan a describir con más exactitud a los grupos indígenas de la región. Entre las referencias más importantes se encuentran las del Padre Joseph Gumilla, Hno. Vega y décadas más tarde Gilij. Una de las pocas misiones que establecieron los jesuitas con indígenas mapoyo fue San José de Mapoyes, fundada por Gumilla entre los años de 1731 y 1732, como parte de un segundo intento de los jesuitas para establecer misiones en el Orinoco medio. San José de Mapoyes se encontraba a orillas del

río Parguaza cercano al castillo y pueblo de San Francisco Javier. Hoy en día no se conoce su ubicación exacta, esto también se debe a la escasa vida activa que tuvo este pueblo de misión (ya para el año de 1749 no existe registro). El misionero explica que entre los años de 1731 y 1739 tuvieron que reunir tres veces la población, debido a las constantes huidas de sus pobladores, las luchas intertribales y el azote de las epidemias (1738-1739) de viruela y sarampión que atacaron duramente a los indígenas, en particular a los mapoyo, quedando muchas de sus rancherías sin habitantes. Durante la primera mitad del siglo XIX se cuenta con las descripciones de los misioneros franciscanos como Bueno; pero, con el retiro de éstos de territorio venezolano, debido a las luchas independentistas, no se registran documentos sobre los indígenas de la región hasta finales de siglo. Expedicionarios y aventureros como Chaffanjon (1886-1887), Crevaux (1880-1881), Wickham (1869-1870), Codazzi (1841) y los venezolanos Michelena y Rojas (1855) y Tavera Acosta (1904), visitan la región del Orinoco medio dejando acotaciones sobre el paisaje físico y cultural importantes.

Los Mapoyo no poseen documentos de propiedad de su territorio, no obstante existe la “leyenda” de un grupo de hombres que participó en la guerra de independencia junto a Páez, razón por la cual Bolívar luego le otorgó al “Capitán” mapoyo Paulino Sandoval un título de propiedad de las tierras “comprendidas entre los ríos Suapure, Orinoco y Parguaza” (Henley, 1983: 225), territorio que ocupan actualmente.

Durante el período Republicano (1830-actualmente), el antiguo sistema cultural de los mapoyo empieza a cambiar drásticamente, adaptándose a las costumbres criollas. En el año de 1920 son bautizados a la fe cristiana la mayoría de los mapoyo en la población de La Urbana, así como se intensifica la recolección de la sarrapia para la exportación. Sus contactos con la población criolla (descendientes de españoles, mestizos) se hacen cotidianos.

4.- Marco Teórico

La sociedad construye su espacio usando criterios *funcionales* o de uso, y *simbólicos*, es decir, referidos a sistemas de representación del mundo, según los dos enfoques generales que se le han dado a los estudios del espacio, que consideramos no pueden desligarse, ya que todas las sociedades humanas dejan huellas de actividades sobre el espacio que utilizan, pero también dicho espacio aparece como forma de manifestación o expresión de la sociedad (Roberts, 1996).

Hemos decidido utilizar la propuesta del arqueólogo postprocesual Christopher Tilley, quien ha estudiado la construcción del espacio de sociedades del pasado a nivel simbólico. Los arqueólogos de esta corriente teórica están conscientes de que es imposible reconstruir aspectos simbólicos de las sociedades preteritas, si no existe una continuidad histórica que permita establecer analogías. Tilley (1994) estudia el espacio desde un enfoque fenomenológico, que se puede entender como la manera en la cual las personas experimentan y entienden al mundo. Esta fenomenología involucra el entendimiento y la descripción de las cosas tal como las experimenta el sujeto que las dota de sentido. Tilley ve el espacio como un medio, no como mero contenedor de acciones. El espacio no puede disociarse de los eventos y actividades con las cuales se relaciona; es histórico: es producido socialmente y es construido de manera distinta en cada sociedad; además, su noción puede variar entre los individuos, por lo cual no existe *un* espacio, sino muchos. Se conforma con la práctica diaria, adquiriendo historicidad. El significado del espacio siempre posee una dimensión subjetiva y no puede ser entendido separado del mundo y la vida; es simbólicamente construido por los actores sociales. El espacio no posee una esencia sustancial *per se*: relacionado con la gente y los lugares adviene su sentido. Los espacios son siempre creados, reproducidos y transformados, en relación con espacios anteriormente construidos. (Tilley, 1994).

Como herramienta heurística, Tilley hace una clasificación del espacio, que es dividido en cinco tipos, cada uno mutuamente relacionado:

Espacio Somático: Es el espacio de la acción habitual e inconsciente, de las experiencias sensoriales, las capacidades que tiene el cuerpo humano para moverse.

Espacio Perceptual: Es el espacio egocéntrico (individual). Este espacio es siempre relativo y cualitativo. Relaciona los patrones de individualidad intencional con el movimiento corporal y la percepción.

Espacio Existencial: El espacio (vivo) construido por las experiencias concretas del individuo (social) con un grupo. Trasciende al individuo. Se encuentra en un proceso constante de producción y reproducción a través de los movimientos y las actividades de un grupo.

Espacio Arquitectónico: Sólo tiene sentido en relación a los demás espacios. Crea y limita espacios (interior/ exterior).

Espacio Cognitivo: Provee las bases para la reflexión y teorización para el entendimiento de otros. Es el espacio de la discusión y el análisis; es el espacio de los mitos y de la ciencia, por ejemplo.

Esta clasificación fue útil al momento de analizar las concepciones del espacio dentro de la comunidad indígena para poder establecer tanto dichas representaciones, como el por qué de los cambios ocurridos en los patrones de asentamiento y por consiguiente en el paisaje físico y cultural.

5.- Metodología

Para un diseño metodológico coherente con el enfoque teórico de esta investigación, se ha elegido una perspectiva fenomenológica, para la que el significado objetivo de la realidad social y física no es preconcebido, sino que debe ser visto como el producto de una construcción significativa de sujetos interactuando.

Esto no quiere decir que la realidad objetiva sea desechada en el enfoque fenomenológico, sino clasificada como el producto del proceso constitutivo del sujeto o actor: de allí su existencia objetiva.

Debido a que las sociedades constituyen un espacio social sobre un referente físico por medio de sus experiencias cotidianas, se realizó un estudio etnográfico de la vida diaria de la comunidad de Palomo. Nuestros principales indicadores fueron la evidencia etnográfica, arqueológica, y etnohistórica, concebido nuestro trabajo como una *etnoarqueología*, una etnografía realizada desde una mirada arqueológica, que no es más que un modo particular de antropología histórica. El antropólogo histórico estudia sociedades pasadas, por lo tanto *otras* sociedades; usualmente por medio de las fuentes escritas que aquéllas legaron, así como otro tipo de documentos como imágenes o mapas, para reconstruir el contexto y período histórico en estudio. Para dicha “reconstrucción”, o diríamos mejor *interpretación*, se debe tomar en cuenta el contenido ideológico del documento, es decir, la biografía o historia personal de quien escribió el documento. La arqueología se refiere tradicionalmente a esa interpretación de los restos de una “inscripción” por las sociedades del mundo material. En nuestro caso, la “escritura” es *en* el paisaje, y *del* espacio, por un grupo étnico, y así damos cuenta de una *etnografía* de quienes inscribieron ese espacio.

La investigación de campo realizada es de tipo etnográfico, con instrumentos tales como observación participante, en particular los aspectos cotidianos de la vida de los habitantes de El Palomo, y la construcción de estructuras habitacionales o de otro tipo; entrevistas y grupos focales, material con el cual se realizó un análisis de contenido; un censo de los habitantes de la comunidad y la vivienda; y levantamientos planimétricos del espacio, tanto habitacional (que sirvieron como ejemplo para ilustrar el tipo de vivienda del grupo) como comunitario de la comunidad de Palomo, así como el levantamiento del trazado de la carretera en la

zona de la comunidad (que no se encuentra en los mapas debido a la antigüedad de los mismos); creación de mapas mentales del poblado por parte de miembros de la comunidad.

Se realizó un análisis de contenido basado en la transcripción interpretativa de dos entrevistas a profundidad, no estructuradas y un grupo focal. Ambas técnicas fueron aplicadas por la investigadora a dos adultos mayores y a un grupo familiar, respectivamente. Además, se realizaron entrevistas tanto a profundidad como informales a otros miembros de la comunidad; sin embargo, se escogieron aquellas ya que proporcionaban la información más completa, así como para no ser repetitivos con el contenido del análisis.

La guía de entrevista no estructurada y focalizada en profundidad, consiste en una serie de preguntas sobre un tema cuya aplicación se hace respetando el ritmo y el orden discursivo del entrevistado (Valles, 2000: 184). Mientras la “transcripción interpretativa” consiste en la utilización de signos establecidos por el investigador, con el fin de conservar el sentido original del discurso como una exigencia de rigor (Poland, 1995). El instrumento de las entrevistas y grupo focal consistió en un guión de referencia con los temas generales a tratar, el cual sirvió para orientar la conversación de una manera flexible y espontánea.

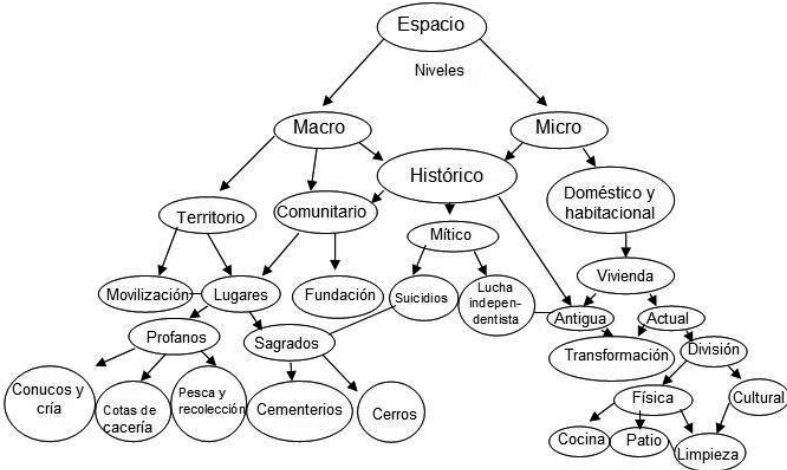
Estos procedimientos fueron útiles para la interpretación de la concepción simbólica y funcional del espacio doméstico y comunitario. Orientados a comprender los cambios que han surgido en el uso y concepción simbólica del espacio. Se realizó el análisis en dos niveles: *macro*, el espacio comunitario, patrón y forma del asentamiento; y *micro*, el espacio habitacional conformado por la vivienda y sus alrededores, es decir, el espacio en el que una familia se desenvuelve. Asimismo, a través del análisis de contenido surgió otro ámbito que podríamos denominar *histórico*, que son *las referencias históricas*, donde se agregan las memorias orales de los participantes; es particular ya que es el hilo conduc-

tor de muchas narrativas (que se insertan tanto en el nivel macro como micro) y se observan en la mayoría de las categorías; podemos encontrar en esta categoría desde historias “míticas” hasta recientes como lo es la fundación de la nueva comunidad de El Palomo.

6.- Resultados preliminares

En el mapa cognitivo se pueden observar las categorías emergentes del análisis de contenido. (ver mapa cognitivo)

Mapa cognitivo de las categorías emergentes en las entrevistas



Nivel Macro: Abarca los lugares tanto sagrados (cementerios, cerros, ríos) como profanos o de uso diario comunitario, donde se pueden realizar actividades económicas o de sustento (cotos de cacería, conucos, zonas de pesca y recolección), y lugares para celebrar actividades comunitarias (fiestas, reuniones, escuela) que se encuentran dentro del territorio mapoyo y en la misma comunidad (fundación); asimismo como la movilización dentro y fuera del territorio.

Surgió dentro de la narrativa de los participantes la noción de movilización periódica dentro del territorio, en donde un grupo de varias familias se movilizaba regularmente en búsqueda de recursos estacionales, lo cual era más común anteriormente, con la construcción de la carretera troncal #19 realizada a finales de la década de 1970, ya que con ésta se acortó el tiempo que tomaba un viaje a sitios aledaños, dando facilidad a un intercambio social, económico y cultural con otras comunidades; asimismo se menciona el arribo de pobladores de otras partes del país, e incluso extranjeros; la comunidad de El Palomo se asentó de forma permanente cerca de ésta, ya que facilitó la comunicación con sectores que de otra manera se encontraban muy apartados o de difícil acceso, sin embargo las actividades estacionales por ciclos anuales todavía son comunes; por ejemplo, la recolección de sarrapia es realizada entre los meses de enero y marzo (época de sequía), así como la pesca; en cambio otras actividades se realizan en la época de lluvias, como la caza de animales.

Por otra parte, muchas personas de la etnia se movilizan a otras partes del país, especialmente a ciudades cercanas buscando mejoras en sus condiciones de vida (trabajos, estudios superiores); sin embargo, los lazos con la comunidad se mantienen, ya que los familiares se quedan en la población y aquellos que se van les brindan ayuda económica.

Dentro de la historia oral se encuentra muy marcada la noción de la endogamia del grupo, sin embargo, se puede sugerir que la agricultura jugó un papel importante dentro de la organización familiar y del parentesco, realizando intercambios de mujeres con otros grupos indígenas a cambio de cultivos. En particular con la comunidad piaroa, con quienes mantienen relaciones muy estrechas, esta situación se puede haber debido en parte al alto índice de masculinidad que presentaban los mapoyo.

Se observó división de trabajo por sexo, los hombres se dedican a los trabajos pesados como pesca, realizar la tala y que-

ma para la limpieza del área destinada al conuco, mientras la siembra, el cuidado y la cosecha es una actividad compartida tanto por hombres como por mujeres. Y los roles de las mujeres son el cuidado de los niños, cocinar (para los niños de la escuela).

Los lugares sagrados poseen ciertas restricciones de carácter mágico-religioso para los habitantes de la comunidad. Entre los sitios considerados sagrados por la población mapoyo actual se encuentran los cementerios y algunos cerros; éstos coinciden en varios casos, como el Cerro de los Muertos, en el cual existe un abrigo rocoso que la comunidad actual utiliza como cementerio, o el Cerro Las Piñas, asociado en la historia oral como uno de los lugares donde ocurrió un suicidio colectivo mapoyo, y que es además un antiguo cementerio.

Nivel micro: Incluye los espacios domésticos y habitacionales, es el espacio de la familia, y las actividades cotidianas de ésta; incluye la construcción y el mantenimiento de la vivienda.

Es muy probable que la vivienda tradicional mapoyo haya seguido el patrón caribe de tierra adentro (Panare, Yekuana), redondeada en forma de churuata, y posiblemente resguardaba grupos unifamiliares. La vivienda mapoyo ha sufrido transformaciones, desde la época del contacto con los misioneros, adaptando las casas a un modelo muy parecido al español de planta rectangular, pero conservando características indígenas, tanto a nivel funcional (e.j. uso de techo y paredes de palma en algunas de las viviendas para aminorar el calor) como simbólico (limpieza religiosa de la casa, tabúes alimenticios, división del espacio según el sexo; por ejemplo). Las viviendas de la comunidad mapoyo son autoconstruidas; es decir, son las mismas personas de la comunidad las que diseñan y construyen el espacio de la casa, asimismo las personas que colaboran en la construcción de la vivienda suelen ser en su gran mayoría familiares.

Los materiales utilizados para la construcción de la vivienda son generalmente recolectados en la zona; sin embargo, pudi-

mos encontrar tres tipos de vivienda según los materiales de construcción: *Vivienda tipo A*: con materiales autóctonos de la región: palma, barro, bejuco, con pisos de tierra; la cubierta de la casa puede ser de palma y bahareque en las paredes o solo de palma; este tipo de casa es llamado por Gasparini y Margolies (2005) “Rancho campesino”. Según Miguel Acosta Saignes (1956) este tipo de construcción “es el resultado de la suma de varias técnicas de construcción: la indígena, en primer término, la española y la africana.” (Acosta Saignes: 1956: 1). *Vivienda tipo B*: En este tipo de vivienda se observan materiales para construcción tradicionales de los “occidentales” o “racionales”; como el bloque, zinc, cemento, cabillas, latón. Se empezó a utilizar recientemente dentro de la comunidad. Son materiales más duraderos pero más costosos y difíciles de adquirir. *Vivienda tipo C*: Este tipo de vivienda combina los materiales autóctonos con los “occidentales”, así se puede observar por ejemplo que una casa tenga techo de palma y en ciertas zonas estratégicas se coloca en el mismo techo, zinc o latón. Es uno de los tipos más comunes, ya que la mayoría de los habitantes de la comunidad no pueden costear una casa completamente hecha de materiales “occidentales” o “racionales”, pero sí pueden comprar o adquirir un poco de estos y combinarlos con los materiales “tradicionales”.

La construcción de la vivienda mapoyo es progresiva, es decir, mientras la familia se expande (con el nacimiento de hijos) se agregan más espacios a la casa, para que pueda albergar a los nuevos ocupantes. Asimismo, al crecer los hijos, los espacios se dividen según el sexo, es decir, las niñas toman una habitación o espacio, y los varones otro. En algunos casos se construye un anexo utilizado como habitación de los hombres (hijos) solteros, sin embargo, ésta parece una incorporación relativamente reciente.

La vivienda aunque tenga carácter profano, ya que en ella se realizan actividades cotidianas, es un lugar que posee cierto tipo de restricciones, o divisiones del espacio, que son necesarias

para el mantenimiento de estas actividades, así como son expresión de la concepción mapoyo del espacio.

7.- Discusión

Siguiendo la definición de los tipos de espacio de Tilley, podemos decir que en el espacio social y cosmológico pudimos observar las relaciones sociales *internas*, entre ellos, y *externas*, con otros grupos, sean indígenas o criollos, una de las particularidades de los mapoyo, que a pesar que perdieron su lengua y otras costumbres, siguen enterrando a los muertos de una manera muy parecida a la prehispánica. Este aspecto religioso se ha conservado, el lugar para los entierros es un cerro, en este caso el Cerro de Los Muertos, con restricciones para entrar al mismo; es decir, lugares que son prohibidos o prescritos, tanto para los mapoyo según sus propias diferencias de género y edad, así como para los extraños. El *espacio arquitectónico*: donde existe la dualidad interior/exterior se observa en la existencia de una estacionalidad dentro del ambiente físico con dos temporadas muy marcadas (verano-sequía e invierno-lluvia). A lo interno, se refleja y se reproduce en los fenómenos sociales y económicos: en cada estación existe una actividad delimitada, así como señala una particular concepción del tiempo en el espacio y las relaciones que se definen entre unos y otros. En la experiencia y práctica de estas relaciones se configura un *espacio cognitivo*, que otorga un sentido al pasado y al presente, al mundo propio y al ajeno, que provee de los conocimientos para discutir, como grupo, estrategias de subsistencia, en sentido tanto de preservación como de revitalización étnica. Esto nos reenvía a un *espacio somático* elaborado a través de las vivencias del cuerpo físico y social (lugar para comer, para bañarse, para dormir, para intercambiar...), así como remite a un *espacio perceptual* que proporciona individualidad, identidad, al reconocerse y diferenciarse entre sí y frente a otros grupos (nosotros/los otros). De la reflexión y el entendimiento posibles en el

espacio cognitivo, surgió como producto secundario de nuestro trabajo una contribución a los procesos de demarcación de los territorios indígenas Mapoyo, en la emergencia de un lugar político donde los indígenas definen, elaboran y defienden su particular modo de existencia en el espacio y en el tiempo.

8.- Bibliografía

- ACOSTA SAIGNES, Miguel. 1956. “La vivienda popular en Barinas”. En: *Cuadernos Universitarios*. No. 5-6. pp. 1-16.
- BRITES, Natasha. 1994. *Espacios y Tiempos Sagrados: Tradiciones y ritos en las prácticas funerarias de los grupos Wanai y Wothuja del sector Parguaza-Suapure, Edo. Bolívar*. Trabajo final de grado para optar al título de antropólogo. Universidad Central de Venezuela. Caracas.
- BUENO, Ramón. 1933. *Tratado histórico. Apuntes sobre la provincial misionera de Orinoco e indígenas de su territorio*. Tipografía Americana. Caracas.
- CHAFFANJON, Jean. 1989. *El Orinoco y El Caura: Relación de viajes realizados en 1886 y 1887*. Editorial Croquis S.R.L. Caracas.
- CRÉVAUX, Jules. 1988. “Viajes por la América del Sur.” En: *El Orinoco en dos direcciones: relatos de viajes de Sir Henry Alexander Wickham 1869-1870 y Jules Crévaux 1880-1881*. Fundación cultural Orinoco. Caracas. pp. 127-333.
- CRUXENT, José María y ROUSE, Irving. 1982. *Arqueología Cronológica de Venezuela*. Vol. I. Ernesto Armitano Editor. Caracas.
- DAVID, Nicholas y KRAMER, Carol. 2006. *Ethnoarchaeology in Action*. Cambridge University Press. New York.
- DÍAZ, Luramis. 2005. *Los viajeros del río: Una contribución al estudio de la dinámica espacial para el período colonial tardío en el Orinoco Medio*. Trabajo final de grado para optar al título de antropólogo. Universidad Central de Venezuela. Caracas.
- FALCONI, Maura. 2003. *Arqueología del período republicano (1831-1940) en el Orinoco medio, Estado Bolívar: características del*

- encuentro económico, social y cultural entre indígenas y extranjeros*. Trabajo Final de Grado para optar al título de Antropólogo. Universidad Central de Venezuela. Caracas.
- FLORES, Mariana. 2003. *La Colonización de la Piel: Estudio de materiales de atuendo personal en el Orinoco Medio, siglo XVI-XIX*. Trabajo Final de Grado para optar al título de Antropólogo. Universidad Central de Venezuela. Caracas.
- FRIAS, Inés. 1993. “Ajuar cerámico de los Piapoco: Un caso de estilo como transmisor de información” En: *Contribuciones a la Arqueología Regional Venezolana*, compilado por Francisco Javier Fernández y Rafael Gassón. Fondo Editorial Acta Científica Venezolana. Caracas. pp. 107-138.
- GASPARINI, Graciano y MARGOLIES, Luise. 2005. *Arquitectura Indígena de Venezuela*. Editorial ARTE. Caracas.
- GIL, Mairim. 2003. *Efectos de la conquista y la colonización europea en la industria lítica del Orinoco Medio*. Trabajo Final de Grado para optar al título de Antropólogo. Universidad Central de Venezuela. Caracas.
- GILIJ, Felipe. 1965. *Ensayo de historia americana*. Tomo II. N°: 72. Biblioteca Nacional de la Academia Nacional de la Historia. Caracas.
- GUMILLA, Joseph. 1963. *El Orinoco Ilustrado y Defendido*. N°: 68. Biblioteca Nacional de la Academia Nacional de la Historia. Caracas.
- HENLEY, Paul. 1983. “Los Wánai (Mapoyo)”. En: Los aborígenes de Venezuela. Vol. II. Ed. Walter Coppins. Fundación La Salle de Ciencias Naturales. Caracas. pp. 217-241.
- PERERA, Miguel Ángel. 1992. “Los últimos Wanai (Mapoyos), contribución al conocimiento de otro pueblo amerindio que desaparece”. En: *Revista Española de Antropología Americana*. N° 42. pp. 139-161.
- POLAND, B. 1995. “Transcription Quality as an Aspect of Rigor in Qualitative Research” En: *Qualitative Inquire*, Vol. 1, Num. 3. pp. 290 – 310.
- ROBERTS, Brian. 1996. *Landscapes of settlement: prehistory to the present*. Routledge. London.

- RIVAS, Pedro. 1993. “Estudio preliminar de los petroglifos de Punta Cedeño, Caicara del Orinoco. Estado Bolívar”. En: *Contribuciones a la Arqueología Regional de Venezuela*. Compiladores: Francisco Fernández y Rafael Gasson. Asociación Venezolana de Arqueología. Fondo Editorial Acta Científica Venezolana. Caracas. Pp. 165-197.
- ROMERO, Richard. 2004. *Computar el pasado: Aplicación informática en la interpretación del espacio habitado en dos sitios post-contacto, en el Orinoco Medio, Estado Bolívar*. Trabajo final de grado para optar al título de antropólogo. Universidad Central de Venezuela. Caracas.
- SCARAMELLI, Franz. 1992. *Las Pinturas Rupestres en el Parguaza: Mito y Representación*. Trabajo final de grado para optar al título de antropólogo. Universidad Central de Venezuela. Caracas.
- TARBLE, Kay. 1985. “Un nuevo modelo de expansión Caribe para la época prehispánica”. En: *Antropológica*. No. 63-64. pp. 45-81.
- TARBLE, Kay. 1991. “Piedras y potencia, pintura y poder: estilos sagrados en el Orinoco Medio”. En: *Antropológica*. No.75-76. pp. 141-64.
- TARBLE, Kay. 1993. “Criterios para la ubicación de los asentamientos Prehispánicos en el área del Barraguán. Edo. Bolívar”. En: *Contribuciones a la Arqueología Regional Venezolana*, compilado por Francisco Javier Fernández y Rafael Gassón. Fondo Editorial Acta Científica Venezolana. Caracas. pp. 139-164.
- TARBLE, Kay. 1994. *Concepción y uso del espacio en la época precolombina tardía, en el área del Barraguán, Estado Bolívar*. Trabajo de ascenso para optar a Profesor Asistente. Caracas: Universidad Central de Venezuela. Caracas
- TARBLE, Kay y SCARAMELLI, Franz. s. f. *El Paisaje de la Memoria: Producción temporal-espacial entre los indígenas Mapoyo, Venezuela*. Inédito.
- TILLEY, Christopher. 1994. *A Phenomenology of Landscape: Places, paths and monuments. Explorations in Anthropology*. University College London. Oxford.
- VALLES, M. 2000. *Técnicas Cualitativas de Investigación: Reflexión Metodológica y Práctica Profesional*. Síntesis. Madrid.

BLANCA

Saber y poder: El proceso de renovación universitaria en la Universidad Central de Venezuela (1967-1970) *

NEGRÓN VALERA, JOSÉ DE JESÚS

Escuela de Antropología

Universidad Central de Venezuela, Caracas

e-mail: josenegronv@yahoo.com

En el presente artículo se exploran las relaciones existentes entre el conocimiento producido en las universidades latinoamericanas y las redes de poder que no sólo lo hacen posible sino que garantizan su reproducción y mantenimiento. Utilizando el Movimiento de la Renovación Universitaria como plataforma argumentativa y la colonización del saber como herramienta teórico-metodológica, el autor expone las formas que adquirieron las ciencias sociales dentro del contexto de lucha política que se vivió en Venezuela en la década de los sesenta.

Palabras clave: Saber, Poder, Renovación Universitaria, Colonización del Saber, Ciencias Sociales.

Knowledge and power: the process of university renovation in the Universidad Central, Venezuela (1967-1970)

Relations extant between knowledge produced by Latin American universities and power networks which not only make possible but also guarantee and maintain output. Using the movement known as University Renovation as a platform from which to argue, and including the colonization of knowledge as a theoretical-methodological tool, the author demonstrates forms that the social sciences have acquired in the context of the political struggle which Venezuela went through in the sixties.

Key words: Knowledge, Power, University Renovation, Colonization of Knowledge, UCV.

* Recibido: 30- 07- 2007. Aceptado: 3- 09- 2007

1.- Introducción

En la época de los años sesenta del siglo XX, el mundo se veía sacudido por todo tipo de movimientos sociales que buscaban reivindicar los derechos de amplios grupos de personas, que concentraron sus esfuerzos de lucha en torno a numerosos motivos como el desempleo, la pobreza, la guerra o los derechos humanos. Gran parte de esos movimientos eran apuntalados por jóvenes estudiantes que buscaban el cambio o la transformación de sistemas sociales que no representaban con satisfacción todos sus intereses. Esta explosión de movimientos sociales y estudiantiles que motorizaron la época de los sesenta del pasado siglo, no sólo pobló las cotidianidades de las Europas Orientales y Occidentales o de Norteamérica, sino que tuvieron un gran impacto en esa parte del mundo que fue estigmatizada por la división política, ideológica y cultural del mundo en dos bloques, nos referimos a lo que se conoció como el “tercer mundo” o países no alineados, estos resultaron ser un territorio muy fértil para el surgimiento de luchas y movilizaciones sociales de todo tipo.

Latinoamérica y el mundo general no sólo sufren una rearticulación política durante la época de los sesenta¹, sino que además experimentan una serie de modificaciones en el orden de las ideas y los saberes, que traen como consecuencia el surgimiento de ideas alternativas acerca de la educación, la política y la economía, entre otros. Mignolo (2002) resume las tres corrientes de pensamiento que se rearticulaban en América Latina en la segunda mitad de siglo XX. La primera de ellas es el liberalismo en su versión neoliberal², la dos corrientes del cristianismo, la que contribuye con el capitalismo y el Estado y, la otra, la teología y la filosofía de la liberación³, y, por último, la contribución del marxismo⁴ (Mignolo, 2002).

En Venezuela las luchas sociales fueron motorizadas por los conflictos políticos que era ocasionado por el enfrentamiento entre la guerrilla y partidos de la izquierda y el gobierno del parti-

do Acción Democrática, que en otrora oportunidad se habría apoyado en estas mismas fuerzas para lograr el derrocamiento de la dictadura del General Marcos Pérez Jiménez, sucedida el 23 de Enero de 1958.

La Universidad Central de Venezuela y sus estudiantes, jugaron un papel muy activo dentro de esta lucha política, pero lo que realmente otorga un carácter innovador al movimiento estudiantil en la época de los sesenta, fue el proceso de crítica que hacia lo interno de la Universidad intentaba dirigir un grupo estudiantil que concentró todas sus acciones bajo la consigna de Renovación Universitaria. Dicha crítica derivó en un Movimiento Estudiantil que trastocó las bases no sólo de la Universidad sino de la sociedad venezolana entera.

Abrir un análisis sobre este proceso resulta prioritario tanto para entender la globalidad de causas y consecuencias que provocan la movilización y la lucha social en una sociedad enmarcada en un contexto mediado por la lucha de poder de los bloques occidental (Estados Unidos) y Oriental (Soviético), así como para determinar el por qué las Universidades resultan ser caldos de cultivo propicios para germinar Movimientos sociales.

No podríamos situar la llamada Renovación Universitaria en un punto específico, sin tomar en cuenta que este proceso comenzó a gestarse desde el inicio de los sesenta y que tomó cuerpo a finales de 1966, concretando sus hechos más importantes en el año de 1969. Aunque no existe una fecha definida, puede decirse que la Renovación Académica de la Universidad Central de Venezuela termina en 1970 con la intervención de la UCV. Aunque la Renovación se constituyó en un movimiento impulsado principalmente por estudiantes y profesores, en ella participan también empleados, tanto obreros como administrativos. La cuestión esencial fue que aún cuando se trató de un movimiento estudiantil, que deseaba dar un vuelco en la estructura universitaria, éste dominó por completo la vida en la Universidad.

Son muchos los hechos que han podido citarse como responsables del Movimiento de Renovación académica, todos ellos de alguna manera concentraron su atención en torno a la crítica del saber que se impartía en la Universidad, el cual era visto como elemento responsable de que la institución fuese incapaz de dar respuestas a los problemas sociales que en Venezuela comenzaban a suscitarse, no sólo el conflicto guerrillero sino también la creciente migración interna producto del abandono de los campos y el crecimiento exponencial de los cordones de miseria que comenzaban a tomar poco a poco los núcleos urbanos.

El Movimiento de Renovación no resultó ser un todo coherente sino que fue, más bien, una aglomeración de grupos y fuerzas políticas. El proceso renovador invadió toda la Universidad Central de Venezuela, los movimientos impulsados por la masa estudiantil y profesoral fueron más fuertes en algunas facultades que en otras. Por ejemplo, en la Facultad de Ingeniería, el proceso de reforma fue impuesto por el Consejo de Facultad, y las Escuelas poco o nada aportaron al proceso. En el caso de las Facultades de Derecho y Arquitectura el impacto fue muy leve, pues allí la Renovación chocó con intereses que poco o nada favorecerían un intento de cambio en las estructuras académicas imperantes⁵. Los intentos de Renovación más importantes fueron los que tuvieron lugar en la Facultad de Ciencias, en la Facultad de Humanidades⁶ y en la de Ciencias Económicas y Sociales, en esta última, la Escuela de Sociología y Antropología no sólo fue la de mayor impacto sino la que tuvo más logros⁷.

Debemos tener siempre presente que la renovación en la Universidad Central de Venezuela tal y como lo expresa Albornoz (1972) "...debe verse en el cuadro más amplio de crisis de las universidades latinoamericanas" (Albornoz, 1972: 253). Ya como antes lo habíamos señalado, este proceso obedece a las características contextuales que después de la época del cincuenta, abrió al mundo el descontento de una masa estudiantil cada vez más nu-

merosa y organizada, un movimiento obrero reunido en torno al rechazo de las cada vez más evidentes desigualdades sociales que se planteaban al respecto del modelo económico y social, impulsado tanto por el bloque Occidental, como por el Bloque de países socialistas.⁸

Hay que acotar además que esta movilización del sector estudiantil se expresó motorizado por las tendencias de izquierda en la Escuela de Sociología y Antropología, en un rechazo al modelo tecnocrático que Pérez Jiménez había ayudado a implantar con la orientación funcionalista norteamericana en la Escuela. Esta orientación fue continuada por los sucesivos gobiernos de Rómulo Betancourt y Raúl Leoni, cuya finalidad fue mantener a la universidad como instrumento al servicio del sistema capitalista liberal, que Venezuela estaba comenzando a desarrollar con fuerza a partir de 1958 (Coronil, 2002; Vesuri, 1983; Brito Figueroa, 1996). No en vano López señala que "...para las versiones más politizadas de la renovación, el tema central no era otro que el papel de la universidad en la revolución socialista" (López, 1996: 116).

Este proceso Renovador tiene que ser enfocado no solo bajo un prisma que haga evidente las circunstancias superficiales y visibles que de alguna forma jugaron un papel importante en alimentar la crítica universitaria y el mismo Movimiento Estudiantil, sino que debe buscar las causas de este movimiento en las características estructurales de lo que constituía el objeto de sus críticas, es decir, la Universidad y más específicamente el saber científico social que se impartía. Es por ello que la perspectiva desde la Geopolítica del Conocimiento resulta muy importante, puesto que rastrea el conocimiento y devela la matriz de sentido que le otorga nacimiento, desarrollo y legitimación académica.

2.- La geopolítica del conocimiento

Supone que el conocimiento, el saber, la verdad y la falsedad implican relaciones de poder ancladas sobre las fronteras donde

se producen los saberes. En resumen, los saberes y su imposición no sólo deben analizarse dentro de una perspectiva de orden temporal sino espacial. Al respecto Mignolo nos dice:

“... la geopolítica del conocimiento, como la palabra lo indica, apunta hacia una ordenación espacial más que temporal –o si se quiere espacio temporal– del conocimiento. Mientras que, por ejemplo, para el filósofo francés Michel Foucault la ruptura epistemológica estaba localizada cronológicamente, se presuponía una geografía en la que aparentemente el tiempo epistémico transcurría” (Mignolo, 2001: 26).

Ordenar en el espacio y no en el tiempo, implica aceptar que el lugar de producción del saber es importante. Y no hablamos de un *lugar* abstracto como el lugar dentro de una teoría, o dentro de una postura académica desde la cual ver y analizar el conocimiento, hablamos de geografía, de lugares geográficos. Edward Said lo expone de una manera clara:

“Así como ninguno de nosotros está fuera o más allá de la sujeción geográfica, ninguno de nosotros se encuentra completamente libre del combate con la geografía. Ese combate es complejo e interesante, porque trata no sólo de soldados y de cañones sino también de ideas, formas, imágenes e imaginarios” (Said, 1996: 40).

Enrique Dussell, reseñado por Mignolo (2001), expone que el conocimiento está sometido a fuerzas que lo modelan e influyen y que éstas no son internas y auto generadas por su mismo desarrollo, sino que surgen por la pertenencia o no a una historia y a una génesis que lo dirige en retrospectiva a un momento y lugar de la cual necesariamente partieron. Mignolo comenta a propósito de Dussell, que éste:

“... subrayaba, en 1977, que para él el espacio geopolítico debía tomarse en serio y que no era la misma cosa nacer en Nueva York que nacer en Chiapas, no estaba solamente hablando de las estruc-

turas de dominación y opresión económica y social sino también y fundamentalmente intelectual” (Mignolo, 2001: 13).

Por lo general, la historia tradicional de las ideas realiza un recuento temporal del saber más que espacial, asociándolo sin muchos problemas a cierta configuración que en el orden de la razón Europea tuvo lugar en el siglo XVIII. La cuestión principal que obvia esta historia es el hecho de que toda disciplina (científica) está situada en “...un lugar geopolíticamente marcado...” (Mignolo, 2001:13); esto es, que el valor o la carga de validez o confiabilidad en una ciencia, adquiere importancia no solamente por su capacidad para (desde su estructura de razonamiento) dar explicación a los fenómenos, sino por el lugar de su producción el cual le otorga identidad y fecha de nacimiento. La geopolítica del conocimiento devela el hecho de que las ciencias deben muchos de sus logros al poder de la cosmovisión que las producen y a los lugares geográficos que la misma ayuda a construir. Esta ordenación espacial de los saberes, jerarquiza, separa y valoriza los mismos. No es importante aludir simplemente al contenido interno de un determinado discurso, pues ello por sí sólo no produce efectos de poder.

3.- El Contexto de la Renovación: Desarrollo y Ciencias Sociales

El contexto de la Renovación académica en la Escuela de Sociología y Antropología no solo debe evaluarse en términos específicos de la década de los sesenta, sino también en los elementos que conformaron la creación misma de la Escuela, sus objetivos, sus programas y currículos. Partiendo de la Geopolítica del Conocimiento, podemos entender con mayor claridad como el conocimiento social y la matriz de sentido que lo estructuran son parte de una racionalidad específica, la Occidental. Racionalidad que pobló no solo académicamente sino política y económicamente

Latinoamérica en los años cincuenta y que fue la que se constituyó en objeto de crítica por parte del Movimiento de Renovación.

La Escuela de Sociología y Antropología nace en 1952 bajo la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, guiada por la teoría del desarrollo, la cual se constituyó en dominante dentro del campo del conocimiento académico y de las interpretaciones políticas, económicas y sociales más generalizadas de la realidad. La teoría del desarrollo y la modernización, es una perspectiva que no sólo atañe al aspecto económico de las naciones, sino que trastoca y subsume toda la dinámica social de los pueblos. En este último sentido debemos, siguiendo a autores como Arturo Escobar (1998), Aníbal Quijano (2000b) y Edgardo Lander (2000b), ver el desarrollo como una perspectiva que intenta proponer un “deber ser” acerca de la vida de las sociedades, a través de la imposición de sus valores, cosmovisiones y representaciones. Por lo tanto, éste no se tratará sólo como un modelo económico sino como un “modelo civilizatorio”⁹ (Lander, 2000a).

Ese camino modernizante comenzaba a perfilarse como un modelo único, impulsado por un patrón de poder específico, que proponía su visión como la más conveniente para todos los pueblos del planeta. Este patrón de poder era asociado al capitalismo liberal, que intentaban llevar adelante países como Estados Unidos, principalmente. Este patrón se desarrollaba como una perspectiva mundial a imitar, a pesar de que existiesen países con características particulares, viviendo momentos históricos y políticos también particulares.

La cuestión fundamental aquí resulta el hecho de preguntarse: ¿Cuál es el mecanismo que hace que el patrón de poder, en este caso el desarrollo (en su vertiente capitalista), se vuelva modelo hegemónico y necesario? La respuesta a esta pregunta no es sencilla pero tiene mucho que ver con la interpretación geopolítica del conocimiento de los instrumentos que legitiman una determinada cosmovisión. En este caso las Ciencias Sociales jugaron un

papel fundamental, puesto que, desde su misma matriz de sentido (Racionalidad Occidental) interpreta la realidad, y en su papel científico de legitimador de la realidad, “naturaliza” estas visiones otorgándoles una fortaleza enorme.

Es por esta razón que preguntarse sobre la creación de una Escuela de Sociología y Antropología en Venezuela pasa necesariamente por hacerse unas preguntas iniciales: ¿Para qué Sociólogos y Antropólogos?, ¿Qué características especiales se presentan en Venezuela para que fuese justamente en plena dictadura militar, que se abriera un departamento que formara profesionales para el estudio de la realidad social? Empecemos por la segunda cuestión.

Caula (2004) argumenta que las intenciones por las que el gobierno de Pérez Jiménez avaló la creación del Departamento de Sociología y Antropología, en el año de 1952, lejos de ser cuestiones que llaman a la duda son coherentes con las políticas e intenciones de su gobierno, sobre todo en lo que respecta al papel de los especialistas que tanto se necesitaban para “construir el espíritu de la nación” (Coronil, 2002; Caula, 2004) y llevar adelante toda las políticas públicas, legitimadas bajo la impronta de si son avaladas por expertos por medio de las ciencias sociales, éstas son legítimas *per se*. Por vez primera, las opiniones de los “expertos” serían fundamentales para llevar adelante las políticas nacionales. Esto a su vez es coherente con el crecimiento a nivel internacional que tienen las ciencias sociales modernas y su papel legitimador de los órdenes sociales. No olvidemos que uno de los mecanismos más importantes que posee el conocimiento es su capacidad para “naturalizar las relaciones sociales” (Lander, 2000a) y presentarlas, además, como relaciones inobjektas.¹⁰

4.- Críticas del Movimiento de Renovación al Saber científico Social

Según Vegas y Pascuzzi (1992) fueron dos los objetivos que promovió la Renovación Académica:

“... la primera el cambio de las viejas estructuras universitarias, causantes del atraso científico-intelectual de la universidad, que una vez conquistados, seguiría el segundo objetivo, trabajar en vías de la superación de la dependencia tanto a nivel político como cultural” (Vegas y Pascuzzi, 1992: 24).

A pesar de esto tenemos y debemos tener presente que esta perspectiva se encuentra asociada a los sectores estudiantiles y profesoriales contrarios al gobierno y la reforma universitaria que éste intentaban llevar adelante. Centraremos el análisis sobre los principales aspectos sobre los que se centró el movimiento Renovador. Estos son: en primer lugar la crítica al profesional que se deseaba formar y, por consiguiente, la crítica a la enseñanza y la forma en que se impartía. En segundo lugar, el cambio que se pretendía lograr dentro de la estructura institucional y del saber, esto último guiado principalmente por la intención de modificación del pensum de estudios. Por último, la cuestión referente al co-gobierno universitario, que sólo será evaluada de manera tangencial.

4.1 Perfil del profesional, Pedagogía, Pensum y contenidos académicos

Hay una reflexión muy importante hecha por Silva Michelena y Sonntag (1970) que evidencian que el problema del país se encuentra, si no provocado del todo, sí ayudado en gran parte por el tipo de profesional que se forma. Por lo menos, en la Universidad Central de Venezuela de algún modo se reproduce un determinado y específico sistema social, que en su opinión -y en la de Quintero (1969)- resulta ser el capitalista-liberal. Ello es producto de muchos factores pero entre los más importantes se encuentran, en primera instancia, la idea de que la ciencia se encuentra desligada del modo de producción que la engendra (Quintero, 1969) y, como tal, a lo sumo sólo puede colaborar a mejorar los desajustes pero no el sistema. Y en segundo término, tiene que

ver con el tipo de enseñanza que hace que el futuro profesional se forme con una realidad, que se le enseña coherente y a menudo natural:

“Porque los programas que se enseñan y las lecturas seleccionadas no están diseñados para permitirle al científico social responder este tipo de preguntas. No hay una imagen clara del producto que se desea formar, ni del papel que debe cumplir. Ni siquiera se saben cuáles son los papeles que la sociedad actual le exige al científico social. Se les prepara como si vivieran en un vacío social inexistente” (Silva Michelena y Sonntag, 1970: 186).

Con respecto a la crítica pedagógica, el ambiente que dominaba aquella época y que fungía como causa del sentimiento de lucha es resumido por Castro de la siguiente manera:

“...17 años de pasividad y verticalidad y jerarquía de conocimiento, de contenidos funcionalistas y céntricos, de posturas ajenas que no podían sino chocar con una realidad universitaria, social y política, cuyas expresiones de oposición se encontraban contenidas y en cierta forma reprimidas por el principio *Autoritas* inherente al ejercicio de la docencia” (Castro, 1988: 322-323).

Normalmente, los sistemas de enseñanza y su aplicación resultan ser proyectos diseñados por una pequeña minoría, que en un determinado espacio y tiempo elabora los planes y contenidos temáticos de lo que a su juicio debería ser la educación, o la estructura de una determinada disciplina científica y humanística. En el caso de la Escuela de Sociología y Antropología, tenemos que el diseño curricular tuvo como marco unas circunstancias históricas y políticas específicas que permearon los programas y la dinámica en general de la Escuela.

Esto, por diferentes razones, tarde o temprano tendría que haber tenido una respuesta de oposición, pues como contenidos impuestos, era probable que no llenara las expectativas de los sec-

tores que hacían vida en la institución¹¹. Como una prueba de esta situación se encuentran los casos del “olvido” de ciertas temáticas como la referente a las poblaciones indígenas, o al caso específico de las guerrillas en Venezuela. Es conveniente recordar a Said cuando señala que:

“... nunca se dio el caso de que un activo agente occidental tropezase con un nativo no-occidental débil o del todo inerte, existió siempre algún tipo de resistencia activa, y en la abrumadora mayoría de los casos, la resistencia finalmente triunfó” (Said, 1996:12)¹².

Resulta interesante además argumentar que la figura de la resistencia no sólo tiene valor cuando se trata del dominio directo físico, sino que atañe también a la resistencia contra el conocimiento que se usa para hacer legítima la dominación y el sometimiento de unos pueblos sobre otros¹³. Esta resistencia que podemos llamar epistémica, por cuanto se presentaba contra la verticalidad y la pasividad crítica fomentada por el principio de autoridad que genera la ciencia y la pedagogía, indudablemente tendrían que provocar una respuesta, que en este caso tuvo la forma de movimiento denominado, a sí mismo, como de Renovación.

Para Carlos Blanco, miembro del movimiento CRAE, la renovación es producto de la crítica de parte de los estudiantes hacia la dinámica de enseñanza dentro de la institución, a su juicio:

“Empezaba a haber una especie de rebelión que se enfrentó contra el modo de dar las clases por parte de los profesores, frente a la evaluación, porque en ese periodo entendíamos que la evaluación era una especie de síntesis, de compendio de todo el carácter represivo de la institución frente a las masas estudiantiles. El estudiante era medido, el estudiante era juzgado, y esto en el curso del proceso nos dimos cuenta que obedecía a una determinada concepción del conocimiento, una concepción según la cual el conocimiento es poseído por un grupo de iluminados, en este caso los profesores, la contrapartida de que ese conocimiento es poseído es que los estudiantes no tienen ningún tipo de conocimiento y en consecuencia

necesariamente requería, como se plantea prácticamente, una actitud pasiva por parte de los estudiantes” (Hernández, 1977: 16).

Con respecto al pensum y los contenidos enseñados dentro de la Escuela de Sociología y Antropología desde su fundación hasta la época de la Renovación, debemos aclarar que inmiscuirnos en esta problemática tiene obvias razones: en primera instancia, porque el rechazo contra el conocimiento, además de estar amparado en la manera como se impartía, también apuntaba a la naturaleza misma de los contenidos. Además, discernir dentro del plano del saber, cuáles eran las prioridades en lo que refiere al saber dentro de la Escuela, nos permite hacer un análisis detallado sobre el currículo y cómo éste se encontraba diseñado bajo una particular óptica del cómo debía ser el profesional formado en la Escuela de Sociología y Antropología. Para 1967, el pensum en la Escuela de Sociología y Antropología, con excepción del cambio de algunas materias, era prácticamente el mismo con que se fundó el departamento en 1952-1953 (Guardia de Sanz, 1988; Abouhamad, 1961).

Es interesante resaltar el hecho de que el pensum de Estudios de la Escuela de Sociología y Antropología se mantuviese prácticamente intocable luego de que la dictadura de Pérez Jiménez terminase, y esto a pesar de que existían profesores como Rodolfo Quintero quien argumentaba que la explicación “racional” de la creación de la Escuela con las características antes mencionadas (pensum influenciado por el funcionalismo norteamericano, fundadores extranjeros traídos por el Consejo de Reforma, etc.) se encontraba:

“... en el hecho de que tanto la sociología como la antropología han servido y sirven como lo ha señalado más de un autor, para explicar y defender lo bueno, y también para explicar y defender lo malo. Informado al respecto, el dictador pudo pensar que el departamento podía funcionar como una fábrica de teorías para fortalecer y estabilizar el sistema imperante” (UCV, 1964:30).

A pesar de esta crítica es imperativo exponer lo siguiente: luego de derrocado el gobierno dictatorial de Pérez Jiménez, se presume que una Escuela que fue creada con el firme propósito de legitimar las acciones de un gobierno represivo, deba necesariamente que tener cambios, sobre todo en el nivel de los contenidos que se imparten, pero extrañamente el pensum de estudio de la Escuela no presenta ningún tipo de cambio. Por ello, al pasar de la dictadura a la democracia sin sufrir el más mínimo síntoma de malestar, resulta interesante preguntarse, qué puede existir en la ciencia social que pueda hacer que aún en regímenes tan distintos como los sucedidos en Venezuela y que se encuentran drásticamente marcados en antes y después del 23 de Enero de 1958, la enseñanza de la Sociología y la Antropología resulte inmutable; Caula (2004) plantea una hipótesis interesante:

“Este fenómeno nos llama mucho la atención y pensamos que remite al eurocentrismo que caracteriza a las ciencias sociales hegemónicas y la colonialidad del saber que produce en sus periferias. Desde ésta óptica puede decirse que los supuestos básicos de la modernización que subyace en estos saberes conforman un discurso completamente compartido y útil tanto para la dictadura como por los regímenes democráticos que se instalaron posteriormente” (Caula, 2004: 128).

Son perfil del profesional, pedagogía y pensum y contenidos los núcleos bajo los que se enfocó la crítica del Movimiento Renovador. La riqueza del análisis geopolítico es que permite observar que dicha crítica se encuentra provocada por la racionalidad fundante de las ciencias sociales en el país. El desarrollo como destino y los principios mismos del análisis social que privilegia los principios occidentales (Progreso, Desarrollo, Modernidad) como únicas salidas y perspectivas, son en ese sentido, núcleos que nutren el saber científico social y la marcha de ciencias sociales en Venezuela durante los sesenta, por tanto motivaron la crítica

estudiantil. Sin embargo, los estudiantes concentraban su atención en el cambio de contenidos o la transformación del perfil profesional sin tocar la modernidad o el desarrollo como responsables directos.

5.- Resultados del Movimiento de Renovación

Héctor Mujíca asegura que, para 1970 la renovación había fracasado. A su juicio:

“... los postulados generales y fundamentales del movimiento de renovación académica aparecen hoy como irrealizables, diferidos, postergados, inalcanzables, populistas y demagógicos” (Mujíca, 1970: 8).

Pero cuáles son las razones que argumenta Mujíca (1970), para explicar el fracaso renovador. Según su perspectiva una de las causas fue “...la condición misma del movimiento estudiantil en general y la mentalidad del estudiante en particular...” (Mujíca, 1970:33). Otra de las causas es que faltó una “utopía realizable” que aglutinara a las masas y no que las dividiese. Además “...la tendencia al espontaneísmo, estimulada por la ultraizquierda, terminó por convertirse en un boomerang anti-renovador” (Mujíca, 1970:34). La “terquedad de la vida académica” y el estatismo de instituciones mucho más fuertes de lo que habría considerado el movimiento renovador se impusieron. Por último, Mujíca cree que fue:

“otra lamentable equivocación (...) trasladar mecánicamente la discusión acerca de las vías, el carácter y las formas de lucha de la revolución venezolana, al seno del movimiento de Renovación” (Mujíca, 1970: 34).

A pesar de esto, de acuerdo con Rafael de la Cruz, el balance de la renovación, puede leerse de otra manera, algo menos negativa:

“Finalizada la intervención un año después, una parte importante de los objetivos de la Renovación fueron ratificados, y los perseguidos lograron ser reincorporados. A pesar de la represión del movimiento y de su aparente derrota, la mayoría de las materias introductorias a la realidad de Venezuela y del sub-continente que hoy se dictan en todas las facultades, la ampliación de la participación estudiantil en los organismos de gobierno universitario, el carácter experimental de algunos entes académicos y las relaciones más igualitarias entre profesores y estudiantes son producto de aquel auge de la imaginación y la osadía estudiantil” (De la Cruz en López, 1996: 213).

Entre los logros más importantes que dejó el Movimiento Renovador, para la Escuela de Sociología y Antropología, fue el pensum de 1970. A pesar de que las discusiones sobre el saber dentro de la Escuela, dejaron al descubierto la dificultad para poner en tela de juicio la ciencia y los supuestos modernos que la constituyen, uno de los esfuerzos más interesantes al respecto surge del hecho de incluir dentro del programa curricular a América Latina, como aspecto de importancia para la formación de los futuros profesionales tanto sociólogos como antropólogos. Vegas y Pascuzzi (1992) recogen algunas opiniones al respecto del pensum en sí, así como del proceso que le dio vida:

“... fue un pensum producto de un proceso estudiantil, democrático que reflejaba el espíritu de la juventud.(...) Es un pensum que rompe con la enseñanza esclerotizada del pensum funcionalista, (...) un pensum que acercaba la Escuela al país, a través de la investigación, (...) un pensum que formaba un sociólogo transformador de su realidad social” (Vegas y Pascuzzi, 1992: 74).

La ganancia más importante que parece tener el pensum de 1970, fue la inclusión de América Latina como objeto específico de estudio. A pesar de esto, si se atiende al orden y las características de las asignaturas, observamos que conservan muchas similitudes con los pensum de estudio anteriores al momento de

Renovación. En este sentido, a pesar de que las críticas del Movimiento de Renovación fueron firmes y profundas, la racionalidad bajo la cual la ciencia social hegemónica estableció la manera en que se debía producir y reproducir el conocimiento sociológico y antropológico no fue desmantelada. Renovada o no, la Universidad y el conocimiento que ésta produce debe seguir las directrices que generan los centros de poder de conocimiento hegemónicos.

6.- A modo de Conclusión: *Lecturas de la Renovación*

6.1.- *La Renovación como Pasado*

Según ciertas versiones entre las que destacan las de Castro (1988) y Clarac (1998), las bases para explicar el surgimiento del movimiento Renovador se encuentran en el Mayo Francés. Según Gustavo Martín, profesor de la Escuela de Antropología y participante del movimiento de Renovación:

“... es evidente que la influencia del ‘famoso mayo francés’ fue determinante (...) Nosotros sólo estábamos imitando a los estudiantes franceses. Esto es una realidad innegable, al punto que utilizamos muchas de las consignas que ellos habían utilizado allá. Como aquella famosa frase: ‘la imaginación al poder’” (Rodríguez, 1994: 170).

Según este recuento histórico la influencia del Mayo Francés fue producto de que a Venezuela llegaron los estudiantes que se formaban principalmente en Francia (Clarac, 1998). Este recorrido de centro intelectual hegemónico (Francia)¹⁴ a una periferia (Venezuela) no es una historia desprovista de la colonialidad inherente a los saberes modernos, y menos si se usa este recorrido para justificar que en Venezuela surgiese una crítica a las formas de producir y transmitir conocimiento.

Dentro de las historias que más se difunden acerca del movimiento renovador, éste sólo es un reflejo, una especie de “hijo”

del Mayo Francés. Sin embargo, es importante revisar esta afirmación puesto que según Vegas y Pascuzzi (1992):

“... la Renovación Académica Universitaria, en Venezuela no fue una emulación del mayo Francés, no sólo porque fue anterior (1967), sino que en contenido, fuerza y direccionalidad (...) discrepan uno de otro” (Vegas y Pascuzzi, 1992: 22).

Para el pensamiento hegemónico, las periferias sólo son reflejos, y además bastante “pobres” de lo que ocurre en los lugares hegemónicos de conocimiento. Al respecto es clarificadora una reflexión de oposición a esta visión, hecha por el Rector J.M Bianco para la época de 1968, en un artículo titulado “Universidad, Juventud y Rebelión”, reseñado por el diario *El Nacional*:

“Cuando un estudiante venezolano protesta no hace sino dejar trascender su condición incivil o su docilidad de robot al servicio de intereses anti-nacionales (...) pero cuando lo hace un estudiante francés, inglés, yugoslavo o norteamericano sobran reflexiones que lo eximan, cuando menos, de los cargos que en el caso venezolano ni siquiera demandan pruebas” (Bianco, 1968).

Esta cita demuestra el núcleo central del problema, esto es, la *diferencia colonial epistémica*:

“... la diferencia entre enunciados de contenidos semejantes pero proferidos en distintos lugares geopolíticos de enunciación y referidos a distintos terrenos histórica y geopolíticamente constituidos (...) es en verdad, la diferencia colonial Epistémica. En ella se diseña la geopolítica del conocimiento y las relaciones asimétricas de poder que relacionan reclamos identitarios (...) tanto como la fundación y condición del conocimiento” (Mignolo, 2001: 19).

En este sentido, no es casualidad que se viese la Renovación como un “remedo” (Mujía, 1970), o como una copia del Mayo Francés, incluso no es casual que muchos estudiantes se

apoyasen en las reflexiones de Daniel Cohn-Bendit¹⁵ para justificar que sus “reclamos” tenían valor: *La diferencia colonial epistémica* produce que los discursos periféricos intenten legitimarse buscando que sus opiniones, balances y críticas, tengan como fundamento la objetividad, la cientificidad, la similitud con los reclamos de otros estudiantes (preferiblemente de los países desarrollados).

Otra de las causas citadas como motivantes de la Renovación en la Escuela de Sociología y Antropología fue la vuelta de los estudiantes postgraduados venidos principalmente de Francia. Veamos por qué Castro argumenta que éstos son importantes para explicar el movimiento renovador:

“... la izquierda profesoral proveniente de estudios hechos en Francia, inserta la versión alternativa metropolitana de una reflexión teórica que va progresivamente pre-figurando el posterior cuestionamiento al llamado marxismo tradicional-ortodoxo” (Castro, 1988:323).

Tratemos de entender la situación. Para Castro, en los años sesenta, y sobre todo el tiempo entre 1967 a 1970, comienza a haber una continua crítica a los contenidos académicos dentro de la Escuela, a su utilidad social y al beneficio de su enseñanza. Según Castro, todo esto producto de que la élite sociológica (y también antropológica) de la Escuela:

“.... comienza a cruzar las lecturas heredadas de la sociología metropolitana con otras lecturas también provenientes de Europa en lo fundamental, pero ahora mediadas, por las diversificaciones del neomarxismo del marxismo crítico, de la escuela de Francfort, etc. Es la hora de Marcuse y del hombre unidimensional, el problema de las racionalidades (capitalista y socialista) comienza a entrar por las puertas abiertas que la renovación gesta antes de estallar como movimiento” (Castro, 1988: 323).

Es decir, la crítica a los contenidos de la Escuela, que al final sólo trajo como consecuencia su reorganización institucional, pero no su evaluación, estuvo mediada, si no producida, porque los profesores venidos de Francia “traen” las nuevas corrientes teóricas, que por cierto son sólo Europeas. ¿Qué significa esto? ¿Dónde ha quedado el hecho de que los contenidos que se enseñaban estuviesen enfrascados dentro de los “formalismos técnicos” y las “abstracciones conceptuales”, dejando de lado las guerrillas y la pobreza ocasionada por los modelos de desarrollo urbano? ¿Dónde queda el rechazo a una pedagogía vertical y alienante, en qué lugar queda el reclamo por un lugar en el que estudiantes, empleados y obreros decidan el destino académico y administrativo de la Escuela y de la Universidad en general? No hay lugar para todo esto, cuando se miran las causas a las que parecen referirse los autores como motivantes de la Renovación.

Pensar en que la reflexión teórica foránea es el promotor fundamental de la renovación académica, es una forma de insensibilizar y producir “olvidos”. Olvidos que dejan de lado el hecho de que en el país había reflexiones propias y problemáticas particulares. A manera ilustrativa, podemos decir que todo queda como una pelea de tipo “guerra fría”¹⁶: el bloque intelectual oriental (representado por el marxismo) y el bloque intelectual occidental (dividido en dos frentes: el europeo y el norteamericano) utilizan a Latinoamérica como campo de batalla y, además, como “premio de guerra”. El país no es un mero terreno donde confluyen teorías y metodologías, que son absorbidas de manera acrítica. Todo esto porque el problema del conocimiento en las periferias no es reducible a una confrontación entre corrientes de “derecha” o “izquierda”, sino que debe entenderse bajo la dinámica del conocimiento como constructo de la modernidad occidental, que expone su visión como la única ideal para todas las sociedades y culturas.

No podemos sino seguir insistiendo en el hecho de que la colonialidad es un dispositivo extraordinariamente fuerte y sofisti-

cado. Pues guía los discursos, aun aquellos que intentan ir en contra de algunas de sus consecuencias (acciones imperialistas, colonizadoras, justificadoras de la desigualdad de género, raza, etc.). ¿Qué puede pensarse de un presente, que “escoge” estas versiones de su pasado, y las escribe con ánimos de reivindicarlo?¹⁷

La respuesta puede estar en el hecho de que la ciencia social antes que venezolana, latinoamericana, brasileña o colombiana, es ciencia, y como tal tiene una determinada forma de proceder y legitimarse. No es muy difícil suponer, con una historia que se nos enseña dentro de la Escuela y que tiene a Francia, Alemania o Inglaterra como fuentes generadoras del pensamiento racional, que al intentar legitimar el movimiento renovador, se apele a una experiencia como la del Mayo Francés, o las reflexiones de Marcuse y Marx, antes que al descontento que genera que el estudiante sea visto como una “vasija que tiene que ser rellena” (Freire, 1970), o al hecho de que los estudiantes de Sociología y Antropología ignoren cuál es su misión en la sociedad y se muestren escépticos frente a la enseñanza que reciben (UCV, 1964).

El que se apele al Mayo Francés para explicar el Movimiento Renovador, prueba que éste fracasó en cuanto a movimiento impugnador de la colonialidad de las ciencias. A lo sumo, el movimiento Renovador jugó un papel muy crítico que tuvo dentro de sus rechazos atisbos de “descolonización”, pero que cayó en la trampa del eurocentrismo cuando hubo que pensar en “lo que se quería” y terminaron escogiendo el ser más científicos y el “mejor” aprendizaje de la ciencia como modelo ideal.

No simplemente fue esto determinante a favor del fracaso del Movimiento Renovador, pues también la fortaleza que genera el poder represivo intervino enormemente para cercenar las intenciones y los ánimos, pero tal y como nos los hace ver Foucault (1978; 1991) el poder “produce” lo real y no se mantiene por mucho bajo el signo negativo de la violencia, pues ésta no es duradera y plantea muchos inconvenientes. El mayor dispositivo genera-

do por el poder de la colonialidad, estuvo precisamente en concebir que el Movimiento Renovador nunca dejase de creer que en la ciencia estaba la solución.

El Movimiento Renovador que sacudió a la Universidad Central de Venezuela a finales de los sesenta, pero que se gestó durante toda la década, fue el primer movimiento en Venezuela que tuvo como virtud hacer el cuestionamiento del por qué y para qué del conocimiento. Preguntas vitales, que aun hoy se mantienen como fantasmas perennes sobre nuestra educación. Además impulsaron la unión entre la Universidad y la sociedad, lo que pudo haber sido un aliciente de importancia para que la Universidad fuese intervenida militarmente, sobre todo por el temor del gobierno calderista a que la Universidad fuese usada como plataforma para relanzar al movimiento guerrillero¹⁸.

A pesar de que para ciertos pensadores la Renovación fue un fracaso (Albornoz, 1972), el impacto que tuvo el movimiento sobre lo que llama López (1996) la “cultura académica” en Venezuela fue muy fuerte. Para este último autor lo mayores logros fueron que:

“El marxismo se trasformó en un marco de referencia relevante para los estudios económicos, sociales y humanísticos. La renovación introdujo un nuevo interés en el estudio de los problemas nacionales y latinoamericanos. El subdesarrollo y la dependencia se transformaron en objetos de estudio en la mayoría de las instituciones de educación superior” (López, 1998: 213).

Por último, a nuestro juicio el diagnóstico que hace Lander (2000b) a propósito de la Universidad Latinoamericana, reúne todos los elementos que hemos venido tratando, acerca del Movimiento Renovador y de la Universidad toda:

“Históricamente ha sido mayor la capacidad de los universitarios latinoamericanos para criticar y luchar en contra de injusticias y opresiones de sus sociedades, que la agudez de su reflexión crítica

sobre sus propios procesos de producción y reproducción de conocimientos, y en torno al papel de estos saberes en la creación/reproducción del orden social existente. Es por ello posible que se puedan denunciar las consecuencias perversas del capitalismo salvaje, a la vez que se esté legitimando académicamente los saberes y supuestos paradigmáticos y teóricos que le sirven de sustento a este orden social” (Lander, 2000b: 70).

En este sentido, la Renovación Académica invisibilizó la problemática del saber al desviar mucha de sus críticas hacia cualquier cosa menos contra los principios eurocéntricos de la misma ciencia: la problemática se parcializó sobre la crítica a la ayuda o no, de algunos profesores a organismos políticos extranjeros o a la crítica sobre que la Escuela era un núcleo donde la enseñanza era influenciada por los intereses de países foráneos. Pero hay que ser bien críticos al respecto de que no fueron agentes de la CIA, ni del Departamento de Estado, quienes reorganizaron la estructura institucional de la Escuela de Sociología y Antropología para fines de los sesenta, son los mismos profesores y estudiantes quienes tienen el poder y la potestad de cambiar y modificar contenidos, pensa, y currículos, y a pesar de que en parte lo hicieron, la crítica no tocó núcleos fundamentales; precisamente porque no hubo mayor obstáculo que el academicismo y la necesidad de ser “más científico”, lo que provocó que la ciencia no fuese trastocada, ni que siquiera fuese tomada en ninguna parte como responsable de algún hecho.

6.2.- La Renovación como futuro: El Potencial Epistémico de Frontera

En el ánimo de proponer nuevas vías para abordar el debate en torno al papel de la Universidad y el país, debemos exponer una discusión última, en torno a los mecanismos por los cuales luce tan difícil la crítica al saber científico. Esta exposición pretende dejar aún más claros los núcleos problemáticos del ámbito

del saber. Todo ello con el fin, siempre presente, de proponer nuevas formas de abordar el problema. Es por esta razón que primeramente se expondrá partiendo de la enseñanza dada por el Movimiento de Renovación, las formas bajo las que actúa la colonialidad del saber, y en segunda instancia, utilizando este mismo Movimiento, para destacar sus grandes potencialidades.

La circunstancia por la cual se percibe que el profesional no puede sino contribuir a la estabilización del sistema económico y social de Venezuela y de ninguna manera colaborar en su modificación, tiene una rápida respuesta: la prioridad para la que se forma el científico social tiene como núcleo fundante la idea de que el “desarrollo” resulta imperativo y de ninguna manera es posible llegar a pensarse lo contrario, no existen vías alternativas. A pesar de que el científico social desease, por ejemplo, por su posición y formación marxista crítica transformar la realidad, a lo sumo sólo cambiaría de manos y de orientación el mismo destino que se supone “deben” recorrer las sociedades, la modernización.

A propósito de los planteamientos de Escobar (1998) entendemos que a pesar de las críticas que se le hiciesen al modelo de “desarrollo” capitalista, la idea misma del “desarrollo” se había incrustado dentro del imaginario social desde la época de 1950, y no fue negada. Podría lograrse una mejor distribución del ingreso, lograrse que los medios de producción fuesen colectivizados pero, en resumidas cuentas, se debía avanzar en línea recta. Pero ¿por qué resulta tan difícil que se tuviese conciencia de este hecho? ¿Por qué la idea del “desarrollo” fue tan “invisible” y duradera? Puede que la respuesta nos las dé la otra cuestión que surge a propósito de lo que se quería que fuese el profesional.

Una de las cuestiones que señala Mignolo a propósito del eurocentrismo es lo siguiente:

“... hay un elemento que siempre he admirado en el pensamiento europeo; no tanto sus resultados, es decir, el enunciado de ese pen-

samiento (...) sino su enunciación, a la tenaz persistencia en cada uno de sus pensamientos de fundar y refundar y continuar genealogías localizadas, siempre, en el ámbito geohistórico de la tradición que Europa creó para sí misma” (Mignolo en Caula, 2004:125).

Estas genealogías localizadas pero que al final remiten a la historia que Europa auto-generó, se apoyan principalmente en el marco del conocimiento científico y el poder para legitimarse. Este poder de seducción, tal y como lo definía Foucault (2000a) se encuentra amparado en la “Verdad”, como suprema fuerza que sacraliza cualquier discurso. Si la ciencia afirma que la modernidad y sus valores son la manera natural en que las sociedades deben comportarse y que cualquier otra forma alternativa a ésta son desviaciones o, en el mejor de los casos, pequeños “descarrilamientos” de un objetivo inherente al ser humano, no se podía pensar lo contrario.

Es por ello, que la ciencia juega un papel fundamental para legitimar los órdenes sociales, sobre todo los “modernos”. Lander señala que las ciencias sociales “...asumen en el orden capitalista la misma posición que asumió en el siglo XVI la teología cristiana con el orden colonial” (Lander, 2000b: 62).

Además de esto, uno de los más fuertes e inamovibles principios que se autoproclama la ciencia poseer, y que fue traspasado a la ciencia social, es el principio de la Universalidad. Es por este principio que resulta mucho más difícil que se cuestione una afirmación científica:

“La afirmación de universalidad, con más o menos calificaciones – relevancia universal, aplicabilidad universal, validez universal-, no puede faltar en la justificación de las disciplinas académicas: es parte de los requisitos para su institucionalización. La justificación puede hacerse sobre bases morales, prácticas, estéticas, políticas o alguna combinación de todas ellas, pero todo el conocimiento institucionalizado avanza sobre la premisa de que las lecciones del caso presente tienen importancia para el próximo caso y que la lista

de casos potenciales es, para cualquier práctico, interminable” (Wallerstein, 1996a: 54).

Lo que oculta esta pretensión de universalidad es que las afirmaciones que hace la ciencia son, en resumidas cuentas, productos de una determinada época, pensables bajo específicos órdenes sociales “...impuesto siempre por medio de instituciones y prácticas históricas y, en consecuencia pereceras” (Wallerstein, 1996a: 54). Toda esta discusión en torno al conocimiento adquiere una importancia fundamental si se pretende construir una crítica profunda y extensa, en torno a la relación entre la ciencia social y el país.

Normalmente la crítica que se le realiza a la ciencia social se encuentra enfocada específicamente a las adjetivaciones que le son atribuidas, “marxista”, “funcionalista”, “estructuralista”; pero, al igual que en el caso del “desarrollo”, no se cuestiona el hecho de que la ciencia social tiene una historia localizada y fundada dentro de ciertas circunstancias históricas específicas, que la relacionan directamente con los intereses de la sociedad occidental, sobre todo a partir del siglo XVIII (Wallerstein, 1996a). Dentro de la epistemología que funda las ciencias sociales, por ejemplo en la antropología, ya se encuentra clara la distinción de quién es “el otro” y quién “el nosotros”: los primeros son pueblos primitivos, atrasados y los segundos aquellos que ejercen el modelo ideal, el “deber ser” de la sociedad. En el caso de la sociología, anclada dentro del positivismo decimonónico, es inútil escapar a la temporalidad que produce el esquema atraso/desarrollo (Caula, 2004).

Nuestra pregunta es la siguiente ¿no es acaso la Escuela de Sociología y Antropología y los profesionales que forma, aquellos “otros” que desde un primer momento reclamó para sí la antropología inglesa y norteamericana? Aun y cuando se argumentase que esas distinciones ya no tienen validez, por cuanto las relaciones de dominación y explotación coloniales desaparecieron,

se podría decir, incluso para los más incautos, que las formas de dominación se han vuelto refinadas y ya no necesitarían de la objetivada violencia. Por ejemplo señalemos el caso de lo que Llobera cita a propósito del *colonialismo científico* en el caso de la antropología:

“... un nuevo tipo de antropología parece surgir del llamado tercer mundo. Durante muchos años, estos países han experimentado lo que J. Galtung ha denominado ‘colonialismo científico’. El antropólogo del tercer mundo tiene que superar la extraña paradoja de ver que el centro de gravedad para la adquisición de conocimiento sobre su país está situado fuera de éste, en algún lugar de Europa o de los Estados Unidos. Esto sucede de diversas formas. En primer lugar, los llamados países desarrollados creen tener el derecho a obtener información ilimitada sobre los países del tercer mundo. En segundo lugar, los antropólogos del tercer mundo ven que a nivel de la información sucede lo mismo que con las materias primas: los datos son recogidos, enviados al mundo desarrollado, transformados, y finalmente convertidos en productos manufacturados (libros, informes, etc.). En tercer lugar, la mayor parte de la información queda fuera del alcance físico del antropólogo del tercer mundo (a no ser que se desplace fuera de su país). En cuarto lugar, esta información no es ‘neutra’, sino que, en general, viene interpretada por alguna de las ideologías antropológicas” (Llobera, 1972: 382).

Puede que se siga argumentado que esto sólo corresponde a una dinámica de la reflexión científica, que como dinámica, a pesar de que pueda definir algunas formas de dominación intelectual, no son formas de colonización intelectual, entendiendo esto último como la imposición de cosmovisiones en las que se estructuran las directrices de la manera en que se piensa el mundo y las cosas en él.

Resulta recurrente, casi un lugar común, dentro de los pedidos de los discursos renovadores, acompañar la pretensión de un profesional revolucionario, o crítico, o consciente, junto con la palabra “racional” o “científico”. Además, son muchos más los

balances que se le hace al conocimiento social en Venezuela, utilizando categorías como no-investigativo, no especulativo, sobresaturado de ideología. Puede que esto sea visto como recaer en la locura, pero esto es muy importante por cuanto esconde el núcleo fundamental de la colonialidad del saber. Blaut J.M., citado por Lander (1997: 14), expone las diferencias que establece el pensamiento eurocéntrico en los siguientes términos:

Centro europeo

Capacidad de Inventar
Racionalidad Intelecto
Pensamiento abstracto
Razonamiento teórico
Mente
Disciplina
Adulterio
Sanidad
Ciencia
Progreso

La periferia

Imitación
Irracionalidad, emoción, instinto
Pensamiento concreto
Razonamiento Práctico, empírico
Cuerpo, materia
Espontaneidad
Infancia
Insana
Brujería
Estancamiento

La cuestión resulta tan difusa, que incluso se les escapa a críticos tan perspicaces como Brito Figueroa (1996), quien a pesar de haberse dado cuenta que la formación dentro de la Escuela de Sociología y Antropología servía para "...justificar teóricamente (no como una situación transitoria, sino inevitable y positiva) la contradictoria opulencia y depauperación de nuestro país" (Brito Figueroa, 1996: 900), este autor concibe al marxismo, no simplemente dentro de su capacidad opositora al enfoque hegemónico norteamericano¹⁹, sino en su aspecto más occidental, donde sus categorías se universalizan y se transforman en dogmas incontestables²⁰.

Lo que a fin de cuentas queremos resumir es que es, en torno a la invisibilidad de la colonialidad del saber y a su posibilidad de mantener incólume la ciencia social y sus principios epistémicos, que se deben concentrar los futuros señalamientos

en cuanto al papel de la ciencia social en general. Esta aspiración, a pesar de estar influenciada por la crítica a los saberes hegemónicos, crítica que se produce desde la periferia como resultado de la epistemología fronteriza, debe escapar al cerco de la colonialidad y al cientificismo, como dispositivo bajo el cual se aspira legitimar todo discurso. La imposibilidad de rompimiento con la ciencia hegemónica y la reorganización a través del pedido de “querer” parecerse a ella es lo que Silvia Rivera Cusacanqui, reseñada por Mignolo (2002) reconocía como “colonialismo interno”:

“... la ceguera epistémica y ética que señala Rivera Cusacanqui conduciría a prácticas de pensamiento que asumen la cientificidad del método y de los principios disciplinarios, sin cuestionar el hecho de que método y principios disciplinarios fueron parte del paquete de la construcción de la modernidad y su consecuencia inevitable: la colonialidad” (Mignolo, 2002: 205).

La “ceguera epistémica”, como lo refiere Silvia Cusacanqui, se constituye en el mayor obstáculo a vencer, es por ello que planteados los núcleos principales, en los que se ancla la colonialidad del saber, es conveniente exponer la manera en que pueden plantearse caminos alternativos, utilizando principalmente el Movimiento Renovador como fuente de reflexión crítica.

Dentro de la configuración y el orden de distribución de los saberes en el mundo, el conocimiento adquiere su valor por el lugar en que es enunciado y de su dinámica como resultante del ordenamiento de los países en centros y periferias (con todas las características que este orden implica). Pero qué significa esto cuando lo aplicamos al caso de Venezuela: en primer lugar, tenemos que las ciencias y en particular las ciencias sociales como una perspectiva del orden moderno (Wallerstein, 1996) desarrollan una forma de conocer en la que los valores occidentales (progreso, capitalismo, democracia) son expuestos como ordenes naturales y además ineludibles para la humanidad; y los valores del

resto son expuestos como no-occidentales (es decir, no-progresistas, primitivos, ideológicos) etc. En este sentido es interesante resaltar un hecho vital.

En la expansión del sistema universitario luego de 1945 y todo el cuerpo de conocimientos que lo acompañaban, resulta contradictorio que la ciencia que en su inicio nació para conocer a esos “otros” (en el caso de la antropología) ahora fuese tomada por esos “otros”, para también conocer. Son muchas las cuestiones que pueden derivarse de este hecho: expuestos como “otros” tradicionales, la pregunta para los que pretendían ser científicos periféricos era una, cuál “otro” deberían mirar. Como la necesidad desarrollista había difuminado un poco el objeto tradicional de la antropología y diseñado el de la sociología²¹ en Venezuela, era obvio que sólo quedaría un “otro” de quien ocuparse: el nosotros. Para el caso de la sociología, aunque no se plantease el dilema de construir un objeto basado en la dicotomía Otros/Nosotros, el dilema se encontraba sumido en la dificultad para adaptar la dinámica social en la siempre rígida regla de la modernidad y de los beneficios que ésta y el progreso otorgaban.

En la década de los sesenta, erosionado poco a poco el camino de la modernización por la marginalidad y pobreza creciente²², además de la influencia de otros modelos alternativos (Revolución Cubana, Revolución Cultural China), resultaba particularmente difícil que estudiantes que tenían que vivir con movimientos guerrilleros y con un país que a pesar de los altos niveles de ingresos seguía presentado grandes sectores de población en condiciones de pobreza, no se preguntasen sobre qué cosa no marchaba bien. Al estarse formando en unas disciplinas cuyo objetivo, al menos visible, era el de contribuir a solucionar la problemática de Venezuela, resultaba obvio que fuese hacia esas mismas ciencias que viraran directamente la lupa y su opinión crítica.

A pesar de contar con las ciencias sociales para estudiar la realidad social y proponer alternativas a los problemas que en ella se presentaran, las perspectivas y teorías bajo las cuales debía realizarse esa mirada contradecían en muchos casos los intereses de aquellos que se estaban formando para ser futuros profesionales. Comenzaron a percibir en su realidad una contradicción, un conflicto de interés. Este conflicto es producto de la intersección entre realidades y pasa por la cuestión fundante de cómo debe ser la vida y cómo es²³. Toda esta situación que ya reconocíamos como la “doble conciencia”, es provocada por “...el dilema de subjetividades formadas en la diferencia colonial” (Mignolo, 2000:90); resulta ser una diferencia que se produce en contextos periféricos, donde los sujetos tienen que concebir su realidad bajo la óptica de la modernidad.

Al enfrentar lo que se pide ser y lo que se es, surge una respuesta que trata de definir su posición dentro de ese estado de cosas. Vivir en la intersección y reconocer este hecho es lo que Mignolo identifica como *potencial epistémico de frontera*, que tiene como resultado la conformación de *epistemologías fronterizas* que significan:

“... la toma de conciencia de esta situación y el esfuerzo por reclasificarse desde la subalternidad,. (...) no se trata de una realidad híbrida (...) sino de una conciencia doble que es la conciencia del esclavo vista desde la misma conciencia del esclavo, quien conoce, a la vez, la conciencia del amo y del esclavo, mientras que el amo solo reconoce su propia y única conciencia monotípica” (Mignolo, 2001: 25).

Toda esta discusión sobre la conformación de dobles conciencias y de la resistencia epistémica, surge por la acción de la colonialidad del poder, como dispositivo que atribuye a los centros la posición de observar, de signar y clasificar, y a las periferias el papel de ser observadas, designadas y clasificadas.

Es en este sentido donde debe verse la riqueza de un proceso como el de la Renovación Académica. Como movimiento contestatario, resulta de un valor inapreciable para entender la manera bajo la cual se desarrolla la dinámica del conocimiento en las periferias, sobre todo en lo que respecta a las respuestas críticas en torno al saber hegemónico.

El movimiento de Renovación tiene un interés fundamental para el futuro de las disciplinas sociológicas y antropológicas en Venezuela y en todas las periferias en general. Todo esto como resultado de que el conocimiento científico social se ha vuelto muy eficaz como instrumento para legitimar la manera en que las sociedades tienen que incluirse dentro de la lógica del “mercado total” (Lander, 2000b), o en la avanzada por la conquista de territorios petroleros, bajo el escudo de la guerra preventiva. En este sentido, la Renovación no es un hecho pasado, sino un constante presente y un complejo futuro, que siempre nos llama la atención en torno a la dinámica del saber y la función que éste parece cumplir dentro de la sociedad actual.

Para lograr una toma de conciencia de nuestra subalternidad, en beneficio de que nuestras sociedades periféricas puedan erigirse en dueñas legítimas de sus destinos, es prioritario mirar hacia las disciplinas que se suponen son las encargadas de examinar los elementos profundos que las estructuran y les otorgan identidad. El potencial epistémico de frontera, y el reconocimiento de “cómo son las cosas” y “cómo pueden ser de otra manera” (Mignolo, 2001), pasa sin ninguna duda por la crítica severa, al hecho de que son efectivamente las ciencias sociales las que hacen que un orden social pueda ser visto como el mejor e ideal.

Es de esta manera que si se pretende mirar al futuro, con la esperanza puesta en que el conocimiento pueda brindar las herramientas para solucionar las dificultades sociales más inmediatas, debemos tener en claro que las premisas y los supuestos centrales de toda ciencia social se encuentran estructurados en torno a la

modernidad como racionalidad última. Debemos utilizar la “concientización” de este hecho para desde nuestro lugar periférico y fronterizo colocar siempre en tela de juicio las proposiciones y resultados de la ciencia social, planteando nuevas vías de comprensión de una realidad que cada vez más reclama su multiculturalidad e independencia.

7.- Notas

¹ Escobar (1998) describe que en la época de los 60 y 70 tienen lugar numerosos discursos críticos frente al desarrollo “...1) La pedagogía del oprimido de Paulo Freire (1970), 2) El nacimiento de la teología de la liberación durante la conferencia episcopal latinoamericana celebrada en Medellín en 1968. 3) Críticas al colonialismo intelectual (Fals Borda, 1980) y la dependencia económica (Cardoso y Falleto, 1979)”, (Escobar, 1998: 22).

² “...que sostiene que una economía de mercado contribuiría a la democracia global. Este principio va acompañado de una transformación de más en más, hacia un orden eficiente que asegure el funcionamiento del mercado y por lo tanto, que contribuya a la democratización de la sociedad” (Mignolo, 2002: 102).

³ “...ambos proyectos de descolonización espiritual el primero e intelectual (epistémica y ética) el segundo. Ver (Dussell, 1998)” (Mignolo, 2002: 102).

⁴ La contribución del marxismo influyó “... no sólo en el orden político (ejemplo, la Revolución Cubana), sino también en el orden intelectual (...) distintos tipos de proyectos desde la teoría de la dependencia hasta la teología y la filosofía de la Liberación” (Mignolo, 2002:102).

⁵ Véase Silva Michelena y Sonntag (1970).

⁶ Con respecto a la Facultad de Humanidades, uno de los movimientos renovadores más fuertes fue el sucedido en la Escuela de Letras, motorizados por un grupo de estudiantes llamados “poder estudiantil” y por algunos profesores como José Ignacio Cabrujas y José Balza (Vegas y Pascuzzi, 1992).

⁷ véase Loyo (1968: 65).

⁸ Puede que aunque el modelo liberal norteamericano fuese hegemónico, y el que tuvo mayor impacto en los países latinoamericanos, la unión soviética también actuó como potencia imperialista, con la exportación de su modelo socialista y la defensa de éste, ante cualquier amenaza. Recuérdese la gran movilización estudiantil que provocó la denominada “Primavera de Praga” para defender las reformas que Alexander Dubcek intentó ejercer al régimen comunista del presidente Novotny durante 1967 y 1968 y que resultó en la intervención por parte de la URSS en territorio Checoslovaco. Una discusión detallada sobre las movilizaciones estudiantiles que se desencadenaron en todo el mundo durante la década de los sesenta puede encontrarse en el libro de Craig *La rebelión estudiantil* (1969).

⁹ La noción de Modelo Civilizatorio se encuentra reseñada en Lander, haciendo referencia al modelo neoliberal. Este autor advierte que este modelo no sólo es una teoría económica sino que constituye una “..extraordinaria síntesis de los supuestos y valores básicos de la sociedad liberal moderna en torno al ser humano, la riqueza, la naturaleza, la historia, el progreso, el conocimiento y la buena vida...” (Lander, 2000a:11). Esta noción sirve para dejar claro cómo debe ser confrontado el concepto de *Desarrollo*.

¹⁰ Lander nos muestra que la modernidad europea tiene como característica esencial, presentarse como un orden “natural” no tocado por ninguna intención humana o guiada por alguna idea en particular, descorporalizada y sin referencia histórica. La ciencia social, en este caso por estar formada bajo los supuestos básicos de esta cosmovisión, presenta y legitima el orden moderno (y el capitalista liberal) como un orden ineludible a la marcha del progreso unilineal de la humanidad (Lander,2000a: 29).

¹¹ Carlos Lanz reflexiona a propósito de la institución educativa, de la siguiente manera: “...en la escuela no sólo hay reproducción de la dominación, sino también resistencia, conflicto de intereses, luchas transformadoras. Existe una diversidad de prácticas en la vida escolar que son indicadores de la resistencia cultural de estudiantes y profesores, tales como: rechazo a la rutina diaria, cri-

tica al autoritarismo, sátiras, burlas hacia los métodos pedagógicos anacrónicos, cuestionamientos a los exámenes y a las notas como premio-castigo” (Lanz en López Sánchez, 1996: 59).

- ¹² Es útil aclarar que aunque pueda objetarse aquí la utilización de la figura del colonizador occidental y el colonizado no-occidental del siglo XIX que usa Said para expresar su idea sobre la resistencia; la manera en que para 1968-1969 se articulaban las relaciones de poder hegemónicas, y que ya hemos tratado a propósito de la distribución del conocimiento Centro-Periferia, dibuja un mapa, no sólo muy parecido, sino paritario con la imagen del colonialismo neo-colonial.
- ¹³ Sería interesante recordar cuando argumentábamos (y volviendo al tema de cómo la modernidad ha usado el conocimiento como andamiaje de todas sus actividades políticas de dominación militar, económica, cultural, etc.), que el colonialismo que ha sido parte integrante de la construcción de la cosmovisión occidental, se sustenta más que en la base del dominio militar, en la posibilidad de presentar argumentos (ideas) que justifiquen sus acciones como las únicas posibles (Lander, 2000a; Said, 1996; Quijano, 2000a).
- ¹⁴ Lander, 2000a; Mignolo, 2001, nos comentan que la historia que se realiza sobre el origen del pensamiento moderno, para la reconstrucción que hace el occidente de su propia historia, enraízan normalmente a Francia y a Alemania, el origen de este pensamiento. Según Mignolo “...durante el Renacimiento europeo, y luego durante la Ilustración, las lenguas sobre las que se construyó cierto tipo de conocimiento impusieron su valor sobre otras lenguas y otros tipos de conocimiento (...). La mayoría de las instituciones del planeta hoy tienen como referencia, al menos, al siglo XVIII europeo, la Ilustración y el francés y el alemán como fuentes de pensamiento”.
- ¹⁵ Líder estudiantil del movimiento francés. Gustavo Martín expresa que sus textos eran libros de cabecera para los estudiantes venezolanos del movimiento renovador (Rodríguez, 1994).
- ¹⁶ Utilizamos esta expresión a modo de metáfora de un documento hecho por el Sub-Comandante Marcos, del ejército Zapatista y reseñado por Coronil (2000); en él se hace referencia a que la “gue-

rra fría” fue realmente una “guerra caliente” pero que tuvo como campo de batalla a Latinoamérica, particularmente.

- ¹⁷ Esto se evidencia en el hecho de que ya desde el inicio de la lectura del capítulo concerniente a la Renovación Académica, tanto en Castro (1988) como en Clarac (1994), notamos una cierta simpatía por el suceso que inundó la Universidad Central de Venezuela durante los sesenta.
- ¹⁸ Hay que recordar las jornadas de protesta de Septiembre de 1970 contra la Ley de Universidades, la cual fue motorizada por una operación llamada Tú a Tú, que consistía en que cada “...Escuela debía dirigirse a cada Barrio o fábrica y concienciar a la población sobre lo que estaba pasando en la Universidad...” (Vegas y Pascuzzi, 1992: 36).
- ¹⁹ Debemos decir que a pesar de ser una corriente hegemónica, nutrió muchas de las corrientes de pensamiento alternativo en Latinoamérica. Freire, Fals Borda, los teóricos de la Dependencia, se encuentran entre ellos.
- ²⁰ Inclusive más allá del rechazo a Estados Unidos como potencia hegemónica y la crítica a los sociólogos de importación, por confundir o comparar las políticas norteamericanas con las políticas de URSS principalmente, debemos decir que la antigua Unión Soviética se comportó, por lo menos en la Europa Oriental, como una gran potencia interventora e imperialista (Sucre, 1980: 261).
- ²¹ No es casual que Plestch, citado por Mignolo (1996) diga que “...los economistas, sociólogos y politólogos- estudian el tercer mundo sólo cuando el proceso de modernización ya se encuentra en marcha” (Plestch en Mignolo, 1996: 117).
- ²² Para 1965, el 1,25 % de la población recibe ingresos de 5000 Bs. mensuales. El 44, 29% 500 Bs., en el campo la cifra es de 200 Bs., en total el 73, 64% tiene un ingreso familiar inferior a 1000Bs (Brito Figueroa, 1996).
- ²³ Siguiendo a Lander (2000a) tenemos que las disciplinas científicas justificaban el modelo de vida liberal, como el más deseable y el que más le convenía a las poblaciones, por cuanto estaba “comprobado” que éste representaba la forma natural de desenvolvimiento de la especie.

8.- Bibliografía

- ABOUHAMAD, Jeannette. 1961. *¿Enseñamos Sociología?* Editorial Arte, Caracas.
- ALBORNOZ, Orlando. 1972. *La sociología en Venezuela*. Editorial Tropikos, Caracas.
- ALBORNOZ, Orlando. 1998. “Acerca de la Educación Superior en Venezuela”. En: *Revista Venezolana de Ciencias Económicas y Sociales*. Vol. 4, No. 2-3 (abr.-sept.). Caracas. pp. 79-120.
- BIANCO, Jesús María. 1968. “Universidad, Juventud y Rebelión”. En: *El Nacional*, Caracas, Venezuela: Miércoles 17 de Julio de 1968. Cuerpo A p. 4.
- BRITO FIGUEROA, Federico. 1996. *Historia Económica y Social de Venezuela*. Tomo III. 5ta Edición. Ediciones UCV, Caracas.
- CASTRO, Gregorio. 1988. *Sociólogos y Sociología en Venezuela*. UNESCO y Fondo Editorial Tropikos, Caracas.
- CAULA, Silvana. 2004. *Una antropología periférica. Aproximación a la antropología en Venezuela desde la geopolítica del conocimiento*. Trabajo de Ascenso para optar a la categoría de Profesora Agregada, Escuela de Antropología UCV, Caracas.
- CLARAC, Jacqueline. 1994. “La antropología Venezolana y la Crisis de la Antropología”. En: *Boletín Antropológico*, No 30, Centro de Investigaciones del Museo Arqueológico- Universidad de los Andes. Mérida, Venezuela. pp. 33-55.
- CLARAC, Jacqueline. 1998. “La construcción de la antropología en Venezuela”. En: Emanuele Amodio, (ed.) *Historias de la Antropología en Venezuela*. Ediciones de la Dirección de Cultura de la Universidad del Zulia, Maracaibo, Venezuela. pp. 245-262.
- CORONIL, Fernando. 2000. “Del Eurocentrismo al Globocentrismo. La naturaleza del Poscolonialismo”. En: Edgardo Lander (editor). *La Colonialidad del Saber: Eurocentrismo y Ciencias Sociales. Perspectivas Latinoamericanas*. Ediciones Faces/UCV, UNESCO, Caracas, Venezuela. pp. 119-153.
- CORONIL, Fernando. 2002. *El Estado Mágico: Naturaleza, Dinero y Modernidad en Venezuela*. Editorial Nueva Sociedad, Caracas.

- CRAIG, Charlton. 1969. *La Rebelión Estudiantil*. Editorial Nueva Izquierda, Buenos Aires.
- ESCOBAR, Arturo. 1998. *La invención del Tercer Mundo. Construcción y Reconstrucción del Desarrollo*. Grupo Editorial Norma, México.
- FOUCAULT, Michel. 1968. *Las palabras y las cosas*. Siglo XXI Editores, México D.F.
- FOUCAULT, Michel. 1970. *La arqueología del saber*. Siglo XXI Editores, México D.F.
- FOUCAULT, Michel. 1978. *Microfísica del poder*. Siglo XXI Editores, México D.F.
- FOUCAULT, Michel. 1984. *Historia de la Sexualidad*. Tomo I, Siglo XXI Editores, México D.F.
- FOUCAULT, Michel. 2000a. *El orden del discurso*. En: www.sociología.cl
- FOUCAULT, Michel. 2000b. *Defender la Sociedad*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- FREIRE, Paulo. 1970. *Pedagogía del oprimido*. Siglo XXI Editores, Buenos Aires.
- GUARDIA DE SANZ, Amelia. 1988. *Historia de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la UCV 1938-1958*. Ediciones Faces/UCV, Caracas.
- HERNANDEZ, Raúl. 1977. *No, ya no se puede hablar de Renovación*. Tesis de Grado para obtener la Licenciatura en Comunicación Social. UCV. Caracas, Venezuela.
- LANDER, Edgardo. 1997. “Modernidad, Colonialidad y Postmodernidad”. En: *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*. Vol. 3, No. 4, FACES-UCV. pp 11-28.
- LANDER, Edgardo. 2000a. “Ciencias Sociales: Saberes Coloniales y Eurocéntricos”. En: Edgardo Lander, (ed.) *La Colonialidad del Saber: Eurocentrismo y Ciencias Sociales*. Perspectivas Latinoamericanas, Ediciones Faces/UCV, Unesco. Caracas, Venezuela. pp 11-58.
- LANDER, Edgardo. 2000b. “¿Conocimiento Para qué? ¿Conocimiento Para quién? Reflexiones sobre la Geopolítica de los Saberes

- Hegemónicos”. En: *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*. Vol 6, No. 2, Faces-UCV. pp 53-72.
- LOYO, Arnaldo. 1968. *Sobre la Renovación Académica. Dirección de Economía y Planeamiento*. Oficina de Planeamiento de la UCV, UCV. Caracas.
- LOYO, Arnaldo. 1969. “Evaluación de la Enseñanza de la Sociología y la Antropología en la Universidad Central de Venezuela”. En: *UCV (1969)*. 1er Congreso de Sociología y Antropología de Venezuela, Caracas.
- LÓPEZ SANCHEZ, Rafael. 1996. “Universidad, Política y Cultura Años 60 vs. Años 90”. En: *Revista Opción*, Año 12, No. 20, LUZ, Maracaibo. pp 53-71.
- LLOBERA, José. 1972. “Postscriptum. Algunas tesis provisionales sobre la naturaleza de la Antropología”. En: José Llobera, (comp.) *La Antropología como Ciencia*. Editorial Anagrama. Barcelona. pp. 373-387.
- MIGNOLO, Walter. 1996. “Herencias Coloniales y Teorías Post-Coloniales”. En: Beatriz González Stephan. (comp.) *Cultura y Tercer Mundo. Cambios en el saber académico*. Volumen 1. Editorial Nueva Sociedad. Caracas, Venezuela. pp. 99-136.
- MIGNOLO, Walter. 2000. “La colonialidad a lo largo y ancho: el hemisferio occidental en el horizonte colonial de la modernidad” En: Edgardo Lander, (ed.) *La Colonialidad del Saber: Eurocentrismo y Ciencias Sociales. Perspectivas Latinoamericanas*. Ediciones Faces/UCV, Unesco. Caracas, Venezuela. pp. 79-117.
- MIGNOLO, Walter. 2001. *Capitalismo y Geopolítica del conocimiento. El eurocentrismo y la filosofía de la liberación en el debate intelectual contemporáneo*. Ediciones del Signo, Buenos Aires, Argentina.
- MIGNOLO, Walter. 2002. “El potencial epistemológico de la historia oral: algunas contribuciones de Silvia Rivera Cusicanqui”. En: Daniel Mato (coord.), *Estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder*. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y CEAP, FACES. UCV. pp 201-212.

- MUJÍCA, Héctor. 1970. *Cogobernalia*. Ediciones de la UCV. Caracas.
- QUINTERO, Rodolfo. 1969. “La Sociología y la Antropología en la Venezuela actual”. En: *Economía y Ciencias Sociales* Revista de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales. Julio-Septiembre. Año XI. No 3.
- QUIJANO, Aníbal. 2000a. “Colonialidad del Poder. Eurocentrismo y Latinoamérica” En: Edgardo Lander, (editor.) *La Colonialidad del Saber: Eurocentrismo y Ciencias Sociales. Perspectivas Latinoamericanas*. Ediciones Faces/UCV. Unesco. Caracas, Venezuela. pp. 281-348
- QUIJANO, Aníbal. 2000b. “El fantasma del desarrollo en América Latina”. En: *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*. Vol. 6, No. 2, FACES-UCV. pp 73-90.
- RODRIGUEZ, Omar. 1994. *El antropólogo como objeto*. Editorial Tropikos. Caracas, Venezuela.
- SAID, Edward. 1987. “Representar al colonizado. Los interlocutores de la antropología”. En: Beatriz González Stephan (comp.) *Cultura y Tercer Mundo. Cambios en el saber académico*. Volumen 1, Editorial Nueva Sociedad, Caracas, Venezuela. pp. 23-59.
- SAID, Edward. 1990. *Orientalismo*. Editorial Libertarias/Proudhufi S.A. Madrid.
- SAID, Edward. 1996. *Cultura e Imperialismo*. Editorial Anagrama, Barcelona.
- SILVA MICHELENA, Héctor y SONNTAG, Heinz . 1970. *Universidad, Dependencia y Revolución*. Siglo XXI Editores, México.
- SUCRE, José. 1980. “Rómulo Betancourt y su tiempo”. En: Ramón J, Velásquez y Otros. *Betancourt en la Historia de la Venezuela del Siglo XX.* Ediciones Centauro, Caracas.
- UCV. 1964. *Memoria de Escuela de Sociología y Antropología X Aniversario*. Ediciones de FACES/UCV, Caracas.
- UCV. 1969. *1er Congreso de Sociología y Antropología en Venezuela*. Ediciones UCV. Caracas.
- VEGAS, E y PASCUZZI, Saúl. 1992. *La formación del sociólogo en la Escuela de Sociología UCV 1953-1991*. Tesis de Pregrado Escuela de Sociología, FACES/UCV, Caracas.
- VESURI, H y Otros. 1983. *La ciencia Periférica*. Monte Ávila Editores, Caracas, Venezuela.

WALLERSTEIN, Immanuelle. 1995. “La Estructuración capitalista y el sistema Mundo”. En: *Revista Venezolana de Ciencias Económicas y Sociales*, No. 1, FACES-UCV. Caracas. pp. 11-27.

WALLERSTEIN, Immanuelle. 1996. *Abrir Las Ciencias Sociales*. Siglo XXI Editores, México.

BLANCA

Recensión

Pedro Pablo A. Funari y Andrés Zarankin (Compiladores). *Arqueología de la represión y la resistencia en América Latina (1960-1980)*. Editado por: Universidad Nacional de Catamarca y Encuentro Grupo Editor, Argentina, 2006, 186 pp.

MENESES PACHECO, LINO EDUARDO
GORDONES ROJAS, GLADYS
Museo Arqueológico
Universidad de Los Andes, Mérida-Venezuela

El libro *Arqueología de la represión y la resistencia en América Latina 1960-1980* (2006), compilado por Pedro Paulo A. Funari y Andrés Zarankin, aglutina en un solo volumen nueve trabajos realizados por colegas de Cuba, Venezuela, México, Colombia, Brasil, Uruguay y Argentina. El colega cubano Roberto Rodríguez Suárez, presenta el trabajo titulado: *Arqueología de una búsqueda; una búsqueda arqueológica. La historia del hallazgo de los restos del Che Guevara. Rayando tras los muros: Graffiti e imaginario político-simbólico en el cuartel San Carlos (Caracas-Venezuela)*, es el aporte que hacen a dicho libro el arqueólogo Rodrigo Navarrete y la arqueóloga Ana María López desde Venezuela. Patricia Fournier y José Martínez Herrera desde México titulan su contribución: *México 1968: entre las fanfarrias olímpicas, la represión gubernamental y el genocidio*. El colombiano Carl H. Langebaek nos hace llegar por medio de este libro su reflexión: *Arqueología e izquierda en Colombia*. Desde Brasil, Pedro Paulo Funari y Naci Viera de Oliveira escriben el trabajo: *Arqueología del conflicto en Brasil*. José Ma. López Mazz presenta

el trabajo titulado: *Una mirada arqueológica a la represión política en Uruguay (1971-1985)* y los argentinos Luis Fondeviller, Alejandro Haber y, Andrés Zarankin y Claudio Niro, nos escriben los trabajos: *Arqueología y Antropología forense: un breve balance; Tortura, verdad, represión arqueológica y La materialización del sadismo. Arqueología de la arquitectura de los centros clandestinos de detención de la dictadura militar argentina (1976-1983)*.

La obra en cuestión constituye, sin dudas, una contribución para comprender los aportes que pudieran hacer los arqueólogos y las arqueólogas para poner en evidencia la política genocida implementada por el Departamento de Estado de Los Estados Unidos de América en alianza con las oligarquías locales para contener el avance del “comunismo” en Latinoamérica.

Por lo general cuando se habla de la arqueología forense y/o de la represión política, las grandes mayorías en nuestros países la asocian con los acontecimientos sociopolíticos que condujeron a la violación de los derechos humanos y la desaparición física de hombres y mujeres, e inclusive niños y niñas, en Chile, Argentina, Uruguay, Paraguay, Brasil y Guatemala durante la época de las dictaduras militares desplegadas en Latinoamérica entre los años 70 y 90 del siglo XX. Sin embargo, la realidad histórica-concreta de México, Perú, Colombia y Venezuela, entre otros países, nos demuestran, como lo veremos más adelante, que igualmente en las democracias representativas burguesas de América Latina se dieron torturas y desapariciones forzadas de miles de seres humanos que no comulgaban ideológicamente con la oligarquía de estos países y los intereses estadounidenses en la región.

El libro tiene un planteamiento que para nosotros es medular y que hace visible en lo expuesto por Pedro Paulo Funari y Andrés Zarankin. Para los compiladores de la obra: “... el estudio de la represión no es un ejercicio neutro, un tema más para ser explotado ‘objetivamente’ por el científico, sino un compromiso políti-

co...” (Funari y Zarankin, 2006: 15). La importancia y la trascendencia de este postulado nos llevan a realizar la recensión de este texto, más aun cuando algunos de los trabajos incluidos en dicha obra entran, a nuestra manera de ver, en contradicción con el postulado inicial hecho por Funari y Zarankin (2006), veamos:

Los trabajos de Patricia Fournier y José Martínez Herrera, Carl H. Langebaek y Luis Fondebrider, por ejemplo, ponen de manifiesto que hoy en día trabajar la arqueología de la represión y de la desaparición forzada de seres humanos no solamente se hace por militancia política. Existe un alto contenido de academicismo que demuestra que el problema fundamental del compromiso político real pasa, por la urgente implicación de los arqueólogos y de las arqueólogas en un proceso investigativo que contribuya a poner sobre el tapete los orígenes de la violencia política y sus relaciones profundas con las contradicciones e injusticias sociales imperantes en nuestras sociedades.

El trabajo *México 1968: entre las fanfarrias olímpicas, la represión gubernamental y el genocidio* publicado en este libro por Patricia Fournier y José Martínez Herrera es trascendental por que vuelve a poner sobre el tapete la masacre de Tlatelolco, realizada por una democracia burguesa representativa y además porque pone de manifiesto el papel que pueden jugar los/as arqueólogos/as en el esclarecimiento de las desapariciones forzadas ejecutadas en dicha acción; sin embargo, tanto Fournier como Martínez, terminan planteando “... Que quedará pendiente determinar hasta qué punto los arqueólogos mexicanos estarán dispuestos a adquirir un compromiso para con la sociedad moderna y estudiar las masacres y asesinatos...” (Fournier y Martínez, 2006: 95).

Carl H. Langebaek nos demuestra con su trabajo *Arqueología e izquierda en Colombia* que su interés es estrictamente académico y quizás entraría en el campo de la resistencia que también es tema de este libro, pero más allá de esto, Langebaek nos presenta un trabajo que niega la historicidad y los orígenes

mismos de la violencia política y represiva de la oligarquía colombiana cuando nos dice que a Colombia: “..., se le conoce por su tradición civilista, ajena a los gobiernos militares...” (Langebaek, 2006: 103). Sobre Colombia abundan ejemplos históricos, sobre la política militarista de los gobiernos “civilistas” y abundan ejemplos, pasados y recientes sobre la represión y desaparición forzada de hombres y mujeres por parte del Estado colombiano. Podríamos mencionar, por ejemplo, la política sistemática de genocidio ejecutada contra los/as integrantes del partido Unión Patriótica en los años 80 del siglo XX y podríamos comentar aquí que en Colombia, muchísimos años antes que las dictaduras latinoamericanas, aupadas y apoyadas por el Departamento de Estado de los Estados Unidos de América, se ejecutó, a comienzos del siglo XX, la tristemente celebre “masacre de las bananeras”, acción ejecutada, en la población de Ciénega en el año de 1928, por el ejército colombiano en defensa de los intereses de la empresa estadounidense United Fruit Company, que conllevó a la muerte y desaparición de un número de personas aun por determinar.

Hoy la arqueología forense se ha institucionalizado, en consecuencia, en la mayoría de los casos, el compromiso político quedó en un segundo plano, se trata de ser un profesional bien formado en la tarea de desenterrar fosas comunes clandestinas y lugares donde se presume que hayan sido enterradas víctimas del terrorismo de Estado. Luis Fondebrider del Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF) lo deja aclaro en su *Breve balance sobre la antropología y la arqueología forense*, publicado en el libro: “No obstante los logros alcanzados en los últimos años, aún queda un largo camino por recorrer. Por ejemplo, si bien en Colombia y México ya hay algunos cursos de postgrado, aún no cuenta en América Latina con suficientes cursos de Arqueología y Antropología Forense, la gente debe irse a Estados Unidos o Inglaterra para completar su formación” (Fondebrider, 2006: 131).

En el caso de Venezuela vale la pena comentar aquí, más allá del trabajo de Navarrete y López sobre los graffitis del cuartel San Carlos de Caracas, los trabajos de arqueología forense que viene desarrollando en Venezuela el colega Pedro Pablo Linárez desde la *Cátedra de la Memoria de los años 60* en la Universidad Bolivariana de Venezuela.

A partir de la instauración en Venezuela de la democracia representativa a finales de los años 50 del siglo XX se inicia una larga lista de venezolanos y venezolanas que fueron torturados/as, asesinados/as y desaparecidos/as por oponerse política e ideológicamente a los gobiernos adecos que gobernaron al país a partir de 1959.

Dos de los más conocidos casos de los años 60 son el profesor universitario Alberto Lovera y del sociólogo y antropólogo Víctor Soto Roja. Al profesor Lovera fue secuestrado por la policía política, torturado, asesinado y lanzado al mar desde un helicóptero con cadenas, picos y candados para desaparecer el cadáver; sin embargo, el cuerpo de Lovera sin vida fue rescatado en estado de descomposición en las playas de Lecherías, estado Anzoátegui, por un pescador que halaba sus redes para obtener su sustento diario. Víctor Soto Rojas fue lanzado también desde otro helicóptero en las montañas del Bachiller, estado Miranda y aun en nuestros días no se ha conseguido su cuerpo, su madre Doña Rosa Rojas de Soto sigue reclamando justicia por la ausencia de su hijo y por los/as otros/as desaparecidos/as de la década de los sesenta.

El largo trabajo de Pedro Pablo Linárez de investigación histórica, recopilación de testimonios orales y de prospección arqueológica, ha permitido hasta la fecha resolver dos casos emblemáticos de la larga lista de ciudadanos y ciudadanas desaparecidos/as de la IV República que se encuentra publicada en la segunda edición del libro de José Vicente Rangel (2006).

Con la excavación arqueológica en la Montañas de Río Claro, estado Lara, se logró encontrar los restos mortales de Nico-

lás Sánchez, Panchito Fernández y Delfín González Arias, conocido en la lucha revolucionaria de los años 60 del siglo XX como el comandante Adrián Moncada, torturados, asesinados y desaparecidos, en el mes de abril de 1965, por un comando del ejército capitaneado por una tal teniente Veneno (1988).

El segundo caso es el del teniente del ejército venezolano pasado a las guerrillas Nicolás Hurtado Barrios, torturado, asesinado y desaparecido en las montañas Agua Dormida de Ospino, estado Portuguesa. Este caso es bien particular debido a que los testimonios de los pobladores de Agua Clara hablaban de que a Nicolás Hurtado le habían cortado los brazos y las manos los torturadores, pues la excavación arqueológica encontró los restos de Nicolás sin los brazos (2005).

Después de haber hechos estos comentarios sobre Venezuela queremos expresar que la obra *Arqueología de la represión y la resistencia en América Latina (1960-1980)*, compilada por Funari y Zarankin, constituye una contribución para comprender los aportes que pudieran hacer los arqueólogos y las arqueólogas para poner en evidencia la política genocida implementada por el las oligarquías locales, siguiendo las directrices del Departamento de Estado de los Estados Unidos de América para contener el avance del “comunismo” en Latinoamérica.

Bibliografía

- FONDEBRIDER, Luis. 2006. *Arqueología y Antropología forense*. En: *Arqueología de la represión y la resistencia en América Latina (1960-1980)*. Universidad Nacional de Catamarca y Encuentro Grupo Editor, Argentina.
- LINAREZ, Pedro Pablo. 1998. delfín González arias. El comandante Adrián Moncada. Colección La Guaroa, Fondo Editorial Río Cenizo, Alcaldía del Municipio Iribarren, Barquisimeto, estado Lara.
- LINAREZ, Pedro Pablo. 2005. “*La exhumación de los desaparecidos*”. En: *Desaparecidos*. Año 1, N° 2, Programa nacional para el res-

cate de los Desaparecidos, Cátedra de la Memoria de los años 60 y la Revolución Bolivariana, Universidad Bolivariana, Caracas.

LINAREZ, Pedro Pablo. 2005. “Reflexiones epistemológicas”. En: *Desaparecidos*. Año 1, Nº 2, Programa nacional para el rescate de los Desaparecidos, Cátedra de la Memoria de los años 60 y la Revolución Bolivariana, Universidad Bolivariana, Caracas.

BLANCA